“Dedicado a aquellos niños como Marcos y Tristán, que son víctimas inocentes del descuido de la justicia.” A vosotros, niños valientes que cargáis con el peso de los fallos del sistema y de la torpeza de quienes la aplican, os envío mi apoyo y solidaridad en este camino difícil.

A las mujeres y hombres que sufren las consecuencias de la falta de escrúpulos de aquellos que manipulan políticas destinadas a proteger a los más vulnerables, os extiendo mi respeto y admiración por vuestra fortaleza.

Que la luz de la verdad y la justicia ilumine vuestro camino, y que encontréis consuelo en saber que no estáis solos en vuestra lucha por un mundo más justo y equitativo para todos. Para aquellos que su vida está guiada por el mal, finalmente conocerán el Tártaro en el que permanecerán condenados hasta el fin de los tiempos”.

J. Halden

Créditos:

Los Cuatro Escalones del Tártaro

Una novela escrita por H. Halden

Copyright © 2024 por H Halden

Nota del Autor:

H. Halden, autor de “Los Cuatro Escalones del Tártaro”, teje una narrativa absorbente que desafía los límites de la realidad y la resistencia humana. A través de una trama envolvente y personajes vívidamente delineados, Halden expone los fallos del sistema judicial y la lucha constante por la verdad y la justicia. Su obra promete un viaje lleno de giros inesperados y una crítica incisiva a las oscuridades del alma humana.

Portada e Ilustraciones: H. Halden

Edición: 1.^a

Diseño de Cubierta

H. Halden

Maquetación

H. Halden

Agradecimientos:

Con gratitud y admiración, dedico esta obra a los valientes niños como Marcos y Tristán, así como a las personas nobles de corazón, quienes luchan contra la injusticia. Que encuentren fuerza en su resistencia y consuelo en saber que no están solos en su búsqueda de un mundo más justo.

Contenido

“Los Cuatro Escalones del Tártaro”	5
Prólogo:	5
Capítulo 1: Un Equilibrio Precario	8
Capítulo 2: Sombras en el Hogar	16
Capítulo 3: Entre Amenazas y Acusaciones	34
Capítulo 4: Cautivo de la injusticia	39
Capítulo 5: Luchando contra el destino	55
Capítulo 7: El renacer de Marcos: Un nuevo comienzo en casa.....	82
Capítulo 8: La fuerza de la Voluntad	86
Capítulo 9: Enfrentando la ley	99
Capítulo 10: Los Peligros de la Apariencia	107
Capítulo 11: El Rostro Oculto de Sibilía	112
Capítulo 12: La visita del terror	117
Capítulo 13: El Cisma se ha Producido	136
Capítulo 14: La Melancolía y la Ilusión Perdida	148
Capítulo 15: La justicia del Trece	159
Capítulo 16: Un Pequeño Respiro, pero en la brecha.....	164
Capítulo 17: El teatro del Absurdo.....	174
Capítulo 18: Lecciones de vida	179
Capítulo 19: Celebración en el jardín encantado:	188
Capítulo 20: La búsqueda de la mitad perdida.....	199
Capítulo 21: El Cuarto Escalón del Tártaro, Parte I	209
Capítulo 22: El cuarto escalón del tártaro. Parte II.....	221

Capítulo 23: El lazo inquebrantable	231
Capítulo 24: Miserias reveladas.....	240
Capítulo 25: La Hora de la Igualdad	249
Capítulo 26: El Peso de los Pequeños Incómodos. La resiliencia de Nadine	254
Capítulo 27: La Venganza de la Verdad.....	259
Epílogo: Una Nueva Era	266

“Los Cuatro Escalones del Tártaro”

Prólogo:

Queridos lectores:

Imaginad despertar una mañana con la sensación de que todo en tu vida está a punto de desmoronarse. Lo que comenzó como una rutina aparentemente normal se convierte rápidamente en un laberinto de pesadillas burocráticas, injusticias legales y traiciones personales. Bienvenidos a la travesía de nuestro protagonista, atrapado en el torbellino del sistema judicial, donde cada paso parece ser un descenso más profundo en el tártaro. El Tártaro es, en la mitología griega, una región profunda y oscura en el inframundo, más allá del Hades, donde se castiga a los titanes y a las almas atormentadas. Es un lugar de sufrimiento eterno y ausencia de redención, rodeado de muros de bronce y envuelto en la noche eterna.

En esta Novela, seguirán una historia que desafía los límites de la realidad y la resistencia humana. Nuestro protagonista no es un héroe clásico; es un hombre común enfrentado a una serie de eventos extraordinarios que pondrán a prueba su cordura, su salud y su fe en la justicia que le decepciona constantemente. Desde la

visita inesperada de la policía que lo arrastra a un abismo de falsas acusaciones, hasta su lucha contra las fuerzas corruptas que operan dentro del sistema, cada capítulo está impregnado de una mezcla de drama, ironía, comedia y una angustiante espera por la verdad.

Conocerán a María, una mujer atrapada entre el miedo y la desesperación, a Agripina, una manipuladora maestra que maneja las cuerdas desde las sombras, y a Sibilia, encarnación del mal junto con su fiel esbirro apodado el Tirantes. Verán cómo la burocracia y el poder mal utilizado pueden destruir vidas, pero también descubrirán la resiliencia de aquellos que se niegan a rendirse. Cada encuentro con la autoridad, cada visita a la sala del juzgado, y cada noche en la sombra, revelan más sobre la naturaleza humana y la lucha interminable por la justicia.

La narrativa de esta novela está construida con una mezcla de diálogos tensos y descripciones vívidas que los sumergirán en el mundo del protagonista. Sentirán su angustia cuando es arrestado injustamente, su desesperación mientras es humillado públicamente, y su determinación mientras lucha por limpiar su nombre. Los personajes secundarios, desde el abogado leal hasta los agentes corruptos, están diseñados para enriquecer esta travesía, aportando capas adicionales de intriga y emoción.

A lo largo de estos capítulos, se encontrarán con momentos de ironía mordaz, donde el sistema que se supone que debe proteger

se convierte en el mayor antagonista. Sin embargo, también encontrarán destellos de humanidad y solidaridad en los lugares más inesperados. Es una historia que no solo pretende entretener, sino también hacer una crítica incisiva a las fallas de un sistema que puede ser tan destructivo como las acciones de los criminales que persigue.

Así que, prepárense para un viaje lleno de giros inesperados, dilemas éticos y la eterna lucha entre el bien y el mal. Este es un relato de resistencia, no solo contra las injusticias legales, sino también contra las oscuridades del alma humana. Acompañen al protagonista en su búsqueda de justicia, donde cada capítulo es un paso más hacia la redención o la caída definitiva.

Adéntrense en este relato, y descubran por ustedes mismos si el protagonista logrará volver a la luz de la verdad desde el cuarto escalón del tártaro hasta el que había descendido.

Bienvenidos a esta odisea.

Con aprecio,

Un fuerte abrazo: H. Halden

Capítulo 1: Un Equilibrio Precario

En el otoño de 1995, mi vida tomó un giro inesperado. Me casé con Ana, una mujer cuya fragilidad psicológica se ocultaba tras su sonrisa serena. Desde el principio, supe que nuestro camino estaría lleno de desafíos. Ana luchaba con la imposibilidad de concebir, una realidad que la sumía en profundas oleadas de desesperanza. Decidida a ser madre, comenzó un tratamiento hormonal, una montaña rusa de emociones que alteraba aún más su delicado equilibrio mental.

Mientras tanto, exploramos la posibilidad de adoptar, de abrir nuestro hogar a un alma que necesitara amor y cuidado. Después de años de papeleo y esperas angustiantes, en 1999, Marcos llegó a nuestras vidas.

Después de esperar varios meses con impaciencia y esperanza en un programa estatal de adopciones, finalmente recibimos la llamada que tanto habíamos esperado. Una responsable de adopciones del gobierno se puso en contacto con nosotros. Su voz sonaba profesional, pero no podía ocultar una leve emoción al informarnos de que había un niño disponible para acogimiento. Su nombre era Marcos, y nos invitaron a conocerle. La propuesta

inicial era de acogimiento permanente, pero nos explicaron que pronto podría convertirse en adopción.

El día en que fuimos a conocerle, el cielo estaba gris y la lluvia caía de manera intermitente, creando una atmósfera melancólica, pero también de renovación, como si el clima reflejara la mezcla de nervios y esperanza que sentíamos. Al llegar al centro de acogida, nos sorprendió la independencia que tenían los niños de tan corta edad. Estaban distribuidos en grupos de cuatro, cada uno con su propia habitación, cunas, y una pequeña mesa redonda donde comían solos. Las instalaciones, sin embargo, estaban desvencijadas. El parque estaba roto y totalmente oxidado. Nos preguntamos si el dinero que podría haber sido destinado a mejorar las condiciones de vida de estos niños se estaba gastando en otras cosas, como en buenos sueldos para los políticos.

En nuestra primera visita, le regalamos a Marcos un muñeco Buddie de la colección Toy Story. Su carita regordeta y su mirada bonita nos hicieron sentir una gran alegría. Estaba claro que, a pesar de las circunstancias, tenía una chispa especial.

Durante nuestra segunda visita, el centro estaba lleno de niños, todos buscando atención y afecto. Mientras Ana se dedicaba a Marcos, yo me encontré rodeado de otros niños huérfanos o de aquellos a quienes se les había retirado la custodia a sus

progenitores. Era desgarrador ver cuánta necesidad de cariño había en esos pequeños.

Marcos tenía la cara llena de arañazos; al parecer, había tenido una pelea con otros niños que intentaron quitarle su muñeco Budie. Nos dijeron que pronto podríamos llevarlo a casa, y cuando les preguntamos qué ropa debíamos comprar, los funcionarios nos respondieron con frialdad: que no nos preocupáramos, que no nos lo darían desnudo. Y tenían razón. Nos lo entregaron con la única ropa que llevaba puesta. Un asistente nos comentó que él mismo le había comprado los zapatos, y también nos dieron un álbum de fotos donde Marcos no sonreía en ninguna. Nos explicaron que no les daban cariño a los niños para que no se encariñaran con los cuidadores, un razonamiento que nos pareció cruel y estúpido.

Ese mismo día, una niña preciosa de unos 8 años se nos acercó y nos dijo con ilusión: “Ahora vendrán también mis nuevos padres”. Sin embargo, los cuidadores negaron con la cabeza, dejándonos una sensación de impotencia y tristeza. El centro, en general, nos pareció un lugar frío y desolado, lejos de ser un hogar para niños desamparados.

Finalmente, nos fuimos a casa con Marcos. Durante el trayecto en coche, notamos que parecía sentir dolor en los pies. Al quitarle los zapatos, descubrimos que eran tan pequeños que sus uñas se habían girado y se le clavaban en los dedos. Fue un momento desgarrador.

Marcos: “Me duelen los pies.”

Ana: “Oh, cariño, ¿te duelen mucho? Vamos a ver qué pasa.”

Yo (deteniendo el coche): “Vamos a quitarte esos zapatos, a ver si te sientes mejor.”

Ana (quitándole los zapatos con cuidado): “¡Dios mío, Abelardo, mira esto! Sus uñas están lastimadas por lo pequeños que son los zapatos.”

Yo: “Pobre niño, no te preocupes, Marcos.” “Vamos a comprarte unos zapatos nuevos en cuanto lleguemos a casa.”

Marcos (con una pequeña sonrisa): “¿De verdad?”

Ana: “Claro que sí, cariño.” “Vamos a comprarte todo lo que necesites.”

Al llegar a casa, decidimos hacer una hoguera de liberación con toda la ropa que traía:

Yo: “Ana, ¿qué te parece si hacemos una hoguera con toda esta ropa vieja?” “Empezar de nuevo, ¿sabes?”

Ana: “Me parece una idea estupenda. Es una forma simbólica de dejar atrás todo lo malo.”

Marcos: “¿Vamos a hacer una hoguera?”

Yo: “Sí, Marcos. Vamos a deshacernos de la ropa vieja y comprarte ropa nueva. Esta será tu nueva vida, con ropa cómoda y bonita.”

Queríamos empezar de nuevo, dar a Marcos no solo un nuevo hogar, sino también una nueva vida. Le compramos toda una nueva colección de ropa. No nos quejamos de las condiciones en las que lo habíamos recibido porque temíamos que cualquier protesta pudiera poner en riesgo nuestra posibilidad de adoptarlo definitivamente.

Esa noche, mientras el fuego consumía la vieja ropa bajo la lluvia que seguía cayendo suavemente, sentimos que comenzaba una nueva etapa, llena de desafíos, pero también de esperanzas. Marcos estaba en casa.

Marcos era un niño de tres años con ojos que reflejaban una sabiduría más allá de su edad, un pequeño ser que había conocido la adversidad demasiado pronto. Su llegada trajo una luz a nuestra casa, pero la estabilidad de Ana seguía siendo una batalla diaria.

Cada mañana, antes de dirigirme a la oficina, dejaba a Ana en la casa de sus padres. Era un ritual que nos ofrecía a ambos un respiro, una red de seguridad en la que ella encontraba consuelo, control y protección y yo, un momento de paz. Mi trabajo como director en una empresa prominente me exigía mucho, pero la complejidad de la situación en casa era una prueba aún mayor.

Los cambios de humor de Ana eran tan frecuentes como las visitas al centro de salud mental, donde un psiquiatra intentaba encontrar la combinación adecuada de medicamentos para darle algo de estabilidad. Y entonces, en el albor del nuevo milenio, Ana se quedó embarazada. El embarazo avanzaba de una manera especialmente complicada. Ana no podía tomar la medicación que necesitaba para su estabilidad mental, y era habitual que yo llegase a casa y la encontrara completamente fuera de sí, con la casa desmantelada como si hubiera pasado un huracán. Era una situación difícil, llena de incertidumbres y miedos. Por esa razón, Ana decidió dejar su tratamiento, a pesar de que esto podía causar malformaciones en el feto. Las opciones eran pocas y todas malas.

Ana: “Entiéndelo, no puedo más con esto. Me siento fuera de control y no sé qué hacer.”

Yo: “Ana, lo sé. Es muy duro, pero estamos haciendo lo mejor que podemos. Vamos a superar esto juntos.”

Ana: “¿Y si el bebé nace con malformaciones por mi medicación? No podría vivir con eso.”

Yo: “No pienses en eso ahora. Vamos a enfrentar lo que venga, un paso a la vez. Lo importante es que tú estés bien para poder cuidar de Tristán.”

Llegó el día del nacimiento de Tristán. El cielo estaba despejado, pero la tensión en el ambiente era palpable. Recuerdo que mientras Ana estaba en el paritorio, gritando de dolor, lo cual entiendo que es normal durante el parto, mi teléfono no paraba de sonar. Mis clientes me llamaban preguntando por pedidos y ofertas.

Decidí apagar el teléfono, sabiendo que este momento era más importante que cualquier negocio.

El paritorio estaba muy bien equipado y en un entorno amigable, con un personal médico muy profesional y comprensivo. Hay que reconocer que una de las pocas cosas que funcionan bien en nuestro país es la sanidad. Mientras Ana seguía con los gritos del parto, me di cuenta de lo heroica que era por enfrentar tanto dolor y miedo por nuestro hijo.

Finalmente, Tristán nació. Era un bebé hermoso, y a pesar de todas las complicaciones, estaba sano.

Yo (sosteniendo a Tristán): “Mira, Ana. Nuestro hijo. Es perfecto.”

Ana (llorando de alegría): “Es hermoso. Todo valió la pena.”

Yo: “Sí, lo valió.”

(Vuelve a encender el teléfono y ve los mensajes)

Cliente (enojado por teléfono): “¿Dónde estabas? ¡Todos hemos tenido hijos, pero el trabajo no se detiene!”

Yo (con ironía): “Claro, entiendo perfectamente. ¿A ti también te llamaron para cerrar un trato en medio del parto?”

Cliente: “Bueno, no exactamente, pero...”

Yo: “Mira, este es un momento importante para mi familia. Estoy seguro de que puedes entender eso. Hablamos mañana.”

Cliente: “Sí, claro... mañana. Enhorabuena”

Hay que pensar que esto de la conciliación familiar es algo muy reciente y, al parecer, muchos aún no lo comprenden.

Después de unos breves días ingresados y ya de camino a casa desde el hospital, el aire fresco de la noche nos envolvía mientras nos dirigíamos con Tristán en brazos. Ana y yo nos miramos, sabiendo que, a pesar de todos los desafíos, habíamos entrado en una nueva etapa de nuestra vida.

Tristán había nacido. Con su llegada, la fragilidad emocional de Ana se intensificó; ya no podía refugiarse en la casa de sus padres con la misma facilidad, atada a la responsabilidad de cuidar a dos niños pequeños.

Capítulo 2: Sombras en el Hogar

El tiempo pasaba y la tensión en nuestro hogar crecía como una maleza indomable. Los fines de semana los dedicaba a preparar comidas para toda la semana para los niños, purés de verduras, carne y pescado que, curiosamente, permanecían intactos. La cocina, sospechosamente limpia, me hacía cuestionar si Ana realmente alimentaba a los niños o si había algo más que se me escapaba. Pero no había razón para pensar que no los estaba alimentando adecuadamente. Quizás había decidido cocinar.

Los problemas no se limitaban a lo que ocurría en el interior de nuestro hogar. Algunos jóvenes del pueblo, por razones desconocidas, lanzaban insultos a Ana, y su reciente obsesión por acumular perros y gatos solo añadía caos a nuestra ya complicada vida. Observaba a Tristán, cuyos cabellos rubios parecían reflejar mi ascendencia alemana más con cada día que pasaba.

Cuando finalmente nos mudamos a la nueva casa que nos estaban construyendo, en una localidad diferente, pero cercana a la interior, esperaba un nuevo comienzo. Pero la realidad fue otra; la situación empeoró. La fachada de nuestro chalet amaneció un día con pintadas insultantes hacia Ana. El coche apareció rayado, también con insultos grabados. Y en una ocasión, al llevar a los niños al colegio, algunas madres se enfrentaron a Ana con acusaciones

escandalosas. Esto le llevó a Ana a levantar en pie de guerra a toda su extensa familia que acudió a nuestra localidad con falsas acusaciones vertidas por Ana en una caja de brujas sin igual.

Los rumores se esparcían como un incendio forestal. Una vecina me confesó que hombres de una obra cercana entraban en mi casa cuando yo no estaba, insinuando lo inimaginable. Mi corazón se desgarraba, pero enfrentarme a Ana solo resultaba en más violencia y platos rotos.

Un día, el llanto desesperado de Tristán me llevó corriendo al baño, donde encontré el agua del baño peligrosamente caliente. En otra ocasión, la sorprendí haciendo algo impensable con unas tijeras, justificándose con una excusa que heló mi sangre. Fue entonces cuando decidí contratar a una a, quien reveló que los niños se alimentaban principalmente de batidos de fresa no naturales. Las piezas del rompecabezas comenzaban a encajar.

Las visitas semanales al centro de salud para obtener la medicación de Ana para su trastorno bipolar se convirtieron en una rutina caótica que parecía desestabilizarla aún más. Intenté descubrir quién estaba detrás de las pintadas, pasando noches en vela con mi cuñado, sin éxito. Incluso la guardia civil montó vigilancia, pero el misterio persistía hasta que un día, en el sótano, encontré un bote de pintura que desveló la inquietante verdad.

Ana comenzó a escribir textos religiosos y a tener visiones de muertos y demonios, afirmaciones que me dejaban perplejo y temeroso por nuestro futuro.

La oscuridad se cernía sobre nuestra familia como un manto implacable. Cada día, la línea entre realidad y pesadilla se desdibujaba más. Ana, poseída por fuerzas incomprensibles, se debatía entre la cordura y la locura.

La tarde en que llegué a casa tras una jornada de trabajo, coincidió con la llegada de Yanet, una de las hermanas de Ana. Juntas abrimos la cancela y ascendimos las escaleras que conducían a la entrada principal. En ese preciso instante, la puerta se abrió de golpe, y objetos de Marcos salieron volando de las manos de Ana. Ella apareció, agarrando a Marcos con fuerza y lanzándolo al borde de las escaleras. Yanet y yo nos miramos con estupor, y ella reprendió a Ana con vehemencia, advirtiéndole que, si volvía a intentar dañar a alguno de sus sobrinos, se las vería con ella.

Al día siguiente, Yanet me llamó para decirme que estaba ayudando en un comedor para personas necesitadas en la iglesia. En el mismo edificio, en la planta superior, había una capilla en la que un sacerdote confesor, el padre Moisés, entrenado en el mismísimo Vaticano, hacía exorcismos. Dicho cura le había sugerido que hablara con su hermana Ana, pues creía que podría ayudarla. Concerté una cita, y el día señalado, Ana ya parecía saber

a dónde íbamos. Escuchaba voces en su interior que le revelaban todo. Insistía en que tenía apariciones y que le dictaban textos relacionados con temas religiosos, adivinaciones y premoniciones. Cuando alguien se burlaba de esta capacidad suya, Ana respondía con detalles que solo esa persona podría conocer, dejándola boquiabierta e incluso llorando como el caso de mi hermana, que es muy devota y en un principio se reía de esa capacidad de Ana.

En un momento de lucidez, mientras que estábamos sentados en la terraza, Ana me contó la siguiente historia:

En un tiempo olvidado por la memoria de la humanidad, cuando el mundo aún era joven y los dioses caminaban entre los mortales, surgieron tres linajes de humanos bendecidos con poderes especiales otorgados por el propio Dios. Estos dones fueron conferidos con un propósito divino: equilibrar la balanza entre el bien y el mal, proteger a los inocentes y guiar a las almas perdidas hacia la luz. Así, nacieron los Portadores del Verbo, los Guerreros de la Justicia y los Guías de las Almas.

Los Portadores del Verbo:

El don de la palabra era un regalo sublime. Aquellos bendecidos con este poder, los Portadores del Verbo, tenían la capacidad de alterar la realidad con su voz. Sus palabras podían inspirar a multitudes, calmar las tormentas más feroces y sanar los corazones

rotos. No eran simples oradores; eran tejedores de sueños y arquitectos de la esperanza. En sus voces resonaba la verdad del universo, y con ella, podían persuadir incluso al más obstinado de los corazones.

Los Guerreros de la Justicia:

El don de la lucha por la justicia no era simplemente una habilidad para la batalla; era una llama ardiente en el corazón de aquellos que no podían tolerar la injusticia en el mundo. Los Guerreros de la Justicia eran defensores intrépidos, siempre dispuestos a enfrentar el mal sin importar el costo. Sus cuerpos eran fuertes, pero su voluntad era inquebrantable. Luchaban no solo con espadas y escudos, sino con un sentido innato del deber y la verdad.

Los Guías de las Almas:

El don de guiar a las almas perdidas era quizás el más misterioso de todos. Los Guías de las Almas podían ver más allá del velo de la vida y la muerte, comunicándose con los espíritus y ayudándolos a encontrar la paz. Tenían una sabiduría profunda y una conexión con lo divino que les permitía consolar a los afligidos y dirigir a los errantes hacia su destino final. Sus palabras eran bálsamos para los corazones heridos y su presencia, un faro en la oscuridad.

Una Profecía Común:

Un día, una antigua profecía comenzó a resonar en el corazón de estos tres linajes. Se decía que en un futuro no muy lejano, una gran oscuridad amenazaría con envolver el mundo. Solo aquellos con los dones divinos podrían unirse para detenerla. Los Portadores del Verbo, los Guerreros de la Justicia y los Guías de las Almas tendrían que combinar sus poderes para restaurar el equilibrio y proteger a la humanidad.

Ana terminó la historia diciendo: Yo soy Guía Almas y tu Guerrero de la Justicia. Pero lo que debería ser un don, se ha convertido una maldición para mí porque no puedo soportar esa carga y el mal aprovecha mi debilidad. Soy un recipiente muy frágil.

La cita con el padre Moisés fue un punto de no retorno, una inmersión en lo desconocido que marcó un antes y un después. La capilla, con sus paredes desgastadas y su aire viciado, parecía un refugio para almas atormentadas, un escenario sacado de una pesadilla.

Ana, a cuatro patas en el suelo frío de la capilla, lamía imaginarios cuernos que solo ella podía ver. Las voces en su interior la guiaban hacia lo desconocido, susurrándole palabras ininteligibles que se entremezclaban con su propio jadeo. La escena era surrealista y aterradora.

El padre Moisés, con su mirada penetrante y rostro severo, comenzó a leer pasajes de la Biblia. “El Señor es mi pastor, nada me falta...”, su voz resonaba con autoridad, llenando el espacio oscuro de la capilla.

De repente, Ana se retorció violentamente, como si las palabras sagradas rasgaran su alma. “¡Cállate! ¡Cállate!”, gritó con voz gutural, completamente diferente a la suya. Su cuerpo se arqueaba y temblaba, sus ojos vidriosos y llenos de terror.

“En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, te ordeno que te reveles,” continuó el cura, su voz firme, pero con un temblor apenas perceptible.

Ana dejó escapar un gruñido animal, sus manos arañando el suelo. “No puedes detenerme... ella es mía,” siseó una voz que no era la suya, resonando en la capilla con un eco escalofriante.

El cura, sin inmutarse, presentó dos vasos de agua, uno bendecido y otro no. “Bebe”, ordenó, acercándole primero el vaso bendecido. Ana lo rechazó violentamente, el vaso volando de su mano y estrellándose contra el suelo.

“¡No! ¡No, eso!” Chilló, su cuerpo convulsionando de nuevo.

“Es agua, Ana.” “Solo agua,” dijo el cura, intentando calmarla mientras le ofrecía el segundo vaso.

Ana lo tomó, bebiendo con avidez. Pero al instante, su rostro se torció en una mueca de horror. “¡Fuego! ¡Me quema!” Gritó, derramando el agua por todas partes, mientras la sujetaban Yanet y una monja que nos acompañaba todo el tiempo.

El padre Moisés la observó con una expresión grave. “¿Es el agua la que te quema, o es la verdad que no puedes soportar?”

Ana cayó al suelo, susurrando en una mezcla de llanto y risas. “Soy víctima... y verdugo,” murmuró, sus ojos vidriosos mirando al vacío.

El padre Moisés suspiró, su rostro marcado por la compasión y la fatiga. “Ana, debemos seguir adelante.” “Este es solo el comienzo,” dijo, aunque una sombra de duda oscurecía sus ojos. La dualidad perturbadora de su situación estaba lejos de resolverse, y lo peor aún podía estar por venir.

La capilla, testigo mudo de la escena, se mantenía en un silencio sepulcral, como si el mismo edificio temiera lo que se estaba desatando en su interior.

Una vez hubo terminado todo este procedimiento, Ana quedaba visiblemente agotada y calmada y retornábamos a casa.

Casualidades de la vida, si estas existen, un vecino de una casa contigua era un pastor evangelista al que de vez en cuando

escuchábamos gritar en su casa. Él sabía también algo de Ana porque también la debía escuchar cuando perdía el control. Así que un día charlamos a través de la valla y se ofreció a ayudar a Ana, ya que realizaba exorcismos en casa.

De esta manera, La iglesia Evangélica, con sus cantos fervorosos, también intentó ayudarla. Pero la oscuridad que la envolvía era más fuerte y el pastor la expulsó de su congregación porque decía que estaba corrompiendo a sus feligreses. La posesión se intensificó. No era solo su mente, sino su cuerpo el que se retorció en agonía.

Los fines de semana solíamos ir a visitar a los padres de Ana en su casa de pueblo. De camino hacia allí pasamos por una conocida finca donde se dice que se apareció la Virgen. Ana me pidió insistentemente que aparcará y entráramos. Esa finca parece que se había convertido en una atracción y acudía mucha gente para orar y rogar. Una vez estábamos dentro y cerca de una estatua de la Virgen, Ana se cayó desmayada al suelo. Unas monjas que estaban cerca la ayudaron y le dieron un poco de agua. Ana me dijo que había tenido unas visiones y que quien se había aparecido era un ángel. Rápidamente, apareció una pareja que debía gestionar el lugar y nos pidieron que nos fuéramos rápidamente y avisaban a la policía. Me pareció una acción muy desproporcionada, pero le dije a Ana que aún estaba mareada, que nos fuéramos. Mi única

conclusión es que algo no estaba correcto en su sitio en ese lugar. Algo no encajaba.

Llegó un momento en que el terror se convirtió en mi único compañero nocturno. Las sombras de la noche se alargaban y se retorcían, como espectros que se alimentaban de mi miedo. Cada sonido en la casa, cada crujido de las tablas del suelo se transformaba en una amenaza potencial. El sueño se volvió un lujo inalcanzable; mis noches se convirtieron en vigilias interminables, con los ojos abiertos de par en par, recorriendo cada rincón de la habitación en busca de algún indicio de peligro.

Ana, cada vez más atrapada en sus propios demonios, sufría constantes trastornos de personalidad. A veces era la Ana que conocí, la madre de mis hijos; otras veces, se convertía en desconocidos aterradores, hablando de sí misma como varias personas diferentes. Su voz cambiaba, adoptando tonos extraños, y sus ojos se vaciaban de cualquier rastro de humanidad. Sus cambios de personalidad eran impredecibles, un constante juego de ruleta rusa emocional que me dejaba sin aliento.

Una noche, mientras la oscuridad envolvía nuestra casa, Ana se acercó a mí con una sonrisa que no parecía suya. Era una sonrisa que daba miedo, una curvatura en sus labios que parecía más una mueca de un depredador que una expresión humana. Se inclinó

sobre mí mientras yo fingía dormir, su aliento cálido y húmedo en mi oreja.

“Cuando estés durmiendo, te vamos a cortar el cuello,” susurró con una voz que no era suya, sino una amalgama de las múltiples personalidades que parecían habitar su mente.

El escalofrío que recorrió mi columna vertebral fue helado y paralizante. Sentí cómo el sudor frío empezaba a brotar de cada poro de mi piel. Fingí seguir dormido, mi respiración controlada con esfuerzo sobrehumano, mientras mi mente se debatía entre el miedo y la desesperación. ¿Cómo podía protegerme a mí mismo, y más importante aún, a mis hijos, de una amenaza tan insidiosa y cercana? Pero me calmaba lo que me dijo una vez el Padre Moisés. Mientras dormimos hay fuerzas del bien que nos protegen.

En otra ocasión, durante una de sus crisis más agudas, Ana se plantó en medio del salón, su cuerpo temblando de rabia y confusión. “¡No eres nadie!” ¡Somos muchos y estamos aquí para acabar contigo!, gritó su voz, resonando en las paredes y haciendo eco en mi mente. Los niños se escondían detrás de mí, sus caritas pálidas de terror, mientras yo intentaba mantener la calma.

“¡Ana, por favor, vuelve en ti!” ¡Esto no eres tú!, le suplicaba, con la esperanza de alcanzar alguna parte de su conciencia que todavía pudiera razonar.

Pero la Ana que conocía parecía haberse desvanecido en el abismo de su mente fragmentada. En su lugar, había una criatura impredecible y peligrosa, capaz de cualquier cosa. Las noches se convirtieron en una lucha constante por mantener a mis hijos y a mí a salvo, cada amanecer una pequeña victoria en una guerra sin fin.

El miedo se apoderó de mí de tal manera que incluso durante el día, cuando Ana parecía más estable, no podía relajarme. Cada vez que ella sonreía, cada vez que se acercaba a nosotros, sentía que caminaba sobre una cuerda floja, sobre un abismo. No sabía cuándo la próxima tormenta emocional arrasaría nuestro frágil refugio. Pero no siempre Ana actuaba de una manera malévola. Había ocasiones en que parecía que alguien bueno hablaba a través de ella.

El agotamiento físico y mental me consumía, pero no podía permitirme bajar la guardia. “Papá, ¿va a estar mamá bien?”, preguntaba Tristán, sus ojos grandes y llenos de una inocencia que yo estaba desesperado por proteger.

“Sí, hijo. Todo va a estar bien,” mentía, con la voz más segura que podía reunir. “Vamos a superarlo, juntos.”

Pero en mi interior, sabía que algo tenía que cambiar. El terror que sentía cada noche no era solo por mí, sino por mis hijos. Tenía que

encontrar una manera de salvarnos de la oscuridad que había invadido nuestro hogar, de la amenaza constante que se cernía sobre nosotros. Y así, con el corazón pesado, pero decidido, empecé a planear nuestra salida, buscando la luz al final de un túnel que parecía interminable.

Los ataques de ira de Ana se volvieron más peligrosos, transformando nuestro hogar en un campo de batalla. Platos volaban por el aire, estrellándose contra las paredes con un estruendo aterrador. Cuchillos eran desenvainados y blandidos con una amenaza palpable, el brillo del metal reflejando el caos en sus ojos. Todo esto era obra de Ana, cuya furia desatada convertía cada momento en una lucha por la supervivencia.

“¡Papá, tengo miedo!”, sollozaba Tristán, mi hijo, aferrándose a mí con desesperación, su pequeño cuerpo temblando sin control. Yo, trataba de mantener la calma mientras lo abrazaba con fuerza, utilizando mi propio cuerpo como escudo para protegerlo.

Tras avisar a la Guardia Civil, estos se presentaron y abrí la puerta, pero no era la ayuda que había esperado. El sistema legal, ciego ante la realidad, me había dejado desamparado. Los oficiales que llegaron intercambiaron miradas de hastío. “No podemos hacer mucho sin pruebas contundentes”, dijo uno, encogiéndose de hombros.

“¿Pruebas?! ¡Miren a mi hijo! ¡Miren este desastre!”, grité, señalando la cocina destrozada, las lágrimas corriendo por mi rostro con una mezcla de rabia y desesperación.

Ana, con una expresión de frenesí en sus ojos, lanzó otro plato que se estrelló contra la pared, apenas a unos centímetros de donde estábamos acurrucados. “¡Dejen de mirarme así y hagan su trabajo!”, vociferó a los oficiales, su voz cargada de furia.

Tristán seguía llorando, su llanto desgarrador, resonando en el espacio ahora silencioso tras el caos. “Papá, por favor, no nos dejes”, suplicaba, sus dedos pequeños aferrándose a mi camiseta como si soltarme significara perderse en la tormenta.

Por dentro sentía que el suelo se desmoronaba bajo nuestros pies. Los cuchillos y platos rotos eran más fáciles de enfrentar que la indiferencia del sistema, que nos dejaba vulnerables y solos.

Ana, en medio de toda esta tensión, se excusó y se dirigió al baño. Los minutos pasaron lentamente, cada segundo cargado de una inquietud creciente. Uno de los agentes, un hombre robusto, con una mirada dura, pero preocupada, me lanzó una pregunta que hizo que mi corazón se acelerara.

“¿No está tardando mucho?”, preguntó, su voz cortando el silencio como un cuchillo.

Una alarma interna se activó en mi mente. Nos dirigimos hacia el baño, y al llegar, encontramos la puerta cerrada desde el interior. Golpeé la puerta con fuerza, llamando a Ana con urgencia, pero no hubo respuesta. La preocupación en los ojos del agente se convirtió en determinación. Sin decir una palabra, retrocedió un paso y, con una patada contundente, rompió la cerradura.

La puerta se abrió de golpe, revelando una escena que nunca podré borrar de mi memoria. Ana estaba sentada en el suelo, su rostro pálido y sus ojos vacíos, sosteniendo una cuchilla en su mano. Las marcas frescas en sus muñecas apenas sangraban, pero eran suficientes para enviar un escalofrío helado por mi espalda. Nos quedamos atónitos, paralizados por la crudeza de la escena.

Me acerqué rápidamente, tomando la cuchilla de sus manos con cuidado. “Tranquila, Ana, estás a salvo ahora,” dije en tono suave y tranquilizador.

Ana levantó la mirada, sus ojos llenos de una tristeza profunda y antigua. “No pueden detenerlos,” murmuró, como si estuviera en un trance. “No pueden detener las voces.”

Observé con horror las cicatrices que recorrían sus brazos, testigos silenciosos de su constante lucha interna. Sabía que esto no era un episodio aislado; las marcas en su piel eran un triste recordatorio

de las innumerables veces que había intentado escapar de su propio tormento desde la temprana edad de los dieciséis años.

El desequilibrio mental de Ana no era algo nuevo. Desde que la conocí, su fragilidad emocional había sido una sombra constante en nuestra relación. Pero en ese momento, comprendí la profundidad de su sufrimiento, una angustia que probablemente se remontaba a su infancia, a experiencias traumáticas que habían dejado cicatrices invisibles en su alma, debido a la caótica situación familiar desde que ella era niña.

“Esto no puede seguir así,” susurré, más para mí mismo que para nadie más. “Necesita ayuda, verdadera ayuda.”

El agente me miró, sus ojos reflejando una mezcla de empatía y determinación. “Vamos a llevarla al hospital. Necesita atención médica y psiquiátrica de inmediato.”

Al salir del baño, vi a mis hijos, observando desde el pasillo, sus rostros marcados por el miedo y la confusión. Me arrodillé junto a ellos, abrazándolos con fuerza, intentando ofrecerles una seguridad que yo mismo no sentía.

“Papá, ¿mamá va a estar bien?”, preguntó Tristán, sus ojos llenos de lágrimas.

“Sí, hijo, va a estar bien”. “Está recibiendo la ayuda que necesita,” respondí, intentando sonar convincente. “Vamos a superar esto, juntos.”

Mientras los agentes escoltaban a Ana fuera de la casa, sentí una mezcla de esperanza y desesperación. Sabía que el camino por delante sería arduo, lleno de desafíos y momentos oscuros. Pero también sabía que era un paso necesario para salvar a Ana, para salvar a nuestra familia.

Cada noche se volvía un ejercicio de vigilancia constante, cada sonido amplificado por el miedo, cada sombra, una amenaza potencial. “Vamos a superarlo, hijo.” “Vamos a encontrar la manera,” le prometí, aunque el cómo aún era un misterio. Lo único que sabía era que, pase lo que pase, no dejaría que el terror de Ana se apoderara de nuestras vidas.

El ingreso en el hospital psiquiátrico fue un último recurso. Fue realmente duro visitarla en ese lugar junto con los niños. Allí todo era un caos. Nos registraban los bolsillos para ver si teníamos algo que pudiera estar afilado o punzante. Se oían gritos constantes y el sonido de las puertas de metal abriendo y cerrándose. Ni tan siquiera se podía llevar un peine. Ana, atrapada entre mundos, enfrentó su propia oscuridad. Las llamadas de la guardia civil, las noches de insomnio, todo se volvió una pesadilla constante.

En la casa, los niños crecían asustados. La sombra que habitaba en Ana no daba tregua. ¿Había alguna esperanza de liberarla o estábamos condenados a vivir en este abismo?

Capítulo 3: Entre Amenazas y Acusaciones

Un día, Ana me confesó que había conocido a otro hombre y que se iba con él. Me pidió que cuidara de los niños. Al principio, esto me pareció un respiro, pero sabía que no duraría mucho.

Inicié el procedimiento de separación y, cuando ella recibió la citación, comenzaron las amenazas. Aunque había terminado su relación con ese hombre, los problemas persistían. Ahora, sus padres y hermanos también estaban involucrados en el conflicto.

Un día, su padre me llamó, visiblemente asustado y llorando. Me contó que Ana se había lanzado del coche en marcha, gritando en plena ciudad a baja velocidad. Un policía estuvo a punto de detenerle, pero le pedí que no hiciera nada y que se alejara de ella hasta que pasara la crisis. Él insistía en que era su hija, pero el estúpido e ignorante policía no atendía a razones. Yo entendía su desesperación, pues había vivido algo similar.

En la vista de separación, me otorgaron la custodia de los niños. La sala del tribunal estaba cargada de tensión. Los murmullos se extinguieron cuando el juez, con rostro imperturbable, anunció su decisión: la custodia de los niños me pertenecía. Ana, al otro lado de la sala, se aferró al respaldo de la silla, sus ojos inyectados en

ira. Sus dedos se crisparon, y su voz se elevó en un grito desgarrador.

—¡Esto es una injusticia! —vociferó, su cabello enmarañado como una corona de furia—.

El juez la miró con severidad, pero Ana no se detuvo. Insultos, acusaciones y lágrimas se entrelazaron en un torbellino de desesperación. La sala vibraba con su ira, y los abogados intentaban calmarla en vano. Pero Ana no cedía. Sus palabras eran cuchillos afilados, dirigidos a todos los presentes.

—¡Usted no sabe nada de ser madre! —rugió, señalando al juez—
.

Sus ojos se cruzaron con los míos, y sentí el peso de su odio. ¿Cómo habíamos llegado a esto? Los niños, pequeños testigos mudos, se aferraban a mi mano, confundidos y asustados. El juez, finalmente, alzó la voz.

—Señora, si no se calma, la expulsaré de esta sala.

Pero Ana no se detuvo. Sus insultos se volvieron más crueles, más personales. El juez, con gesto adusto, cumplió su amenaza. Los guardias la escoltaron fuera, sus gritos resonando en los pasillos. La puerta se cerró tras ella, y la sala quedó en silencio. La victoria sabía agri dulce. Habíamos ganado, pero a un alto precio.

Más tarde, una psiquiatra que atendía a Ana me explicó que este tipo de personas, sintiéndose impunes por su enfermedad, no temen cometer actos ilegales o delictivos. No tienen límites morales.

Poco después, el comandante de la guardia civil del puesto más cercano me visitó en casa. Vestido de paisano, me advirtió que Ana se acostaba con varios agentes del puesto, algunos de ellos casados. Temía que me involucraran en una situación terrible. Le pregunté qué podía hacer, ya que yo actuaba correctamente y no vivía con ella. Su respuesta fue tajante: “Dese por advertido porque va a morder el calabozo”.

Yo por la mañana llevé a los niños al colegio y, mientras subía al coche para ir al trabajo, unos agentes de la guardia civil rodearon mi coche y sus armas apuntándome con una frialdad que helaba mi sangre. El metal de las esposas mordió mis muñecas mientras me arrastraban fuera del vehículo. “¿Cuál es mi delito?”, pregunté, pero sus ojos permanecieron impasibles. La respuesta llegó en forma de acusaciones: abuso de menores y tenencia ilícita de armas. Me llevaron a un calabozo, donde el frío se filtraba por los huesos y la incertidumbre me consumía.

La sala de interrogatorios estaba sumida en una penumbra opresiva. El agente instructor, un hombre de mirada gélida y gesto imperturbable, me observaba desde el otro lado de la mesa. Sus preguntas, más que inquisitivas, parecían fragmentos de un

rompecabezas absurdo. Cada palabra que salía de sus labios resonaba en el aire como un eco distorsionado. Me hacía preguntas que yo no entendía: —¿Tiene usted armas?, ¿su hijo le rasca la espalda?, ¿ha puesto a sus hijos películas porno? —.

Mi mente se debatía entre la confusión y la incredulidad. ¿Cómo podía responder a algo que no tenía sentido? Las paredes de la sala parecían cerrarse sobre mí, y el reloj en la esquina avanzaba con una lentitud tortuosa.

—¿Acaso cree que soy capaz de leer mentes? —repliqué, mi voz temblorosa—. ¿O es que espera que adivine sus absurdas intenciones?

El agente no parpadeó. Sus ojos, dos abismos sin fondo, seguían clavados en los míos. Las luces fluorescentes titilaban, y el sudor perlaba mi frente. ¿Qué juego macabro era este?

El agente sonrió, un gesto frío y despiadado, mientras yo pensaba si no era necesario tener un mínimo de coeficiente intelectual para ser agente de la autoridad.

La abogada, que hasta entonces había permanecido en silencio, observaba la escena con ojos penetrantes. Su presencia era como un eco lejano, una sombra que se deslizaba por los bordes de la sala. ¿Qué papel desempeñaba ella en todo esto? ¿Era aliada o enemiga? Su silencio era más elocuente que cualquier palabra

pronunciada. Quizás ella también buscaba respuestas en este laberinto de intrigas y secretos.

La sala se estremeció, y el agente desapareció en las sombras, sin respuestas a sus estúpidas preguntas. Las mismas seguían flotando en el aire, sin respuestas, como fantasmas hambrientos. ¿Quién era yo realmente? ¿Qué oscuro secreto guardaba mi mente? El agente instructor había abierto una puerta hacia lo desconocido, y yo estaba atrapado en su laberinto de enigmas y desvaríos.

La justicia, ahora un juego retorcido, se cernía sobre mí. ¿Cómo podía demostrar mi inocencia a tanto desvarío? Las sombras de la sala de interrogatorios parecían burlarse de mi desesperación. Pero yo no me rendiría. No por mí, sino por mis hijos y la verdad que se ocultaba en algún rincón oscuro.

Capítulo 4: Cautivo de la injusticia

Tras obtener autorización judicial, los agentes de la Guardia Civil me condujeron con implacable firmeza. Las esposas apretaban mis muñecas hasta tornarlas moradas. La caravana de vehículos avanzaba inexorablemente hacia mi domicilio, y yo, desesperado, preguntaba por mis hijos. Debía recogerlos del colegio, pero las respuestas eran Evasivas: “Nos hemos ocupado de ellos”. Imaginaba a mis pequeños, asustados, en manos de desconocidos, víctimas de un sufrimiento que no podía ni quería imaginar. El corazón me martilleaba en el pecho mientras la caravana se adentraba en mi calle, y la incertidumbre me devoraba. ¿Qué les habrían dicho? ¿Cómo estarían? ¿Habían llorado? ¿Me habrían buscado? Las lágrimas amenazaban con traicionarme, pero debía mantener la compostura. No podía permitir que me vieran vulnerable. No ahora. No cuando estaba tan cerca de abrazar a mis hijos nuevamente. Pero la sombra de la duda se cernía sobre mí, y el miedo se enroscaba en mi garganta como una serpiente venenosa. ¿Qué habría ocurrido mientras yo estaba bajo custodia? ¿Habían sufrido? ¿Habían sentido mi ausencia como un abismo insalvable? La casa se perfilaba ante mí, y mi corazón latía al ritmo de los pasos que me conducían hacia la puerta. Los vecinos observaban desde las ventanas, curiosos y expectantes. ¿Qué

pensarían de mí? ¿Me juzgarían? ¿Me compadecerían? Las esposas seguían apretando, y el dolor se entrelazaba con la ansiedad. Abrí la puerta y me encontré con el caos. Todo estaba revuelto, como si un huracán hubiera arrasado con cada rincón de mi hogar. Los agentes registraban sin miramientos, forzando armarios y cajones, arrojando mis pertenencias al suelo como si no tuvieran valor alguno. Sentí la humillación de la exposición, la impotencia de no poder proteger mi intimidad. “¿Dónde están mis hijos?”, pregunté con voz ronca. “Nos hemos ocupado de ellos”, fue la respuesta fría y calculada. No había lugar para la empatía ni la compasión. Solo cumplían órdenes, pero uno de ellos, con ojos fríos como el acero, se inclinó hacia mí y susurró amenazante: “Mejor cierra la boca si no quieres que te dé un guantazo”. El miedo se enroscó en mi garganta, y supe que estaba solo en esta lucha desigual. Las lágrimas de impotencia se deslizaron por mis mejillas, y mi mente se debatía entre la esperanza y el temor. Pero no podía permitirme flaquear. Las esposas seguían apretando, y el dolor era una constante que me recordaba mi vulnerabilidad.

Mientras la Guardia Civil registraba mi casa, el ambiente era tenso y caótico. Bajamos al sótano, donde mis pertenencias fueron objeto de un furioso vandalismo. Allí, entre el desorden, estaban mi taladro y mi amoladora, herramientas cotidianas para cualquier aficionado al bricolaje.

Uno de los guardias, un hombre obeso y de vocabulario limitado que me recordaba a Pedro Picapiedra de una famosa serie infantil, se detuvo frente a las herramientas con una expresión triunfal. “¿Sabe usted que con estas herramientas se pueden construir armas?”, me espetó, como si acabara de descubrir un complot internacional. Estaba esposado y la situación no me invitaba precisamente a reír, pero internamente no pude evitar una sonrisa irónica. ¿En serio? ¿Esto es lo que tenemos para protegernos en este país?

La escena tenía un aire casi tragicómico. Ahí estaba yo, rodeado de agentes que destrozaban mi casa, y uno de ellos, con un intelecto que parecía rivalizar con el de una ameba, me sermoneaba sobre el peligro de mis herramientas. La ironía del momento no se me escapaba: ¿de verdad este hombre creía que estaba a punto de construir una bomba con mi taladro? ¿De dónde salían estos seres con un intelecto tan limitado?

Intenté mantener la compostura, pero mis pensamientos se arremolinaban en una danza sarcástica. Si estas eran las mentes brillantes que nos protegían, tal vez estábamos más desprotegidos de lo que pensábamos. El guardia seguía con su perorata, sin darse cuenta de la ridiculez de sus palabras, y yo, sin poder evitarlo, reflexioné sobre la triste realidad de nuestro sistema.

Luego me trasladaron a un cuartel cochambroso para hacerme la ficha policial. El lugar tenía un aire opresivo, con paredes grises y frías que parecían absorber cualquier atisbo de esperanza. Al llegar, un oficial me recibió con una mirada severa y me condujo a una pequeña habitación iluminada por una única bombilla colgante.

“Desnúdate”, ordenó el oficial con voz firme, señalando una esquina de la habitación.

“¿Es realmente necesario?”, pregunté, intentando mantener la dignidad que me quedaba.

“No estamos aquí para discutir”, respondió secamente. “Desnúdate y adopta estas posiciones, que te vamos a registrar y explorar”, añadió, mostrándome una lista de posturas vejatorias, claramente diseñadas para humillar y despojar de cualquier sentido de humanidad.

Sentí un nudo en la garganta mientras obedecía, consciente de que cualquier resistencia solo empeoraría mi situación. La frialdad del suelo se extendía por mi cuerpo, intensificando la sensación de vulnerabilidad. Pasaron los minutos, aunque para mí parecieron horas, mientras los agentes revisaban cada centímetro de mi cuerpo en busca de objetos ocultos.

Finalmente, me permitieron vestirme nuevamente. Aun así, la sensación de humillación persistía, dejando una marca indeleble en

mi espíritu. Me condujeron entonces al juzgado, donde los dos agentes encargados de mi custodia parecían más humanos. Uno de ellos, con un gesto que casi podría describirse como compasivo, me permitió hacer una llamada.

“Puedes hacer una llamada, pero que nadie se entere”, dijo uno de los agentes, entregándome el teléfono. “¿A quién quieres llamar?”

“Gracias”, respondí con voz quebrada. “Necesito llamar a mi abogada.”

Después de la llamada, mientras esperábamos en una sala contigua, el dolor de las esposas se volvió insoportable. Observando mi incomodidad, el otro agente se acercó y, con un gesto cuidadoso, ajustó la posición de las esposas.

“Esto debería ayudar un poco”, dijo. “Lo siento por todo esto. Se ha corrido la voz dentro del cuerpo de que se ha cometido un grave error”.

Agradecí con un leve asentimiento, sintiendo un pequeño alivio físico, aunque el peso de la situación seguía aplastándome.

Cuando finalmente me llevaron ante la juez, el ambiente era tenso. La juez, una mujer de mirada penetrante y voz autoritaria, estaba claramente molesta. Los gritos resonaban en la sala, una y otra vez, dirigidos al agente instructor que había manejado mi caso.

“¡Esto es una chapuza!”, exclamó la juez, golpeando la mesa con un puño cerrado. “La instrucción está llena de errores y negligencias. ¿Cómo esperas que proceda con semejante desastre?”

El agente instructor, visiblemente nervioso, intentó defenderse. “Señoría, hice lo que pude con la información que tenía...”

“¡No me vengas con excusas!”, interrumpió la juez. “Necesito pruebas claras y procedimientos correctos. Este caso no puede sostenerse sobre una base inexistente. ¿Quién os manipula?”

Sentado allí, observando la escena, sentí una mezcla de alivio y desesperación. Alivio porque quizás la incompetencia del agente jugaría a mi favor, pero también desesperación ante la incertidumbre de mi futuro y la evidente hostilidad del entorno.

“Vamos a tener que reevaluar toda esta instrucción”, concluyó la juez, suspirando profundamente. “Hasta entonces, este procedimiento queda cerrado.”

Me llevaron de vuelta a la sala de espera, con las palabras de la juez, todavía resonando en mi mente. Sabía que la batalla estaba lejos de terminar, pero al menos, por un momento, había una chispa de esperanza en medio de la tormenta.

La tensión en la sala del tribunal era palpable mientras esperábamos el veredicto. Había una mezcla de silencio expectante y susurros nerviosos. La juez, con su expresión imperturbable y severa, finalmente tomó la palabra.

“Tras revisar detenidamente todas las pruebas y testimonios presentados”, comenzó, su voz resonando en la sala, “este tribunal ha decidido dejar en libertad al acusado, levantando los cargos de abuso de menores por falta de pruebas concluyentes.” “Sin embargo, se mantienen los cargos de tenencia ilícita de armas y abandono de menores.”

Sentí un torrente de emociones contradictorias; alivio por la absolución de los cargos más graves, pero una pesada preocupación por los que aún quedaban.

“En cuanto a la custodia de los niños”, continuó la juez, mirando directamente a mí, “he decidido devolver la custodia al padre, que se hará efectiva en los próximos días”. Entonces recibí la noticia de que, mientras había estado en “custodia” policial, los niños habían estado con Ana.

La decisión era inusual, pero la juez parecía convencida de su corrección, ya que era consciente y había participado en una detención equivocada.

Días después, mientras intentaba reajustar mi vida, recibí una llamada urgente e inmediatamente le trasladé el contenido de la misma a mi abogada.

“¿Qué ha pasado?”, preguntó.

“Es Tristán”, respondí a la abogada con la voz cargada de preocupación. “La hermana de Ana dejó a los niños con su madre, a pesar de la prohibición. El perro de un vecino de su madre atacó a Tristán. Tiene mordeduras graves en la cara. Vamos al hospital.”

El mundo se detuvo por un momento. Me sentí atrapado en una pesadilla. Llegué al hospital lo más rápido que pude, y el panorama que encontré fue desolador.

“¿Dónde está Tristán?”, pregunté frenéticamente a la enfermera de recepción.

“En la sala de urgencias”, respondió, señalando una dirección. Corrí por los pasillos hasta llegar a la puerta, donde vi a mi pequeño Tristán, su carita hinchada y vendada, y las marcas de las mordeduras claramente visibles.

“Papá”, susurró Tristán con voz débil, sus ojos llenos de dolor y miedo.

“Estoy aquí, hijo”, respondí, tomándole la mano con suavidad. “Todo va a estar bien.”

En ese momento, Yanet apareció, su rostro reflejando una mezcla de culpa y desesperación.

“¿Cómo pudiste?”, le grité, la ira burbujeando en mi interior. “Sabías que no debías dejarlos con tu hermana.” “¿Qué estabas pensando?”

“No tenía otra opción”, respondió Yanet, sus ojos llenos de lágrimas. “Pensé que estarían seguros. Comprende que es mi hermana y no podía decirle que no”.

“Esto nunca debería haber pasado”, murmuré, mi voz quebrándose. “Tristán llevará estas cicatrices toda su vida.” “No puedo perdonarte por esto.”

Yanet se derrumbó, sollozando. En ese momento, supe que nuestras vidas habían cambiado irrevocablemente. La confianza se había roto, y el precio que habíamos pagado era demasiado alto.

La juez fue informada de inmediato del incidente. En una audiencia rápida y tensa, expresó su indignación.

“Esto es inaceptable”, dijo con voz dura. “La negligencia ha llevado a consecuencias trágicas. Los menores estarán bajo la custodia de su padre desde este instante.

Tristán se recuperaría físicamente, pero las cicatrices emocionales tardarían mucho más en sanar. Y mientras nos esforzábamos por

reconstruir nuestras vidas, las marcas de aquel fatídico día nos recordaban constantemente el alto costo de la negligencia y la importancia de la protección de los inocentes.

La audiencia provincial finalmente resolvió mi absolución total. Las palabras del juez resonaron en la sala del tribunal, trayendo consigo un alivio indescriptible. “El tribunal determina que no existe evidencia de abandono de menores y que las armas encontradas en su posesión son, en realidad, de aire comprimido y no representan un peligro real. “Ni tan siquiera es necesaria una licencia”. Y yo pensaba si esto no lo sabía ya la Guardia civil, aunque después de todo lo que había vivido, ¿qué se podía esperar de esos cabezas de chorlito?

El alivio inundó mi ser, pero rápidamente fue sustituido por una indignación ardiente. ¿Cómo había llegado mi vida a este punto de desolación y lucha constante?

Mientras recogía mis pertenencias y conversaba con mi abogado en los pasillos del tribunal, surgió un descubrimiento que dejó a todos atónitos. Al analizar detenidamente el atestado de la Guardia Civil, descubrimos que la denuncia inicial había sido interpuesta por la directora del colegio y la profesora de mis hijos. O al menos eso decía el atestado...

“Esto es inadmisibile,” exclamó mi abogada, frunciendo el ceño mientras revisaba los documentos. “Vamos a interponer una querrela criminal contra estas dos señoras.” “No pueden salirse con la suya.”

La noticia de la querrela se difundió rápidamente. Días después, nos encontrábamos nuevamente en la sala del tribunal, pero esta vez con la directora y la profesora en el banquillo de los acusados. La tensión era palpable mientras esperábamos el inicio de la vista.

“¿Por qué lo hicieron?”, me pregunté en voz baja, buscando respuestas en el rostro inexpresivo de la directora y la cara de miedo de la profesora.

El juez comenzó la sesión llamando a declarar a la directora del colegio. Ella se levantó con aplomo y caminó hasta el estrado.

“¿Es cierto que usted fue la denunciante en el caso de este señor?”, preguntó el juez.

“No, señoría”, respondió la directora con firmeza y cara prepotente. “Nunca presenté tal denuncia. No sé por qué mi nombre aparece en esos documentos.”

La sorpresa se reflejó en todos los presentes. Mi abogado no perdió tiempo y solicitó que se llamara a la profesora.

“Señora, ¿puede confirmar si usted fue la denunciante?”, preguntó el juez.

“Jamás, señoría,” respondió la profesora, mirando directamente al juez. “No tengo idea de cómo mi nombre apareció en ese informe.”

La confusión y la incredulidad llenaron la sala. ¿Cómo era posible que las dos principales acusadoras negaran su participación?

“Señoría, solicito permiso para interrogar a los agentes de la Guardia Civil responsables del atestado,” dijo mi abogado, decidido a llegar al fondo del asunto.

Los agentes fueron llamados a la sala. Al tomar el estrado, la atmósfera se volvió aún más tensa.

Uno de los números, visiblemente nervioso, aclaró su garganta antes de responder. “Señoría, el atestado se basó en información que recibimos de manera anónima.” No podemos revelar nuestras fuentes.”

El juez levantó una ceja y preguntó, con voz llena de incredulidad y enfado: “¿Está diciendo que inventaron los nombres de la directora y la profesora?”

El agente, como si se hubiera entrenado en esquivar preguntas, respondió con soltura. “No, señoría”. “Simplemente, anotamos lo que nos fue proporcionado.”

Mi abogada se levantó, dirigiéndose al juez con la misma determinación de un perro persiguiendo un camión de bomberos. “Señoría, esto es una clara violación de la justicia.” “Exigimos una investigación completa sobre la conducta de estos agentes y la veracidad de sus informes.”

El juez asintió solemnemente, como si estuviera ordenando una pizza en lugar de una investigación. “Ordeno una investigación exhaustiva sobre este asunto. No permitiremos que la justicia sea manipulada de esta manera.”

A medida que la audiencia avanzaba, se hizo evidente que alguien dentro de la Guardia Civil había falseado los documentos y por ende, los hechos. La pregunta persistente era: ¿por qué?

La respuesta llegó con una revelación que me dejó helado. Mi abogada, hablando en voz baja como si estuviera revelando el último capítulo de una telenovela, me dijo: “Hay rumores de que Ana estaba involucrada con algunos agentes de la Guardia Civil. Parece que temían que su infidelidad se descubriera y planearon todo esto para arruinarte.”

El impacto de esas palabras fue como un golpe físico. “¿Ana? ¿Conspiró con ellos para destruirme?”, pregunté, sintiendo una mezcla de traición y desesperación.

“Todo apunta a eso”, respondió mi abogada con seriedad. “Necesitamos pruebas para confirmarlo, pero tiene sentido con lo que hemos visto hasta ahora.”

Los días siguientes fueron un torbellino de emociones mientras intentábamos desenmarañar la verdad. Finalmente, la investigación reveló que varios agentes habían colaborado con Ana, manipulando los documentos y las denuncias para protegerse y desacreditarme.

Sin embargo, en un giro digno de un sketch cómico, los agentes implicados lograron salir impunes. En el juicio, su defensa fue tan rocambolesca que parecía sacada de una película de comedia. “No sabíamos que los documentos habían sido falseados,” decían con cara de cordero degollado y las axilas sudorosas, mientras la juez, sin pestañear, los exoneraba con un gesto casi aburrido.

Cuando la verdad salió a la luz, la directora y la profesora fueron exoneradas completamente, aunque era evidente que el sistema estaba ocultando todo en una montaña de estiércol. Los agentes y funcionarios implicados, sorprendentemente, se marcharon con una simple reprimenda. La juez, en su sentencia final, declaró con la solemnidad de quien lee un menú: “Este señor ha sido víctima de una grave injusticia.” “Este tribunal condena enérgicamente las acciones de los responsables y asegura que se tomarán medidas para evitar que algo así vuelva a suceder.”

Al salir de la sala, mi abogada me miró con una mezcla de resignación y un toque de humor negro. “Bienvenido a la justicia de nuestro país,” dijo, encogiéndose de hombros. “A veces es más surrealista que un cuadro de Dalí.”

Y así, con la misma rapidez con la que se había desatado, el escándalo se desvaneció. Los culpables siguieron con sus vidas, mientras yo, exhausto, pero con mis hijos a salvo, reflexionaba sobre el retorcido sentido del humor del destino.

Sentí una mezcla de alivio y tristeza. Aunque había obtenido justicia, las cicatrices de esta experiencia permanecerían conmigo para siempre. Sin embargo, mis hijos volvían a mí, y esa era la mayor victoria. Pero estaba exhausto de esta persecución del sistema en mi contra, sabiendo que el camino hacia la recuperación sería largo y lleno de desafíos.

A medida que salíamos del tribunal, mis hijos se aferraron a mí con fuerza. “Papá, ¿ahora estaremos bien?”, preguntó el más pequeño, con ojos llenos de esperanza.

“Sí, hijo,” respondí, con voz firme, pero con el corazón pesado. “Ahora estaremos bien. Prometo que haré todo lo posible para que nada nos separe de nuevo.”

Y así, comenzamos el arduo camino hacia la reconstrucción de nuestras vidas, con la certeza de que la verdad finalmente había

prevalecido, aunque el costo había sido alto. Habíamos salido victoriosos, aunque a un coste tremendo. Y aquí es donde surge la cuestión: ¿quién paga la “fiesta”? Pero hasta el momento he tenido que asumir junto con mis hijos todos los errores policiales, judiciales y administrativos. Yo lo que pienso es que se cometen tal cantidad de errores de este tipo debido a tanta incompetencia, que sería inasumible para el Estado hacer frente a tantos fallos. Si estuviéramos en EE. UU., donde este tipo de errores se pagan con un alto coste, otro gallo nos cantaría. En este país, el que paga los errores policiales, judiciales y administrativos es, irónicamente, el mismo que paga los sueldos de quienes los cometen. El ciudadano. Y lo peor es que cuando intentas reclamar, te encuentras con una burocracia interminable y un sistema que parece diseñado para que te des por vencido.

Capítulo 5: Luchando contra el destino

Estábamos en casa, los niños y yo. Mientras trabajaba con el ordenador, escuché la voz de Marcos, mi hijo de 8 años, que se acercaba con su bicicleta.

“Papá, ¿puedo ir a la tienda a comprar un bollo?”, preguntó con su entusiasmo habitual, sus ojos brillando de expectación.

Suspiré, recordando los recientes y tumultuosos eventos que habían sacudido nuestras vidas. Aunque nuestra casa estaba en una urbanización dentro del casco urbano y el recorrido hasta la tienda era relativamente seguro, en una travesía urbana, con semáforos y señales de peligro de cruce de niños, no podía evitar sentir una creciente preocupación.

“Está bien, Marcos,” respondí finalmente, tratando de ocultar mi ansiedad. “Pero ten mucho cuidado. Y tráeme un refresco, ¿de acuerdo?”

“Sí, papá”, dijo alegremente, montando su bicicleta y saliendo por la puerta.

El tiempo pasó lentamente mientras esperaba su regreso, sumido en mi trabajo, pero siempre con un oído atento a cualquier ruido en la calle. De repente, el timbre de la puerta sonó insistentemente, arrancándome de mis pensamientos. Abrí la puerta para encontrar

a nuestra vecina, Marieta, con una expresión de preocupación en el rostro.

“¿Qué ha pasado?”, pregunté con el corazón acelerado.

“Es Marcos,” dijo con voz entrecortada. “Se ha caído de la bicicleta.”

Sin pensarlo dos veces, salí corriendo con ella, sin preocuparme por mi atuendo de casa. Mientras nos acercábamos al lugar del accidente, sentí un nudo de nerviosismo en el estómago. Un grupo de personas se había congregado en mitad de la travesía urbana, y un vehículo con luces de emergencia estaba estacionado cerca. Mi corazón latía con fuerza mientras avanzábamos.

Al llegar, vi a Marcos tumbado en el suelo, convulsionando en un charco de sangre. Dos personas, que se identificaron como médicos que causalmente circulaban por allí, le estaban proporcionando los primeros auxilios. Su ropa estaba desgarrada, ensangrentada y su pequeño cuerpo mostraba rozaduras y contusiones por todas partes.

“¡Marcos!”, grité, sintiendo una mezcla de horror y desesperación.

Uno de los médicos me miró con gravedad. “Estamos haciendo todo lo posible. Necesita atención hospitalaria inmediata.”

En ese momento, la Guardia Civil de tráfico llegó en dos motocicletas, regulando el tráfico y creando un espacio de

protección. La gente se había congregado alrededor, algunos incluso grabando con sus teléfonos sin ningún pudor y tecleando sus terminales convulsivamente.

Cerca de Marcos, a unos cinco metros, había un coche con una chica joven dentro, claramente en estado de shock. Ella era la conductora que había atropellado a Marcos, desplazándolo varios metros con el impacto. Mi instinto me hizo querer acercarme a ella, pero mi prioridad era Marcos.

Me acerqué a él, arrodillándome a su lado. “Marcos, estoy aquí, hijo.” “Todo va a estar bien.” Vi algo grisáceo cerca en el suelo, cerca del charco de sangre que salía de la cabeza de Marcos, y se me cortó la respiración. Pensé que era masa encefálica y quedé aterrado pensando que esto no tenía solución, pero observando un poco más cerca, determiné que era un chicle.

En ese momento, escuché a un hombre hablando con la Guardia Civil. “Soy el padre de la joven que lo atropelló. Mi hija no hizo nada malo, el niño se cruzó de repente y es el culpable.”

Ignoré sus palabras, enfocándome en mi hijo. No sabía lo que le habría hecho a ese hombre si no estuviera tan concentrado en Marcos.

Poco después, llegó un helicóptero de emergencias, aterrizando en un campo cercano. Los médicos discutían frenéticamente cómo

trasladar a Marcos al hospital. Aunque la ambulancia tenía más soporte vital, el helicóptero era más rápido. Finalmente, decidieron optar por una ambulancia medicalizada con soporte vital avanzado.

“¿Quiere venir en la ambulancia?”, me preguntó uno de los médicos.

“Es mejor que vaya un sanitario más,” respondí con voz temblorosa, sabiendo que cada segundo contaba.

La ambulancia, escoltada por la policía, inició el trayecto a toda velocidad hacia el hospital. Corrí de vuelta a casa, cambiándome rápidamente y cogiendo las llaves de mi 4x4. Salí a toda prisa, mi mente enfocada únicamente en llegar al hospital.

De camino, me encontré con una retención de tráfico. Desesperado, intenté eludirla subiendo por un acceso solo apto para todoterrenos. En ese momento, dos guardias civiles motorizados me interceptaron.

“¡¿Qué está haciendo?!”, me increpó uno de ellos.

“Mi hijo ha tenido un accidente grave”. “Debo llegar al hospital”, respondí, la desesperación evidente en mi voz.

El otro guardia reconoció la situación rápidamente. “¿Es usted el padre de Marcos?”

“Sí,” respondí, gritando de dolor mientras me temblaban las manos.

Sin perder tiempo, encendieron las luces de emergencia. Mientras uno de ellos abría el tráfico unos metros por delante, el otro me escoltaba directamente. Un recorrido que normalmente tomaría 30 minutos, lo completamos en menos de 10. He de reconocer que es único caso que se me ha dado en la vida, donde la guardia civil ha demostrado ser un cuerpo honorable.

Llegamos al hospital, y corrí hacia la entrada de emergencias. Allí, vi cómo trasladaban a Marcos de la ambulancia a una camilla, rodeado de médicos y enfermeras.

“Señor, necesita esperar aquí”, me dijo una enfermera, bloqueando mi entrada.

“Por favor, déjenme pasar.” “Es mi hijo,” rogué, pero ella se mantuvo firme.

“Están haciendo todo lo posible. Necesita esperar aquí.”

Me desplomé en una silla cercana, las manos temblando mientras intentaba procesar la situación. Cerré los ojos y, por primera vez en mucho tiempo, me encomendé a Dios.

“Dios, por favor, salva a mi hijo. No puedo perderlo. No después de todo lo que hemos pasado.”

Los minutos parecían horas mientras esperaba noticias. Finalmente, un médico salió, con una expresión seria.

“Su hijo está en estado crítico”, dijo, colocando una mano reconfortante en mi hombro. “Estamos haciendo todo lo posible, pero las expectativas son mínimas”.

Asentí aterrado. Mis hijos habían vuelto a mí, y aunque estaba exhausto de esta persecución del sistema en mi contra, sabía que debía seguir adelante. La batalla aún no había terminado, pero mientras Marcos tuviera una oportunidad, yo seguiría luchando.

Capítulo 6: La luz en la oscuridad

Las horas parecían eternas mientras esperaba en la sala de espera del hospital. Cada minuto que pasaba sin noticias de Marcos aumentaba mi ansiedad. Finalmente, tomé el teléfono y llamé a mi pareja, Trinidad, una profesora de piano en el conservatorio y concertista de reconocido prestigio.

“Trinidad, es Marcos,” le dije, tratando de mantener la voz firme. “Ha tenido un accidente grave con la bicicleta. Está en la UCI.”

Ella vivía lejos, pero sin dudarle se acercó a la oficina de su jefe con el corazón palpitante y la mente enmarañada por la urgencia. Tocó suavemente la puerta, su mano temblorosa apenas haciendo un sonido. Sin esperar respuesta, empujó la puerta abierta y entró.

El despacho de su jefe, amplio y lleno de luz, contrastaba con la sombra de preocupación que nublaba su rostro. Él levantó la mirada de un montón de papeles desordenados, sus cejas arqueándose al ver la expresión de Trinidad.

—Trinidad, ¿qué sucede? —preguntó con una mezcla de sorpresa y preocupación en su voz.

Trinidad respiró hondo, intentando mantener la compostura. Sus palabras salieron atropelladas, cada una cargada de urgencia.

—Necesito salir de viaje, ahora mismo. Es un asunto personal de extremada urgencia. No puedo explicar los detalles, pero es algo que no puede esperar.

El silencio que siguió fue denso y casi palpable. Su jefe la observó por un momento, su mirada profunda, intentando captar más de lo que Trinidad estaba dispuesta a revelar. Finalmente, asintió con determinación.

—Trinidad, no te preocupes. Sal inmediatamente. Yo me encargaré de todo aquí. No te preocupes por el conservatorio. Tu lugar estará esperando cuando regreses.

Trinidad sintió una ola de alivio y gratitud inundarla. Sus ojos se llenaron de lágrimas, no solo por la urgencia de su situación, sino por el apoyo incondicional que acababa de recibir. Intentó articular

un agradecimiento, pero las palabras se quedaron atascadas en su garganta.

—Gracias... de verdad, no sabe cuánto significa esto para mí.

Su jefe se levantó de su silla y caminó hacia ella, colocando una mano reconfortante sobre su hombro.

—Ve y resuelve lo que necesites resolver. Aquí estaremos bien. Solo cuídate.

Trinidad asintió, apretando los labios en un intento de controlar sus emociones. Se giró y salió del despacho, sintiendo el peso de la urgencia empujarla hacia delante. Mientras caminaba rápidamente por los pasillos del conservatorio, sus pensamientos ya estaban con el motivo de su viaje.

Mientras tanto, yo permanecía en el hospital, esperando cualquier actualización de los médicos. La incertidumbre era insoportable.

Un doctor finalmente se acercó y me dijo que podía entrar a ver a Marcos por un momento. Caminé hacia la UCI muy medicalizada, donde mi hijo estaba conectado al menos a cuatro aparatos de suministro de medicamentos intravenosos. La vista era desgarradora. Marcos, tan lleno de vida hacía unas horas, ahora yacía inmóvil, rodeado de máquinas que luchaban por mantenerlo con vida.

“Las próximas horas serán cruciales,” dijo la doctora, su voz llena de gravedad. “Su diagnóstico principal es un daño generalizado con hematomas y roturas de vasos sanguíneos en el cerebro. Esto no es operable”

La doctora me guio por el largo pasillo del hospital, sus pasos resonando suavemente en el suelo de linóleo. El olor a desinfectante impregnaba el aire, mezclado con la tenue fragancia de flores que llegaba desde la sala de espera. Al llegar a su despacho, abrió la puerta y me hizo un gesto para que entrara.

El despacho estaba decorado con sobriedad: un escritorio de madera oscura, un ordenador portátil y varias carpetas apiladas meticulosamente a un lado. En una esquina, un pequeño cuadro de una playa solitaria colgaba de la pared, un intento de traer un poco de tranquilidad al lugar. La doctora, una mujer de mediana edad con cabello castaño recogido en un moño, se sentó detrás de su escritorio y encendió una luz sobre una caja de visualización para radiografías.

—Por favor, siéntate —dijo, con una voz que intentaba ser tranquilizadora, pero que no ocultaba una sombra de preocupación.

Me senté, sintiendo la frialdad del plástico bajo mí, mientras ella colocaba una radiografía en la caja de luz. La imagen del cráneo

de Marcos se iluminó, mostrando contornos y sombras que, para mí, eran incomprensibles.

—Aquí tienes la radiografía de Marcos —empezó, señalando la imagen con un bolígrafo. Su rostro adoptó una expresión seria mientras buscaba las palabras adecuadas para explicarse—. Es como si algo delicado hubiera sido metido dentro de una caja de zapatos y luego sacudido violentamente.

Me quedé sin aliento por un momento, intentando procesar lo que acababa de decir. La metáfora era clara y devastadora. Intenté hablar, pero mi voz salió en un susurro quebrado.

—¿Qué significa eso exactamente, doctora?

Ella suspiró y se inclinó hacia delante, mostrando con el bolígrafo varias áreas del cráneo en la radiografía.

—Significa que Marcos ha sufrido un trauma considerable. Hay signos de daño que indican que ha sido sacudido con fuerza. Esto puede tener efectos a largo plazo en su desarrollo neurológico y físico si conseguimos sacarle adelante, algo que aún está por ver.

Sentí un nudo formarse en mi garganta. Mis pensamientos se volvieron caóticos, tratando de encontrar algún sentido a lo que estaba escuchando.

—¿Hay algo que podamos hacer? ¿Cómo... cómo lo ayudamos?

La doctora me miró con compasión y firmeza.

—Lo más importante ahora es asegurarnos de que esté en un entorno seguro y estable con la presión craneal estabilizada.

Asentí lentamente, sintiendo una mezcla de impotencia y determinación. Me quedé mirando la radiografía, pero mi vista estaba perdida en lejanía.

Trinidad llegó al hospital, su rostro pálido y lleno de preocupación, acompañada por sus padres, ambos médicos experimentados. La desesperación en sus ojos reflejaba la mía, mientras nos abrazábamos con fuerza en medio del pasillo. Sus padres, con el semblante serio, pero decidido, habían logrado conseguir vuelos urgentes. Los aviones habían sido retenidos en el aeropuerto desde su origen para asegurar que pudieran embarcar lo antes posible y estar allí, junto a nosotros, en ese momento crítico.

“¡Gracias a Dios que estás aquí!”, susurré a Trinidad con la voz quebrada.

Trinidad asintió, su voz temblando de emoción. “Estamos aquí ahora, y no te dejaremos solo en esto.”

Sus padres, con años de experiencia en situaciones médicas de alta presión, inmediatamente tomaron el control. “Necesitamos hablar con los médicos que están a cargo de Marcos”, dijo su padre, el

doctor Hernández, con tono autoritario. “Debemos saber exactamente cuál es su estado y qué se está haciendo por él”.

Mientras se dirigían al área de cuidados intensivos, aproveché la oportunidad para contactar a mi mejor amigo, Abelardo, un alto cargo de emergencias de la provincia. “Abelardo, necesito tu ayuda,” le dije con urgencia en la voz. “Marcos está muy grave, y cualquier apoyo que puedas proporcionar sería invaluable.”

Abelardo no dudó un instante. “Voy para allá ahora mismo. Y no te preocupes, traeré a la jefa de los servicios sanitarios conmigo. Haremos todo lo posible por ayudar a Marcos.”

No pasó mucho tiempo antes de que Abelardo llegara al hospital, acompañado por la doctora Puigvert, la jefa de los servicios sanitarios. Al vernos, Abelardo me abrazó con fuerza, transmitiendo una solidez y calma que tanto necesitaba. “Estamos aquí para ti, amigo. No estás solo en esto.”

La doctora Puigvert, una mujer de mirada aguda y determinación férrea, fue directa al grano. “Vamos a revisar el caso de Marcos de inmediato.” “Quiero ver todos los informes y hablar con su equipo médico.”

El hospital, que había estado sumido en un bullicio constante, parecía detenerse mientras nos reuníamos alrededor de la cama de Marcos en la UCI. Los padres de Trinidad discutían términos

médicos con el personal del hospital, tratando de entender y aportar sus conocimientos. Trinidad se sentó junto a mí, sosteniendo mi mano, sus ojos fijos en mi hijo.

El Jefe de los servicios de neurología, el Doctor Marcosez acudió a mí y miró el informe médico con seriedad. “La situación es crítica, pero no imposible. Hemos visto casos peores que se recuperan. No perdamos la esperanza.”

La doctora Puigvert intervino, su voz firme. “Necesitamos un plan de acción claro. Vamos a movilizar todos los recursos necesarios para darle a Marcos la mejor oportunidad de recuperación.”

Mientras tanto, Abelardo me acompañó a una sala de espera cercana. “Necesitas mantenerte fuerte, para Marcos y para Tristán.” “Este es un camino largo, pero no lo recorrerás solo.”

Las palabras de Abelardo, aunque simples, me dieron una fuerza renovada. Al regresar a la habitación, vi a los padres de Trinidad inmersos en una conversación seria con el Doctor Marcosez, y la Doctora Puigvert organizando un equipo especializado para monitorear a Marcos las 24 horas.

En medio de todo este caos, me acerqué a Trinidad y susurré: “Marcos va a superarlo. No importa cuán difícil sea, es fuerte. Lo superaremos juntos.”

Trinidad me miró, su rostro lleno de determinación. “Sí, lo haremos. Por Marcos.”

A partir de ese momento, nuestras visitas a la UCI se convirtieron en una rutina de esperanza y lucha. Cada día, con el apoyo de nuestros seres queridos y la dedicación del personal médico, veíamos pequeñas señales de mejora. La batalla estaba lejos de terminar, pero con cada pequeño avance, la esperanza crecía en nuestros corazones.

Marcos, rodeado de amor y cuidados, estaba demostrando una valentía y resistencia que nos inspiraba a todos. La presencia de Trinidad, sus padres, Abelardo, y el equipo médico no solo fortaleció nuestro espíritu, sino que también aseguró que Marcos recibiera la mejor atención posible. La lucha continuaba, pero no estábamos solos. Y eso, en esos momentos de oscuridad, lo significaba todo. El pronóstico no era alentador. Los especialistas seguían con la opinión de que las posibilidades de sobrevivencia de Marcos eran mínimas. El doctor Marcosez me sugirió con tono comprensivo: “Usted necesita apoyo psicológico para aceptar la realidad”.

Preparaban el quirófano para colocar una válvula de presión en el cráneo de Marcos, pero entonces ocurrió algo inesperado. La presión craneal comenzó a disminuir, eliminando la necesidad de

la operación. Aunque el resto del daño no era operable, esta pequeña mejora nos dio un rayo de esperanza.

De repente, la calma frágil del hospital fue interrumpida por una cacofonía de gritos y llantos. La familia materna de Marcos, acompañada por su madre, Ana, irrumpió en la sala de espera. Ana estaba fuera de sí, sus gritos de desesperación resonaban por los pasillos, atrayendo miradas de compasión y curiosidad de pacientes y personal médico.

“¡Esto es tu culpa!”, gritó Ana, con el rostro enrojecido y lleno de lágrimas. “¡Si no le hubieras dejado salir, esto nunca habría pasado!”

Su hermana Yanet intentó calmarla, colocando una mano en su hombro. “Ana, por favor, no es el momento para esto”, susurró, su voz temblando de preocupación. “Tenemos que estar unidos por Marcos.”

Pero las palabras de Yanet solo parecieron encender aún más la furia de Ana. “¡No me digas lo que tengo que hacer! ¡Tú no entiendes el dolor que estoy sintiendo!”, gritó, empujando a Yanet con fuerza.

La situación rápidamente se salió de control. Ana y Yanet comenzaron a forcejear, sus voces elevándose en un clamor de

acusaciones y recriminaciones. Los intentos de otros familiares por intervenir solo aumentaron el caos.

Justo en ese momento, llegaron dos agentes de seguridad del hospital. “¡Basta ya! ¡Deténganse ahora mismo!” ordenó uno de los agentes con autoridad. Tomaron a Ana y Yanet, separándolas y llevándolas fuera del hospital. El pasillo quedó en silencio, solo interrumpido por el murmullo de los pacientes y las máquinas del hospital.

Después de unos días en la UCI, finalmente hubo una mínima mejoría. Marcos fue estabilizado y trasladado a una habitación en planta. Era un pequeño paso, pero un alivio inmenso. Cada día, iba al hospital a estar con él, a veces quedándome hasta altas horas de la noche o durmiendo a su lado en una incómoda silla. Eran doscientos kilómetros de trayecto diario en coche atendiendo a Marcos y al pequeño Tristán: decidimos que Trinidad volviera a su ciudad y continuara en su puesto de trabajo, el cual peligraba por su larga ausencia.

“Papá, quiero ver a Marcos,” decía Tristán, con una mezcla de tristeza y determinación en su mirada.

Sabía que no estaba permitido, pero no podía negarle ese deseo. “Está bien, Tristán”, le susurré una noche. “Vamos a intentar pasar desapercibidos.”

Lo envolvía en mi abrigo, su pequeño cuerpo pegado al mío, y caminábamos sigilosamente hacia la habitación de Marcos. Cada vez que pasábamos por la seguridad, mi corazón latía con fuerza, temiendo que nos descubrieran. Afortunadamente, logramos entrar sin problemas. Esta operación camuflaje se convirtió en un hábito.

Dentro de la habitación, la escena era siempre la misma: Marcos, conectado a diversos aparatos, luchando por recuperarse. Tristán se acercaba a su cama, tomándole la mano con cuidado. “Hola, Marcos,” decía con voz suave, “soy yo, Tristán.” Estoy aquí contigo.”

No había apoyo institucional ni económico para las familias en esos tiempos. Nos las arreglábamos como podíamos, viviendo día a día con la esperanza de un milagro. La soledad y el aislamiento eran abrumadores, pero la presencia de Tristán y nuestras breves visitas clandestinas eran un bálsamo para mi alma agotada.

Una tarde, mientras Tristán y yo estábamos sentados al lado de la cama de Marcos, un médico entró en la habitación. “Señor”, dijo con una voz baja, pero firme, “necesitamos hablar sobre el estado de su hijo”.

Me levanté, el corazón pesado, y seguimos al médico fuera de la habitación. Tristán se quedó, sosteniendo la mano de su hermano.

El médico me miró con seriedad. “Marcos está mostrando señales de mejora, pero aún queda un largo camino por delante. Necesitará mucho apoyo y rehabilitación.”

“Lo sé”, respondí, mi voz llena de determinación. “Haré todo lo que esté en mi poder para que mi hijo se recupere.”

Regresé a la habitación, dispuesto a enfrentar cualquier desafío que se nos presentara. Marcos no estaba solo en esta lucha. Juntos, como familia, encontraríamos la manera de salir adelante, un día a la vez. Solicité al juzgado un adelanto por los daños y perjuicios, pero una vez más me encontré con la fría indiferencia de la justicia. Todos los días seguían la misma rutina: llevar a Tristán al colegio infantil, recogerlo, y luego pasar el resto del día en el hospital con Marcos. Ni mi familia ni la de Ana hicieron mucho para ayudar en este calvario. Aparecían un día, durante un rato, y luego se iban.

Marcos permanecía en coma, intubado. Sus extremidades estaban agarrotadas en una posición imposible y su boca desencajada. Parecía un cadáver. Decidí intentar llegar a su mente, a pesar de no ser especialista, pero con una tenacidad que había demostrado toda mi vida.

Decidí que debía hacer todo lo posible para llegar a lo más profundo de la mente de Marcos, para recordarle quién era y lo que había sido su vida antes de este trágico accidente. Con esmero,

preparé un marco digital lleno de fotos de su infancia. Cada imagen estaba cuidadosamente seleccionada: Marcos riendo en su primera bicicleta, soplando las velas de sus cumpleaños, jugando al fútbol con sus amigos en el parque. Colocaba el marco orientado hacia él en una mesita blanca con ajuste de altura con la esperanza de que, aunque fuera solo por un momento, estas imágenes pudieran penetrar la niebla de su inconsciencia.

También le preparé un iPod cargado con música relajante de la naturaleza. Las suaves melodías de los pájaros cantando, el sonido de las olas rompiendo, el murmullo de un arroyo, y el susurro del viento en los árboles llenaban la habitación de un ambiente de calma y serenidad. Esperaba que estos sonidos pudieran alcanzar su alma, proporcionando un oasis de paz en su tormenta interna.

De vez en cuando, observaba cómo su mirada se dirigía fugazmente hacia el marco de fotos, sus ojos aparentemente intentando enfocar los rostros y escenas familiares. Era como si en esos breves instantes, una parte de él estuviera intentando volver a nosotros.

Decidí ir más allá y contacté con el Real Madrid, el equipo de fútbol que Marcos idolatraba. Cuando recibimos el paquete, lo abrí con manos temblorosas, revelando un balón de fútbol firmado por todos los jugadores. Lo coloqué en de su cama, con la esperanza

de que el contacto con algo tan significativo para él pudiera desencadenar una chispa de reconocimiento.

No me detuve allí. También escribí a Rafael Nadal, explicándole la situación de Marcos. Conmoverlo, Nadal nos envió una camiseta firmada, un símbolo de lucha y perseverancia. Luego, contacté con Pau Gasol, quien también respondió con generosidad, enviando otra camiseta firmada.

Pero el apoyo no terminó ahí. Fernando Alonso, el famoso piloto de Fórmula 1, nos envió una gorra firmada. Cada uno de estos gestos era un rayo de luz en nuestra oscuridad, una señal de que no estábamos solos en esta batalla.

Todos estos objetos llenaban la habitación de Marcos, rodeándolo de recuerdos y símbolos de esperanza. Aunque los médicos seguían siendo pesimistas, yo creía fervientemente que estas pequeñas conexiones con su pasado podrían hacer la diferencia. Cada efímera mirada hacia el marco de fotos, cada pequeño movimiento hacia el balón era un indicio de que, aunque fuera lentamente, Marcos estaba comenzando a regresar a nosotros. La lucha era ardua, pero con cada día que pasaba, la esperanza crecía un poco más. “Los médicos dicen que no se da cuenta de nada”, les dije a los familiares y amigos que venían a visitarnos. “Pero yo no estoy de acuerdo.”

Una tarde, mientras estaba sentado al lado de la cama de Marcos, vi algo que me hizo sonreír por primera vez en semanas. Con un esfuerzo monumental, Marcos hizo un pequeño gesto y agarró suavemente el balón firmado por los jugadores del Real Madrid que tenía cerca. “¡Sí! ¡Así se hace, campeón!”, le susurré con entusiasmo, aunque él parecía más interesado en usar el balón como apoyo que en jugar al fútbol.

Pasaron unas semanas y las noches en el hospital se hicieron largas y monótonas. Una noche, la enfermera de turno, una mujer robusta y siempre de buen humor llamada Marta, entró para darle la medicación a Marcos. Marta siempre llevaba una sonrisa y un chiste preparado, incluso en las horas más oscuras. Pero esa noche, algo inesperado ocurrió.

Marcos, que había estado profundamente dormido, de repente abrió los ojos como si hubiera escuchado el grito de gol más emocionante. Se incorporó un poco, miró a Marta en la penumbra y, con una voz ronca y llena de determinación, soltó: “Eres una zorra.”

Me quedé paralizado. No era precisamente el primer saludo que esperaba oír de mi hijo tras semanas de silencio. Marta, por su parte, se detuvo en seco, con una expresión que oscilaba entre el asombro y la risa contenida. “¡Vaya, parece que alguien ha vuelto con todo el repertorio!”, dijo ella, guiñándome un ojo.

“Marcos,” le dije, intentando mantener la compostura, “¿qué estás diciendo?”. “Sabes que no hablamos así.”

Marcos parpadeó, todavía medio dormido, y volvió a recostarse. Marta, sin perder la oportunidad, se inclinó y le susurró: “Bueno, joven, parece que has recuperado el habla. Aunque me temo que tendremos que trabajar en tu vocabulario.”

Yo, todavía atónito, le pregunté a Marta: “¿Qué crees que ha pasado?” ¿Por qué diría eso?”

Marta se encogió de hombros, con una sonrisa traviesa. “Los niños son impredecibles, querido.” Tal vez escuchó algo en la tele, o tal vez estaba soñando con algún partido de fútbol muy intenso. Lo importante es que está volviendo a ser él mismo, incluso si eso significa tener que corregir algunas palabrotas.”

Más tarde, mientras nos reíamos de la situación, reflexioné sobre lo irónico de todo. Había criado a Marcos con buenos valores, y siempre a ser respetuoso. ¿Cómo era posible que dijera esas palabras? Entonces recordé una vez en que accidentalmente golpeé mi dedo del pie contra la mesa del salón y lancé un “¡maldita sea!”, que resonó por toda la casa. Marcos, que apenas tenía cinco años en ese entonces, me miró con ojos muy abiertos y dijo: “Papá”, “¿qué significa maldita sea?” Tal vez, después de todo, los niños simplemente absorbían todo lo que escuchaban.

Mientras Marta salía de la habitación, no pude evitar reírme. “Bueno, Marta,” le dije, “parece que tendremos que ser más cuidadosos con lo que decimos a su alrededor.”

Ella asintió, riendo también. “Definitivamente. Pero, por ahora, tomémoslo como una buena señal. Si puede insultar, también puede hablar. Y eso es un gran paso adelante.”

Y así, en medio de la preocupación y el cansancio, encontramos un pequeño rayo de luz. Marcos estaba despertando, de una manera muy suya, y eso era todo lo que necesitábamos para seguir adelante con esperanza.

Pronto, una dolorosa realidad se hizo evidente. Marcos había perdido todas sus habilidades motoras, incluyendo la capacidad de hablar. Esta última la había empezado a recuperar, aunque no enlazaba correctamente las palabras y su significado. Cada día, al verlo luchar contra su propio cuerpo, sentía que mi corazón se partía un poco más. Marcos, que antes era un torbellino de energía y palabras, ahora parecía atrapado en una prisión invisible.

Una tarde, mientras sostenía su mano y le contaba la historia de cómo solía correr como un loco por el parque, vi cómo sus dedos intentaban moverse. Era un movimiento casi imperceptible, una lucha silenciosa contra la inmovilidad. “Mira, campeón, ahí estás,”

le dije, tratando de infundirle ánimo. “Eres más fuerte que un superhéroe.”

Marcos me miró, sus ojos llenos de determinación y frustración. Intentó decir algo, sus labios se movían lentamente, como si estuviera peleando con cada músculo. Finalmente, lo que salió fue un susurro ininteligible, algo entre “bla” y “grrr.” Yo, que esperaba escuchar un “papá” o “agua,” me encontré tratando de descifrar el enigma de sus sonidos.

“¿Quieres decirme algo? ¿Qué es, hijo? ¿Estás diciendo que quieres... un dinosaurio gigante? ¿O quizás que tu papá necesita un corte de pelo?”, traté de bromear para aliviar la tensión. Marcos hizo un ruido que sonó un poco como una risa ahogada, pero podría haber sido un intento de decir “no.”

Mi amigo Abelardo, que siempre tenía un sentido del humor afilado, apareció en ese momento con una caja de dulces turcos que se llaman lokum. “¿Qué pasa, pequeño?” “¿Tienes ganas de un dulce?”, preguntó, sosteniendo la caja frente a Marcos.

Marcos hizo un nuevo esfuerzo, moviendo la cabeza en lo que parecía ser un “no” decidido. “Bueno, más para mí,” dijo Juan, guiñándole un ojo.

La enfermera Marta, que siempre tenía una broma lista, entró a revisar los monitores. “¿Qué tenemos aquí?” “¿Un intento de comunicación?” “Vamos, Marcos, dime algo bonito,” dijo, riendo.

Marcos intentó de nuevo, esta vez parecía que quería pedir “agua” con palabras y gestos, pero lo que salió fue un susurro que sonaba a “chocolate” Marta, con su sonrisa radiante, se acercó más. “¿Agua? ¡Claro que sí, guapo! O, ¿me estás llamando guapa? Porque eso también está bien.”

“Agua,” repetí, esperando que la repetición lo ayudara. “Solo trata de decir 'agua', Marcos.”

“Chocolate”, murmuró él, mirándonos como si fuéramos tontos, y todos estallamos en risas.

Marta le trajo un vaso de agua y una pajita, mientras Abelardo lo animaba como si acabara de marcar un gol en la final del mundial.

Marcos tomó un sorbo, sus ojos brillando con una mezcla de alivio y orgullo. “Bueno, si eso no es un progreso, no sé qué lo es,” dijo Marta, dándole una palmada en la espalda.

“Está claro que tenemos un luchador aquí”, añadió Abelardo. “Y con ese sentido del humor, lo vamos a sacar adelante, sí o sí.”

Mientras observaba a Marcos, con su cara ahora relajada y su mano sosteniendo el vaso con firmeza, supe que, aunque el camino sería

largo y difícil, lo recorreríamos juntos, y que cada pequeño avance, por insignificante que pareciera, era una victoria en sí misma.

En medio de esta tormenta de desesperación, había una luz de esperanza que se mantenía encendida. Contra todo pronóstico, Marcos estaba luchando con todas sus fuerzas. Cada pequeño movimiento, cada intento de hablar, por fallido que fuera, era una señal de su voluntad indomable de sobrevivir. Los médicos seguían siendo cautelosos, pero yo veía algo que ellos no podían medir con sus instrumentos: la chispa de vida en los ojos de mi hijo, su espíritu inquebrantable.

Era un proceso lento y doloroso, lleno de días de progreso mínimo y noches de angustia, pero cada pequeño paso hacia delante era una victoria. Marcos estaba mostrando una valentía que yo solo podía admirar. A pesar de las predicciones sombrías, su determinación estaba desafiando todas las expectativas. Estaba claro que este camino sería largo y arduo, pero la posibilidad de recuperación, aunque lejana, se hacía más real con cada esfuerzo que él hacía.

La lucha de Marcos no solo era física, sino también una batalla de voluntad y espíritu. A través de su dolor y confusión, él me enseñaba lo que significaba la verdadera fuerza. Y aunque las palabras que salían de sus labios no eran las que él intentaba decir, el mensaje era claro: “No me rendiré”. Los días se convirtieron en semanas y las semanas en meses. Marcos continuó recuperándose

lentamente, enfrentando cada día con una fuerza increíble. Su espíritu indomable nos dio a todos una lección de perseverancia y esperanza.

A pesar de las dificultades, nunca perdí la fe. Y en cada pequeño avance de Marcos, encontré la fuerza para seguir adelante. La batalla no había terminado, pero juntos, sabíamos que podíamos superar cualquier obstáculo.

Capítulo 7: El renacer de Marcos: Un nuevo comienzo en casa

Los días se deslizaban como una película en blanco y negro en el hospital. Mi empresa, una vez mi orgullo y alegría, se desvanecía lentamente, pero había salvado a mi hijo. ¿Qué más podía pedirle a la vida? Marcos empezaba a recuperarse lentamente, un paso pequeño cada día. Comenzaba a coordinar sus palabras, aunque se cansaba rápidamente. Era como si estuviera aprendiendo a vivir de nuevo, un bebé en el cuerpo de un niño.

Una tarde, mientras cambiaba sus pañales de calidad —los mejores que el dinero podía comprar—, ya que recordemos que Marcos ni tan siquiera tenía control de esfínteres, me encontré con el Dr. Marcosez, un hombre que siempre parecía estar a punto de contar un chiste. “¿Cómo va nuestro pequeño luchador hoy?”, preguntó, sonriendo.

“Mejor, doctor, pero... estas escaras.” “Son horribles. Necesitamos un colchón anti escaras de verdad, no está tabla de planchar con sábanas”, dije, señalando las dolorosas marcas en el cuerpo de Marcos.

El Dr. Marcosez asintió con la cabeza, como si estuviera considerando una cuestión filosófica profunda. “Ya hablé con la

administración. Te conseguirán uno decente. Hasta entonces, asegúrate de moverlo con frecuencia y aplicarle las cremas que te receté.”

Las visitas eran esporádicas. Mi madre, una mujer con el corazón de oro, quería ver a su nieto y ayudar en todo lo que pudiera. Sin embargo, mi padre, un hombre de la vieja escuela que creía que las esposas estaban solo para atender a sus maridos, le ponía obstáculos. “No sé cómo puedes soportar a ese hombre,” le dije una tarde cuando ella hizo una escapada rápida al hospital.

“Tu padre es... bueno, es como un viejo roble”. “Difícil de mover y siempre lleno de hojas secas,” respondió ella, intentando hacer una broma para aliviar la tensión.

Marcos tenía rehabilitación todos los días y lloraba de dolor, sus músculos protestando ante el esfuerzo. Un día, la fisioterapeuta, una mujer con la paciencia de un santo, le dijo: “Vamos, campeón. Solo un poco más. Piensa en ello como si fueras Rocky Balboa, subiendo esas escaleras.”

Marcos miró hacia ella, su cara, una mezcla de lágrimas y determinación. “Rocky Balboa no tenía que usar pañales”, murmuró, arrancando una risa involuntaria de todos en la sala.

Le prepararon una férula para darle rigidez a sus piernas, pero cuando estuvo terminada, resultó que ya no la necesitaba. El

esfuerzo que hacía día a día era impresionante. “Papá, mírame,” dijo un día, mientras intentaba ponerse de pie sin ayuda. Aunque solo se levantó unos segundos antes de caer de nuevo, era un milagro en sí mismo.

El doctor me llamó a su oficina un día, su expresión más seria de lo habitual. “Creo que Marcos estaría mejor en casa. Aquí ya no tenemos más que ofrecerle que no pueda tener allí.”

“¿En casa? ¿Estás seguro?”, pregunté, sintiendo una mezcla de alivio y temor.

“Sí. Continuaremos con la rehabilitación, pero en un entorno familiar puede que se recupere más rápido,” respondió, dándome una palmada en la espalda. “Además, he oído que tu cocina es legendaria.” “Necesitamos probar esos guisos.”

Así que, después de algunas semanas más en el hospital, decidimos continuar su recuperación en casa. Mi empresa podía esperar. La salud y la felicidad de Marcos eran lo primero. Al salir del hospital, Marcos me miró y dijo, con una voz aún débil, pero llena de esperanza, “Papá, ¿crees que algún día podré correr otra vez?”

Le sonreí, con lágrimas en los ojos. “Claro que sí, hijo. Y cuando lo hagas, serás más rápido que el viento.”

Y así, con esa promesa en el aire, iniciamos una nueva etapa de su recuperación, juntos y con la esperanza renovada de un futuro mejor.

Capítulo 8: La fuerza de la Voluntad

Los días pasaban en una mezcla de dolor, esfuerzo y pequeños avances. La rehabilitación no era solo para Marcos, sino para mí, para Tristán y para nuestro hogar, que había sido desmantelado por unos cabestros uniformados. La empresa que tanto había luchado por mantener ya no tenía solución, así que comencé con un nuevo proyecto, uno que esperaba no fuera destrozado una y otra vez por la marea de calamidades que nos golpeaban.

Mi pareja, Trinidad, se vino a vivir durante un tiempo gracias a una excedencia que consiguió y se convirtió en un pilar fundamental en la ardua tarea de recuperación de Marcos. No solo ayudaba económicamente en casa, sino que gestionaba cada salida diaria al hospital, que se realizaba dos veces al día para las sesiones de psicomotricidad y rehabilitación de Marcos. Sin ella, no sé cómo hubiera sido capaz de mantenerme en pie. Trinidad siempre estaba ahí, con su sonrisa y su fuerza, recordándome que no estaba solo en esta batalla. Siento no haberla podido dar el cariño que se merecía, pero mi corazón había sido un campo de batalla. Cada traición, cada pérdida y cada desilusión se acumulaban como una capa de escarcha sobre una flor delicada, hasta que finalmente mi corazón se congeló por completo. Ya no latía con la calidez de la esperanza ni se aceleraba con la emoción del amor. En su lugar, se

había convertido en un glaciar, impenetrable y frío, protegiéndome del dolor a costa de cualquier posibilidad de alegría.

Un día, recibimos una visita inesperada: la directora del colegio y una profesora, Rufina. Al abrir la puerta y verlas, pensé: “Aquí viene Judas”. Recordé vívidamente cómo, en mi crítica situación económica, esa misma directora me negó la ayuda del comedor para mis hijos y me dijo con sarcasmo que fuera a Caritas. ¡Qué ironía que ahora viniera a interesarse por la salud de Marcos! “¡Qué vergüenza tener a personas así en puestos de responsabilidad en nuestro país!”, pensé.

“Hola, venimos a ver cómo está Marcos,” dijo la directora con una sonrisa que parecía más forzada que un actor en una obra de quinta categoría.

“Claro, pasen,” respondí, manteniendo una fachada de cordialidad.

A medida que bajábamos los escalones de la entrada, la veía como el mismísimo infierno. Apenas habíamos descendido dos peldaños y ya se sentía el hedor de la miseria humana mezclado con la delicada fragancia de la verdadera bondad de Trinidad. Las personas pobres de corazón son miserables, y ya con eso tienen su justo castigo, reflexioné mientras las guiaba hacia el salón.

Mientras tanto, las cosas en el nuevo negocio empezaban a mejorar. Trinidad viajaba todas las semanas en avión desde su trabajo a

casa, haciendo malabares con su vida para apoyarnos. Esto no iba a ser sostenible en el tiempo. Incluso logramos ahorrar para algún viaje los cuatro juntos. Aunque mi situación económica seguía siendo delicada, poco a poco iba mejorando.

Sin embargo, llegó un momento en que Trinidad y yo decidimos terminar nuestra relación. Supongo que la culpa fue mía; había demasiadas cosas en mi cabeza y no podía dedicarle el tiempo y la atención que merecía. El gobierno proporcionó un profesor para Marcos que venía un par de veces por semana. Además, contraté a una persona interna que vivía en casa, mantenía el orden y cuidaba a los niños. Fue como un balón de oxígeno en mi destrozada vida, donde había sufrido el escarnio de ser acusado falsamente de cosas terribles mientras los culpables se reían, tomando cerveza en algún bar o buscando otra víctima para arruinarla la vida a costa de las arcas del Estado.

Marcos mejoraba día a día, aunque con un intenso dolor al entrenar sus agarrotadas articulaciones. A veces, por las noches, quería ir al baño y, para no despertarme, se arrastraba hasta allí. Era desgarrador verlo, pero también me llenaba de orgullo su determinación. Yo trabajaba principalmente en casa, diseñando nuevos sistemas de alimentación para aeronáutica, alrededor de 18 horas al día. Me mantenía en pie bebiendo cantidades ingentes de

bebida energética. El negocio prosperaba, pero siempre estaba esperando la siguiente puñalada por la espalda.

Decidí que Marcos y yo nos inscribiéramos en una escuela de golf. Después de todo, ¿qué podría ser mejor que un deporte tranquilo y elegante para ayudar a desarrollar sus articulaciones? Además, siempre había querido vestir esos polos ridículamente caros y tener una excusa para usar un carrito de golf.

“Papá, ¿por qué tenemos que jugar a esto? El fútbol es más divertido,” me dijo Marcos con una mezcla de confusión y desdén mientras miraba los palos de golf.

“Marcos, el fútbol es fantástico, pero tus piernas necesitan algo más suave por ahora. Además, piensa en lo genial que será llevar esas gorras de golf y gritar 'fore!', sin razón aparente”, le respondí, tratando de mantener el entusiasmo.

Marcos solo cojeaba un poco, pero cada vez que le corregía la posición, gritaba de dolor. Era una escena digna de una comedia de errores.

“¡Ay, papá!” “Eso duele”, se quejaba Marcos.

“Vamos, campeón”. “Imagina que eres Tiger Woods,” le decía, aunque en realidad me sentía más como un entrenador de artes marciales intentando enseñarle a un alumno a hacer un split.

“Si Tiger Woods siente esto, seguro que se retiraría,” murmuraba Marcos con un puchero, pero seguía adelante.

Sin embargo, noté que su personalidad había cambiado. Antes del accidente, Marcos era un niño risueño y alegre, muy extrovertido. Siempre tenía una broma a mano y una sonrisa en el rostro. Ahora, era introvertido y a veces irascible, como un pequeño Hulk tratando de contener su enojo.

“Marcos, ¿te acuerdas cuando solías correr por la casa con un calcetín en la cabeza, diciendo que eras un ninja?”, le pregunté un día, mientras practicábamos en el campo.

“Sí, papá”. “Pero ahora no me siento como un ninja”, respondió con un suspiro.

“Bueno, siempre puedes ser un ninja golfista.” “¡Serías el primero en la historia! Y todos sabemos que los ninjas golfistas son los mejores,” intenté bromear para arrancarle una sonrisa.

“Papá, eso no tiene sentido”, dijo Marcos, pero al menos su rostro mostró un leve amago de sonrisa.

Era lógico que su cerebro había sufrido daños importantes y que el proceso de recuperación sería largo y duro. Pero eso no significaba que no pudiéramos encontrar momentos de diversión y risa en el

camino. Cada pequeño progreso, cada sonrisa a regañadientes, era una victoria para nosotros.

“Papá, cuando mejore, ¿puedo seguir siendo un ninja golfista?”, me preguntó Marcos un día, después de una larga sesión de práctica.

“Claro que sí, campeón.” “Pero solo si prometes enseñarme esos movimientos secretos de ninja que solo tú conoces”, le respondí, guiñándole un ojo.

“Trato hecho,” dijo Marcos, y por primera vez en mucho tiempo, vi una chispa de su antigua alegría. Seguíamos adelante, un paso a la vez, y aunque el camino era difícil, no había nada que no pudiéramos superar juntos.

En una de las últimas visitas al jefe de neurología, que había sacado adelante a Marcos, me dijo: “Lo que ha ocurrido con Marcos es un milagro.” “Por favor, nunca lo olvide.”

Sorprendido por sus palabras, le pregunté: “¿De verdad, doctor?” “¿Es tan raro que alguien se recupere de esta manera?”

El doctor asintió con gravedad. “Sí, en muchos casos con lesiones tan graves como las de Marcos, la recuperación es parcial o inexistente. Pero él ha demostrado una fortaleza increíble. No

subestimes el poder de la voluntad y el amor familiar en la recuperación.”

Trinidad, que estaba a mi lado, intervino. “Doctor, ¿cuáles son las posibilidades de que Marcos recupere todas sus habilidades?”

El doctor tomó un respiro profundo antes de responder. “Las posibilidades son inciertas. Lo que Marcos ha logrado hasta ahora ya es extraordinario. Con el tiempo y la rehabilitación adecuada, puede que recupere aún más. Pero deben estar preparados para cualquier eventualidad.”

Me giré hacia Marcos, quien estaba absorto en un libro de colorear. “¿Escuchaste eso, campeón? Eres un milagro andante.”

Marcos levantó la vista y, con una pequeña sonrisa, respondió: “¿Significa eso que puedo ser un superhéroe, papá?”

Sonreí, tratando de contener mis propias lágrimas. “Ya lo eres, hijo. Ya lo eres.”

Marcos se estaba recuperando del accidente de una manera tan milagrosamente rápida que los médicos me aconsejaron llevarle a un centro especializado, donde diagnostican y tratan a menores que han tenido algún tipo de lesión cerebral. Aunque al principio estaba reticente, quería asegurarme de que estaba haciendo todo lo posible para su bienestar, así que decidí seguir sus recomendaciones.

Tras dos semanas de intensas pruebas, tanto médicas como psicológicas, el doctor que había dirigido las pruebas me citó para una reunión. Sentado en su oficina, rodeado de gráficos y resultados de pruebas, me sentí nervioso pero esperanzado.

—Señor —comenzó el doctor con una sonrisa profesional—, he revisado los resultados de todas las pruebas realizadas a su hijo, y debo decir que estamos gratamente sorprendidos.

—¿Sorpresa? —pregunté, sintiendo una mezcla de alivio y confusión—. ¿A qué se refiere, doctor?

—Observando los resultados, su estado es totalmente normal —continuó—. No hay ningún signo que pueda recordar que Marcos estuvo al borde de la muerte. Su recuperación es, francamente, extraordinaria.

El doctor se inclinó hacia atrás en su silla, cruzando las manos sobre su escritorio. Parecía casi relajado, como si estuviera a punto de compartir una anécdota divertida.

—Realmente no entendemos por qué ha traído a su hijo a este centro —dijo, riendo suavemente.

Me quedé mirando al doctor, tratando de procesar lo que acababa de escuchar. Aunque sus palabras eran alentadoras, sentía una preocupación persistente.

—Es maravilloso escuchar eso, doctor, pero... —hice una pausa, buscando las palabras adecuadas—. ¿Está completamente seguro? Marcos ha tenido secuelas desde el accidente, especialmente en su comportamiento y personalidad.

El doctor asintió, su expresión volviéndose más seria.

—Entiendo su preocupación. Es cierto que, a veces, las secuelas no se manifiestan de inmediato o de manera obvia. Hemos realizado todas las pruebas posibles y no hemos encontrado ninguna anomalía física o neurológica. Sin embargo, la recuperación total del comportamiento y la personalidad puede llevar tiempo y varía de un niño a otro.

—¿Qué debería hacer entonces? —pregunté, sintiendo que aún necesitaba respuestas.

—Mi recomendación —dijo el doctor— es que mantenga a Marcos bajo observación. Es posible que aún existan secuelas que no se han manifestado completamente. Trabaje de cerca con su terapeuta y psicólogo. Si nota algún cambio en su comportamiento o personalidad, por mínimo que sea, hágalo saber de inmediato.

Asentí, sintiéndome un poco más tranquilo.

—Gracias, doctor. Haré todo lo que esté en mis manos para asegurarme de que Marcos reciba la mejor atención posible.

Salí de la reunión con una mezcla de alivio y cautela. Mientras caminaba por el pasillo, me encontré con Marcos, que estaba sentado en una sala de espera, absorto en un libro de aventuras. Sonreí para mis adentros, una sonrisa que solo yo podía sentir. “Bastantes aventuras tiene nuestra vida como para leer más,” me dije, dejándome llevar por una ola de ternura y un leve toque de ironía. Pensé en todas las pruebas y tribulaciones que habíamos superado juntos, cada momento difícil que nos había fortalecido y cada pequeña victoria que nos había llenado de alegría.

El recuerdo de nuestras propias aventuras, tan reales y a veces más emocionantes que cualquier libro, me inundó. Recordé el día en que llevamos a Marcos a casa por primera vez, cuando su carita llena de arañazos y sus pies lastimados nos rompieron el corazón, pero también nos hicieron más decididos a darle todo el amor y cuidado que necesitaba. Pensé en las noches en vela, en las visitas al médico, en los pequeños triunfos diarios que, aunque a menudo pasaban desapercibidos para otros, para nosotros eran grandes hazañas.

—¿Y, papá? —preguntó, levantando la vista—. ¿Qué dijeron los médicos?

Sonreí, tratando de transmitirle la misma tranquilidad que sentía.

—Dijeron que estás en perfectas condiciones —le respondí, sentándome a su lado—. Pero vamos a seguir cuidándonos y asegurándonos de que todo siga así de bien, ¿de acuerdo?

Marcos asintió con entusiasmo, volviendo a su libro. Aunque sabía que el camino aún podría ser largo, me sentía agradecido por este pequeño respiro en nuestra complicada travesía. La recuperación de Marcos era un testimonio de su fuerza y determinación, y estaba dispuesto a hacer todo lo necesario para apoyarlo en cada paso del camino.

Cambiar a los niños de colegio fue una decisión difícil que tuve que tomar, pero no podía permitir que permanecieran en ese lugar infestado de hipocresía y maldad. No quería que siguieran respirando el mismo aire contaminado por esa miserable directora, que aunque lo negase por cobardía, había intentado destruir nuestra familia con una saña inexplicable, posiblemente solo porque éramos una familia monoparental con un padre a cargo de los hijos. En aquellos días, ver a un padre criando solo a sus hijos era algo que incomodaba a los mediocres, algo que desafiaba su visión limitada y prejuiciosa de lo que una familia debía ser.

Cada vez que pensaba en la directora, sentía una rabia ardiente en el pecho. Esa mujer, con su sonrisa falsa y sus palabras venenosas, había tratado de enterrarnos bajo una montaña de mentiras. Ella y todos aquellos que, en su cobardía y mezquindad, habían

contribuido a esa infamia, ahora se escondían como ratas, temerosos de enfrentar las consecuencias de sus actos. La justicia, aunque lenta, había comenzado a desenmascararlos, pero eso no borraba el dolor y el sufrimiento que nos habían causado.

De vez en cuando, alguna persona se acercaba para felicitarme por mi esfuerzo, por la valentía de criar a dos niños solo. Con una sonrisa forzada, agradecía sus palabras, pero por dentro, una tormenta de emociones me consumía. “No sabéis lo que he tenido que sufrir para llegar aquí”, pensaba con amargura. No tenían idea de las noches sin dormir, de las lágrimas derramadas en silencio, del constante miedo a perder a mis hijos, del agotamiento físico y emocional que me acompañaba cada día.

Recordaba cada mirada despectiva, cada comentario hiriente, cada obstáculo que había tenido que superar. Recordaba cómo había luchado contra un sistema que parecía empeñado en destrozarnos, cómo había defendido a mis hijos con uñas y dientes, cómo había mantenido la esperanza cuando todo parecía perdido. Cada paso que daba, cada pequeño logro, era una victoria contra aquellos que habían intentado derribarnos. Y aunque el camino había sido largo y doloroso, cada sonrisa de mis hijos, cada muestra de su amor y fortaleza me recordaba que todo había valido la pena.

Era un nuevo comienzo, lejos de las sombras del pasado, y aunque las cicatrices nunca desaparecerían, estábamos dispuestos a luchar

por un futuro mejor. Y mientras observaba a mis hijos adaptarse a su nuevo entorno, más felices y seguros, sabía que había tomado la decisión correcta. No importaba cuán difícil fuera el camino, siempre caminaría a su lado, protegiéndolos y amándolos con toda mi alma. Nunca olvidaré el gran apoyo que me dio también Feliciano, un profesor de instituto de unos valores morales intachables. Cuando estuve en mis momentos más oscuros, fue de los pocos que me apoyó. Gracias otra vez, Feliciano. Aún nos vemos de vez en cuando y hablamos un poco de todo. Cuando se va de viaje, tiene el detalle de enviarme una postal, lo cual me hace inmensa ilusión. Las tengo en la nevera como recordatorio de que existen personas buenas de verdad y amigos auténticos.

Así, la vida continuaba, con sus altos y bajos, pero siempre con la esperanza de un mañana mejor.

Capítulo 9: Enfrentando la ley

El día había llegado. El juicio por el atropello de Marcos estaba a punto de comenzar y, con él, el incesante goteo de ansiedad que había estado sintiendo en los últimos meses se convirtió en un torrente incontenible. Para enfrentar esta batalla, contraté a una abogada y a un perito forense. La abogada pertenecía a un bufete especializado en temas de tráfico, y su tarifa incluía un fijo y un porcentaje basado en los resultados del caso. En principio, me pareció una idea sensata; al ser expertos en accidentes, seguramente estarían más capacitados para manejar nuestra situación.

El perito, por otro lado, lo localicé en internet. Aparecía en numerosas páginas, presentándose como un profesional de renombre. Sin embargo, pronto descubrí que no era más que un charlatán con una buena estrategia de marketing y sin capacitación profesional.

La denuncia se basaba en una acusación de imprudencia con resultado de atropello. Antes de que comenzara la vista, algo llamó mi atención y me dejó intranquilo. Observé a mi abogada conversando con la abogada de la aseguradora de la parte denunciada. “Bueno, entonces este lo dejamos así y el otro lo resolvemos de la otra manera”, escuché decir a mi abogada.

¿Estaban acordando los resultados de los juicios? La idea de que mi propio caso pudiera estar siendo negociado como una partida de ajedrez me heló la sangre.

“¿Qué está pasando aquí?”, susurré a mi abogada cuando regresó a su asiento.

“Es solo una estrategia, no te preocupes”, respondió ella con una sonrisa que no alcanzó sus ojos. Pero yo ya estaba intranquilo.

El juicio comenzó y, como en una obra de teatro mal escrita, los actores tomaron sus posiciones. Un testigo que conducía un camión detrás de Marcos declaró que el niño había entrado en la travesía urbana sin precaución.

“El niño no miró antes de cruzar. Simplemente, apareció frente a mi camión”, afirmó el testigo, un hombre con aspecto nervioso y una voz temblorosa y aspecto tosco y desarrapado.

Su testimonio parecía determinante, y por un momento, sentí que el suelo se abría bajo los pies. ¿Podría ser que Marcos realmente hubiera cometido una imprudencia?

Voy a hacer un pequeño inciso en esta escena trasladándome al futuro cuando un año después, durante el recurso de apelación, la verdad salió a la luz de la manera más inesperada. Descubrí que

este testigo había mentido. Sus declaraciones se contradecían flagrantemente.

Declaró el mismo testigo en la apelación indicando una ruta de Marcos diferente, sus palabras anteriores desmoronándose como un castillo de naipes. Resultó que el conductor del camión había invadido la calzada en la que Marcos tenía prioridad y, para colmo, lo había asustado, provocando que perdiera el control de su bicicleta. La pendiente de la calle, que aumentaba la velocidad de la bicicleta, había convertido la situación en una trampa mortal. Pero ahora resultaba que es que el conductor ya no recordaba las cosas bien. Siguiendo con nuestro relato de la vista, a continuación, testificó el perito de la parte contraria. Era un ingeniero, como era de esperar, vestido con un traje de pana marrón que parecía haber sido rescatado del fondo de un armario olvidado. Su testimonio, aunque cuidadosamente preparado, no logró ocultar las incongruencias de las que desgraciadamente la juez no era capaz de percatarse porque estaba absorta viendo la función del payaso de traje de pana. Yo sinceramente eché de menos un perito del juzgado que pudiera decirle a su señoría que lo que estaba escuchando iba contra las leyes de la física en un mundo con gravedad y coeficiente de rozamiento.

“La velocidad de la bicicleta era excesiva aproximadamente a 50 kilómetros por hora, lo que indica que el niño no tuvo tiempo de

frenar adecuadamente”, explicó con una voz monótona. “Además, los frenos de la bicicleta estaban en buen estado, lo que sugiere que la pérdida de control fue causada por un factor externo, posiblemente el camión que se acercaba”.

“¡Ah, claro!”, exclamé interiormente, conteniendo la risa. Por supuesto, Marcos era un ciclista profesional que había participado en el Tour de Francia y había decidido dar un paseo casual por nuestras tranquilas calles suburbanas. ¡Eso tenía tanto sentido como un pez nadando en el Sahara!

Si Marcos estaba circulando en una zona urbana normal, es poco probable que encontrara condiciones propicias para alcanzar velocidades tan altas. Las calles suelen estar congestionadas, con semáforos, cruces peatonales y otros obstáculos que obligan a los ciclistas a reducir la velocidad.

Pensemos en la física básica. A medida que aumenta la velocidad de un objeto, también aumenta la resistencia del aire. A 50 km/h, Marcos estaría luchando contra una resistencia significativa, lo que requeriría una potencia y esfuerzo físico enormes para mantener esa velocidad en una pequeña bicicleta y con su edad. Pero es evidente que el Perito de la aseguradora debía venir de un planeta donde la gravedad y las leyes básicas de la física no existe.

En resumen, desde una perspectiva lógica y realista, es altamente improbable que Marcos estuviera viajando no ya a 50 km/h sino a 20 km/h en su bicicleta en un entorno urbano normal.

Mientras todo esto ocurría, no podía evitar una sensación creciente de desesperación mezclada con ironía. Ahí estaba yo, en medio de un sistema legal que parecía más interesado en juegos de poder y acuerdos secretos que en la búsqueda de la verdad. ¿Este era el mundo en el que vivimos? Uno donde la justicia era un concepto tan frágil y maleable como el testimonio de un charlatán con traje de pana.

Tiempo después, una compañera de trabajo de la madre de la conductora me reveló un dato sorprendente: la verdadera conductora del coche no era la denunciada, sino su hermana, quien conducía sin carnet. Durante el accidente, mientras el padre hablaba con esos astutos y formados guardias civiles para distraerles, habían intercambiado a los conductores como si fueran trileros.

“¿Estás segura de esto?”, le pregunté incrédulo.

“Sí, lo vi con mis propios ojos”, respondió, su voz llena de certeza.

“¿Y por qué no dijiste nada?”, pregunté, frustrado.

“No quería meterme en problemas”, admitió, bajando la mirada.

La verdad era que la gente no quiere complicarse la vida siendo testigo. En un mundo donde levantar un dedo para señalar la verdad se considera un deporte de alto riesgo, la prudencia y la cobardía se visten con el mismo traje. Así, con una frialdad burocrática que rozaba la perfección, se determinó que el verdadero responsable del accidente fue Marcos. Sí, claro, porque todos sabemos que los niños de esa edad tienen una maestría en causar accidentes de tráfico y una sólida formación vial.

Ahí estaba mi hijo, atropellado en una travesía urbana diseñada para ser un refugio seguro con su semáforo de advertencia de velocidad y señales de peligro para niños cruzando. Toda una ironía digna de un chiste de mal gusto, considerando que el semáforo estaba roto. Claro, un detalle menor, ¿no? Después de todo, ¿quién necesita un semáforo funcional en una zona escolar? Esos son solo adornos navideños permanentes.

Mientras tanto, los verdaderos adultos responsables se mantenían al margen, cómodamente escondidos tras la cortina de la indiferencia, evitando cualquier cosa que pudiera perturbar su apacible existencia. Ser testigo de la verdad significaba involucrarse, y eso era pedir demasiado en un mundo donde la complicidad silenciosa es la norma.

La ironía de todo esto no escapaba a nadie, menos a mí. Parecía una broma de mal gusto, un cruel capricho del destino. Porque, por

supuesto, la responsabilidad debía recaer en un niño de ocho años. No en los adultos negligentes, no en las autoridades incompetentes, no en los testigos que preferían mirar hacia otro lado. No, debía ser el niño el chivo expiatorio perfecto en esta tragicomedia judicial donde la justicia era tan escurridiza como un político en campaña electoral.

Cuando se recurrió y se denunció por falso testimonio del testigo, quien realmente había provocado el accidente, la denuncia fue inadmitida por prescripción, con la inestimable ayuda de la fiscalía. Realmente penoso, por no decir cómico.

Para colmo, no se me informó que mi abogado se había puesto enfermo y nadie me dijo nada, incluyendo a los funcionarios del juzgado, lo que permitió la prescripción del caso.

“¿Cómo es posible que no me informaran?”, exclamé, mi frustración desbordándose.

“Lo siento, señor, hubo un error administrativo”. “Hable usted con el Colegio de Abogados”, respondió un funcionario del juzgado, encogiéndose de hombros, envuelto en una montaña de carpetas viejas del desuso que parecían haber sido puestas allí desde el mismo día que abrió el juzgado.

Realmente, todo esto parecía una comedia trágica. Ahí estaba, luchando por justicia en un sistema que no funcionaba. ¿Este era el

mundo en el que vivíamos? Uno donde la justicia era tan frágil y maleable como los testimonios de aquellos que preferían mantenerse al margen para no complicarse la vida.

La escena final de aquel acto parecía sacada de una tragedia griega. Con cada palabra, con cada declaración, la realidad se desmoronaba ante mis ojos. El juicio del accidente de Marcos no solo exponía la fragilidad de un sistema supuestamente justo y seguro, sino también la desesperante realidad de nuestra lucha por la justicia en un mundo lleno de intereses.

Capítulo 10: Los Peligros de la Apariencia

Los meses siguientes transcurrieron en una calma que parecía irreal, casi como la paz engañosa antes de una tormenta. Nuestra vida se desenvolvía con una placidez inusitada. Habíamos contratado a Azahara, una niñera marroquí cuya dedicación y pasión por cuidar de los niños eran insuperables. La empresa, por su parte, navegaba viento en popa, y nuestros clientes pertenecían a la *creme de la creme* del sector tecnológico.

Entonces, en una de esas noches de soledad y exploración digital, conocí a una mujer en una página de citas en internet. A primera vista, parecía la encarnación de la mujer perfecta: educada, con un aire de misterio que solo hacía aumentar su atractivo. Sin embargo, pronto descubriría que era la persona más inadecuada para mí con un perfil más falso que un billete de tres dólares.

Nuestro primer encuentro fue en su ciudad. Me recibió en su pequeño piso con una cortesía estudiada, y aunque trabajaba en una gran superficie de alimentación encargada de la sección de productos *delicatessen*, que luego resultó ser reponedora de la sección de frutería y vivía sola con su hija de pequeña, Chloe, había algo en ella que me cautivaba. Después de un corto tiempo de comunicación y visitas esporádicas, llegó la noticia que cambiaría el curso de nuestras vidas: ella estaba embarazada.

“Hay dos opciones”, me dijo Sibilía, mirándome directamente a los ojos. “O formalizamos nuestra relación y vivimos juntos, o aborto”.

La respuesta, para mí, era obvia. “No voy a permitir, mientras esté en mi mano, detener la vida de un nuevo ser”.

Poco después, Sibilía se mudó a mi casa. Azahara, la niñera, vio con malos ojos esta nueva incorporación desde el primer momento. Sibilía solo tenía atención para su hija Chloe, ignorando y, a veces, despreciando a mis hijos, pero no fue hasta tiempo después que me di cuenta de la profundidad de sus sentimientos hacia mis hijos, sentimientos que, de haber sabido en su momento, no habría tolerado. Siempre que notaba un trato desigual, me aseguraba de corregir la situación y equilibrar la balanza de una manera salomónica sin darle mayor importancia para no agravar la situación. A veces algo tan simple como que canal ver en la televisión mientras cenaban los cuatro era complejo, ya que Sibilía siempre inclinaba la balanza en favor de las niñas, anulando la voluntad de Marcos y Tristán y no ocultaba su desdén hacia Marcos y Tristán.

Sibilía no tardó en hacer que Azahara se sintiera incómoda hasta que, finalmente, la niñera decidió marcharse. En unos meses nació Nadine. Su llegada me llenó de alegría; deseaba una hija y ella fue un regalo hermoso, una niña especial desde el primer momento.

Sibilia comenzó a trabajar en la oficina conmigo, encargándose de asuntos de personal y financieros. Confiaba en sus consejos, creyendo que manejaba sus funciones con destreza. Sin embargo, pronto me di cuenta de que sufría del efecto Dunning-Kruger, creyéndose experta en áreas donde apenas tenía conocimientos. Como dice mi padre, la persona más peligrosa es la que confunde ignorancia con sabiduría. Es genial estar rodeado de gente que se cree experta en todo sin saber de nada; siempre te mantienen en vilo esperando el desastre que causarán en su sabiduría infinita. Pensaba yo con ironía.

La vida familiar parecía mínimamente correcta, aunque ambos trabajábamos largas horas incluso después de regresar de la oficina. Éramos una familia de cuatro hijos, ya que consideraba a Chloe como una hija más. Vivíamos en una casa nueva y bonita, los niños asistían a un buen colegio y los fines de semana solían ser festivos con barbacoas y actividades especiales. Contratamos a una nueva niñera, Mariana, de Costa Rica, quien vestía a las niñas de manera impecable. Era el auténtico ejemplo de una niñera perfecta.

Sin embargo, la empresa empezó a resentirse debido a ciertos movimientos de Sibilia. Además, el jefe de fábrica resultó ser un estafador, desviando trabajos a empresas competidoras. Paralelamente, un nuevo cliente de una gran compañía tecnológica nos daba cada vez más trabajo, pero uno de sus responsables de

compras comenzó a exigirnos mordidas, amenazándonos con aumentar el rechazo de productos bajo cualquier pretexto si no accedíamos a sus demandas. Decidimos no ceder al chantaje y denunciarnos la situación a la dirección de compras de su compañía, pero resultó que la corrupción alcanzaba hasta los niveles más altos.

La situación era insostenible, y con tantos frentes abiertos, tuve que tomar una decisión drástica: refinanciarnos y dar un golpe de timón brusco o cerrar. Los bancos nos exigían condiciones imposibles, ya que atravesaban la mayor crisis de su historia y querían involucrar el patrimonio de mis padres en forma de avales a lo que me negué tajantemente. Decidimos ofrecer la empresa a los trabajadores, pero ellos preferían simplemente cumplir con su jornada y regresar a casa sin preocupaciones adicionales. Así que cerramos la empresa. Trabajadores y bancos creían que era un farol, pero cumplí con mi palabra de inmediato.

Con unos pequeños ahorros, montamos un negocio de tatuajes, ya que era el boom del momento. Sibilia, aunque sin estudios, sabía dibujar un poco, por lo que hizo unos cursos de tatuadora, micropigmentación y anillado. Mientras adquiría experiencia, contratamos a un tatuador profesional. El estudio de tatuajes generaba ingresos frescos todos los días, y los niños aportaban una gran felicidad, incluyendo la pequeña y coqueta Nadine.

“Me encanta este lugar”, decía Nadine con su vocecita, mientras jugueteaba con los materiales de dibujo. Le gustaba sentarse conmigo mientras yo trabajaba, mientras ella hacía lo mismo con un pequeño portátil de juguete.

Pero detrás de esa fachada de normalidad, algo más profundo y oscuro, se gestaba con Sibilia. Lo que parecía ser una nueva etapa prometedora comenzaba a revelar grietas, y pronto, nos arrastraría un peldaño más hacia el Tártaro.

Capítulo 11: El Rostro Oculto de Sibilía

Sibilía ya había adquirido cierta destreza practicando en materiales de prueba y estaba ansiosa por realizar su primer tatuaje en un ser humano. Ese mismo día, tenía su primera cita pagada y necesitaba de forma previa un voluntario para ensayar. Por supuesto, me ofrecí para ser su lienzo y elegí un motivo significativo: un texto en escritura cuneiforme que rezaba “La perseverancia es gloria”. Mientras ella se preparaba, la noté nerviosa, pero la tranquilicé.

“Será fantástico, confío en ti”, le dije, tratando de infundirle seguridad.

Ella se relajó y, con manos temblorosas, pero decididas, realizó su primer tatuaje en mi brazo. Fue un momento importante para ambos, un símbolo de apoyo y confianza. Después de ese primer éxito, vinieron muchos más tatuajes, y el estudio comenzó a prosperar. Yo la ayudaba con las tareas del estudio, en casa y en el hogar, cuidando a los niños, ya que Mariana, nuestra niñera, había decidido regresar a su país tras quedarse embarazada. Además, mantener a una interna se había vuelto un gasto inasumible.

Sibilía era una mujer retraída e introvertida, y yo siempre la animaba a salir y socializar. “Deberías quedar con tus amigas del colegio de las niñas para tomar un café o simplemente charlar”, le

sugería, pensando en su bienestar. Al principio, se juntaba con mujeres con hijos pequeños y temas en común. Solían reunirse en parques y cafeterías, compartiendo historias sobre maternidad y consejos sobre crianza. Parecía una red de apoyo ideal para ella.

“Es bueno que salgas y te distraigas un poco”, le decía mientras la veía prepararse para sus salidas. “Te mereces un tiempo para ti misma”. Pero cuando ves a tu pareja empezar a vestir de una manera exageradamente sexy, ...

Con el tiempo, sus amistades cambiaron o quizás siempre fueron estas y las amigas del colegio solo eran una excusa. Empezó a frecuentar amistades que, como más tarde descubriría, fomentaban la infidelidad y consideraban divertido engañar a sus parejas con otros hombres. Estas nuevas amigas, llenas de un cinismo que Sibilía nunca había conocido, le abrían los ojos a un mundo de tentaciones y emociones prohibidas. Una de ellas tenía un centro de despiojado. Triste ironía.

“¡Qué suerte tienes, Sibilía!”, decían sus nuevas amigas en tono casi envidioso. “En el estudio de tatuaje puedes conocer a muchos hombres guapos y llenos de historias interesantes. ¡Además, tienes la universidad cerca con mucha carne fresca!”

“Yo en tu lugar no me lo pensaría dos veces”, comentaba otra, mientras daba un sorbo a su café. “Tienes la oportunidad de

divertirte sin que nadie se entere. Los hombres siempre lo hacen, ¿por qué nosotras no?”.

“Además, ¿no te aburre siempre lo mismo?”, añadía otra con un tono conspirativo. “Un poco de emoción nunca viene mal. Engañar a tu pareja puede ser una experiencia liberadora”.

Cada comentario era como una gota de veneno que lentamente contaminaba la percepción de Sibilia sobre nuestra relación y su propia vida. Empezó a ver sus noches en el estudio no solo como una obligación laboral, sino como una oportunidad para escapar de la rutina y vivir aventuras secretas.

El efecto de estas nuevas influencias no tardó en hacerse evidente. Notaba que Sibilia cada día llegaba más tarde a casa después del trabajo. “¿Por qué estás tardando tanto en llegar?”, le preguntaba con preocupación.

“Oh, es solo que hay mucho trabajo en el estudio”, respondía con una sonrisa evasiva, pero yo podía notar que algo había cambiado. Notaba que Sibilia cada día llegaba más tarde a casa después del trabajo. Para facilitarle las cosas, instalé en el estudio un portero automático que funcionaba como un teléfono, permitiéndole estar en casa con los niños durante el día y acudir al estudio cuando la llamaban. Sin embargo, por la noche, ella seguía yendo al estudio hasta altas horas.

Una noche, mi amigo Andrés me llamó por teléfono. Se encontraba en una localidad vecina por trabajo y me dijo que había visto a Sibia besándose con otro hombre.

“Será un amigo”, respondí, tratando de calmar mis propias dudas.

“No, no es ese tipo de beso”, insistió Andrés.

Poco después, volvió a llamarme y me envió fotos. Las imágenes eran claras y desgarradoras: Sibia y ese hombre se besaban apasionadamente antes de subir a un coche y marcharse. Sentí que el suelo se desmoronaba bajo mis pies.

Esa tarde, me acerqué al estudio con el corazón en un puño y pregunté a Sibia.

“Me han dicho que hoy estabas con un hombre y le has besado. ¿Me puedes explicar lo que ocurre?”, dije en tono sosegado, ya que no solo la palabra de un amigo era válida para un asunto tan delicado y era precisa una confirmación.

Ella se quedó congelada, su rostro palideció. “Ahora estoy trabajando y no tengo por qué darte explicaciones”, respondió con frialdad, volviendo la mirada a su tarea.

Sin más, me di la vuelta y me marché, pero me quedé estupefacto y herido.

Aquí fue donde descendí un escalón más hacia el infierno, un infierno que parecía no tener fin.

El irónico destino había dispuesto que mientras yo me desvivía por sostener nuestra relación, Sibilia exploraba su lado oscuro, alentada por sus nuevas amigas. En retrospectiva, resultaba casi cómico pensar en todos esos esfuerzos por mantener la paz y el equilibrio en casa, solo para descubrir que mi propia pareja vivía una doble vida.

“Así que este es el precio de la perseverancia y la gloria”, pensé, mirando el tatuaje en mi brazo que ahora parecía una amarga burla. La traición de Sibilia no solo rompió mi corazón, sino que también desmoronó la frágil estructura de nuestra familia, revelando las grietas que habían estado allí desde el principio.

Capítulo 12: La visita del terror

Tras el gélido encuentro con Sibilia, si es que se le puede llamar encuentro a lo sucedido, fui a recoger a los niños del colegio y regresamos a casa. El silencio que encontré me puso la carne de gallina. Sibilia y las niñas no estaban, y mi mente empezó a recorrer todos los peores escenarios posibles. Conocía sus artimañas, sabía cómo podía utilizar mis experiencias pasadas en su beneficio. La máscara se había caído, y la venda de mis ojos se había desvanecido.

El video portero de casa sonó, y Tristán contestó. “Papá, es la Guardia Civil”, me dijo con un tono que mezclaba confusión y miedo. Me acerqué a la puerta de la cancela y allí, como un déjà vu macabro, vi los fantasmas de mi pasado.

“Queda usted detenido por violencia en el entorno familiar”, me dijo un guardia civil con su habitual aire de superioridad y toqueteando con la mano su arma reglamentaria a la que había adherido en la culata una bandera nacional.

“¿Tiene alguna evidencia de ello?”, pregunté, intentando mantener la calma.

“No es necesario”, respondió en tono chulesco. “La ley de violencia de género nos permite hacer lo que queramos”.

Ah, la ley, esa maravillosa herramienta que, en teoría, debía proteger a las verdaderas víctimas de violencia, pero que en la práctica se había convertido en un instrumento de abuso. Mi hijo mayor me había dicho recientemente que quería ser guardia civil porque no hacía falta ni siquiera el bachillerato. La ironía de la situación era casi cómica.

La denigrante ley que, en vez de proteger a las mujeres que han sufrido y sufren la lacra de la violencia machista, lo que hace es fulminar los derechos constitucionales de los hombres. Irónicamente, la intención original de la ley era noble: ofrecer protección y apoyo a las víctimas de violencia de género. Sin embargo, en la práctica, ha derivado en un sistema injusto que, lejos de garantizar la igualdad y la justicia, ha creado un negocio lucrativo.

Al fin y al cabo, esta ley ha creado todo un negocio. Un negocio estupendo, que crece y crece, alimentado por el clima artificial creado por los medios al servicio de estos grupos de presión y partidos políticos, que han encontrado en la ideología de género una rentable vaca que ordeñar. Los medios de comunicación, siempre en busca de la próxima gran historia, han sido cómplices en este juego. Con titulares sensacionalistas y programas de debate acalorados, han contribuido a alimentar una narrativa de miedo y desconfianza, en la que todos los hombres son potenciales

agresores y todas las mujeres son potenciales víctimas. Y los niños, ... bueno. Los niños no importan si han nacido en este país porque no son noticia. Solo adquieren el rango de noticia cuando ya es demasiado tarde para ellos.

Este clima ha permitido que surjan organizaciones y asociaciones que, bajo la bandera de la defensa de los derechos de las mujeres, han encontrado una mina de oro en las subvenciones y fondos públicos. Estas entidades, en lugar de centrarse en apoyar a las verdaderas víctimas, muchas veces se dedican a perpetuar el ciclo de acusaciones y denuncias infundadas, sabiendo que cada nuevo caso les asegura más visibilidad y, por ende, más recursos. Como se diría en algún país de Sudamérica, más plata.

Los partidos políticos tampoco se quedan atrás. En un intento por ganar el favor del electorado y proyectar una imagen de progresismo y compromiso con los derechos de las mujeres, han apoyado y promulgado leyes que, aunque bien intencionadas, están plagadas de lagunas y sesgos que favorecen el abuso del sistema. Estos políticos se presentan como paladines de la justicia social, pero en realidad están más interesados en los votos y en mantener su poder.

El resultado es un sistema judicial que, en muchos casos, prescinde de la presunción de inocencia y se convierte en un tribunal sumario en el que los hombres acusados tienen que demostrar su inocencia

en lugar de ser tratados como inocentes hasta que se pruebe lo contrario. Los errores judiciales se multiplican, y la vida de hombres inocentes se ve destrozada por falsas acusaciones que no solo les quitan la libertad, sino que también les arrebatan su dignidad y su futuro.

Mientras tanto, las verdaderas víctimas de la violencia machista quedan relegadas a un segundo plano, sus voces ahogadas por el ruido de las denuncias falsas y las maniobras políticas. En lugar de recibir el apoyo y la protección que tanto necesitan, se convierten en peones en un juego de poder y dinero que las utiliza y luego las olvida.

Esta realidad es un reflejo amargo de cómo una ley pensada para el bien puede convertirse en un arma de doble filo, causando más daño del que pretende evitar. La ideología de género, convertida en un mantra intocable, ha permitido que este sistema corrupto se perpetúe, dejando a su paso un rastro de injusticia y sufrimiento. Es un negocio que crece y crece, a costa de la verdad y la justicia, y que amenaza con socavar los mismos valores que pretende defender.

Mientras me engrilletaban, mis hijos, menores de edad, lloraban desconsolados. Tristán, con los ojos llenos de lágrimas, me agarró del brazo y gritó: “¡Papá, no dejes que te lleven!”.

“Marcos, Tristán, escuchadme”, les dije con la voz quebrada, pero firme, tratando de mantener la calma. “Idos a casa de Carlos, el padre de un compañero de Nadine. Es nuestro vecino. Corred a casa de Carlos y contadle la situación. Él sabrá qué hacer”.

“Pero papá...”, sollozó Tristán, aferrándose a mi pierna.

“No hay tiempo para explicaciones, cariño”, le urgí, tratando de liberarme suavemente de su agarre. “Confíad en mí y hagan lo que les digo. Todo estará bien”.

Los guardias civiles nos observaban con indiferencia mientras mis hijos corrían hacia la casa de Carlos. “Vamos, no tenemos todo el día”, gruñó uno de ellos, tirando de las esposas.

Carlos me contó después que se quedó atónito cuando llegaron mis hijos. Estaban llorando y respirando con dificultad, apenas podían articular las palabras.

“Carlos, mi padre ha sido detenido y nos ha dicho que puedes ayudarnos, por favor”, dijo Tristán entre sollozos. “Se han llevado a papá”.

Carlos, aún en shock, no sabía qué hacer. “Pero, ¿qué ha pasado?”
“¿Dónde está vuestro padre?”.

Fue entonces cuando su madre, que estaba de visita, reaccionó con rapidez. “Carlos, haz que entren los niños inmediatamente”.

“Necesitan atención”, dijo con una firmeza que no admitía discusión.

“Sí, claro”, respondió Carlos, abriendo la puerta de par en par. “Entrad, chicos.” “Estáis a salvo aquí”.

La humanidad y rapidez de Carlos y su madre fueron un faro de esperanza en medio de la tormenta. “¿Queréis algo de beber?”, preguntó la madre de Carlos, intentando calmar a los niños. “No os preocupéis, todo se va a solucionar”.

“Gracias, señora”, murmuró Marcos, todavía temblando. “Papá nos dijo que viniéramos aquí. No sabíamos a dónde más ir. Unos señores malvados con traje de soldados se han llevado a papá y nos han abandonado”.

“Habéis hecho lo correcto”, les aseguró Carlos, acariciando sus cabezas con cariño. “Ahora estamos aquí para ayudaros.” “No estáis solos”.

Toda la familia de Carlos se volcó para tranquilizar a Marcos y Tristán en esa oscura noche. Carlos, con su característica bonhomía, intentó romper el hielo.

“Bueno, chicos, no os preocupéis. Esta noche haremos una fiesta de pijamas improvisada. ¿Qué os parece?”, dijo Carlos con una sonrisa que trataba de ocultar su preocupación.

“¿En serio?”, preguntó Tristán, todavía con los ojos llenos de lágrimas. “¿Una fiesta de pijamas?”

“¡Por supuesto!”, respondió entusiasta Tomás, el hijo mayor de Carlos, mientras sus hermanos menores, Julia y Gonzalo, asentían con entusiasmo. “Tenemos palomitas, películas y... ¿Alguien mencionó una guerra de almohadas?”

Julia, siempre la más práctica, se acercó a Tristán y le pasó un pañuelo. “Tranquilo, todo va a salir bien. Mi madre hace unas galletas increíbles. ¿Te gustan las galletas de chocolate?”

“Sí, me encantan”, murmuró Tristán, tratando de sonreír a través de sus lágrimas.

La madre de Carlos, Rosa, se ocupaba de la cocina con la eficiencia de un chef en un restaurante de cinco estrellas. “Bueno, niños, ¿quién quiere ayudarme a hacer chocolate caliente?” “Nada mejor para una noche como esta”.

“Yo ayudo”, dijo Marcos, levantando la mano con entusiasmo. “Pero solo si puedo chupar la cuchara después”.

“Trato hecho”, rio Rosa, dándole un beso en la frente. “Y no te preocupes, también tenemos nubes para el chocolate”.

Mientras tanto, la mujer de Carlos, Lucía, se acercó con un montón de almohadas y mantas. “Vamos a hacer una fortaleza en el salón. Así estaremos todos juntos y cómodos. ¿Qué os parece?”

“¡Guay!”, exclamó Tristán, comenzando a animarse un poco. “Nunca hemos hecho una fortaleza de almohadas tan grande”.

Carlos, tratando de mantener el ánimo ligero, se dirigió a sus hijos. “Tomás, ¿por qué no les enseñas a Tristán y Marcos nuestro truco para hacer la fortaleza más resistente del mundo?”

“Sí, papá”, respondió Tomás, guiñando un ojo a Tristán. “Nuestro secreto es usar la mesa del comedor como base. Nunca se cae”.

Tristán miró a Julia con una mezcla de asombro y gratitud. “Gracias por todo. No sé qué habríamos hecho sin vosotros”.

“De nada, Tristán”, respondió Julia con una sonrisa. “Aquí somos como una gran familia. Y ahora vosotros también sois parte de ella”.

Lucía, mientras tanto, susurró a Carlos: “¿Y si sacamos también los disfraces? Podríamos hacer un teatro improvisado. ¿Recuerdas cómo se ríen siempre con los disfraces?”

Carlos asintió, dándose cuenta de lo necesario que era aquel momento de alegría en medio de tanta incertidumbre. “Buena idea. ¡Niños! ¿Quién quiere ser el rey de la fortaleza?”

Tristán levantó la mano tímidamente. “¿Puedo ser yo?”

“¡Por supuesto!”, exclamó Lucía, poniéndole una corona de cartón de aquellas que vienen de regalo en el roscón de reyes, en la cabeza. Esta noche, la fortaleza de almohadas estará a salvo bajo vuestro reinado”.

Con risas y sonrisas, la familia de Carlos logró que aquella oscura noche se llenara de un cálido brillo, al menos por unas horas. Las preocupaciones se desvanecieron momentáneamente en medio de la algarabía y la complicidad, demostrando que, incluso en los momentos más difíciles, la bondad y el humor pueden iluminar el camino.

Me llevaron al calabozo, un lugar tan lúgubre y miserable que describirlo apenas hace justicia a su desolación. Una habitación de dos metros cuadrados con una puerta ciega y sin ranuras, una bombilla titilante y un bloque de piedra a modo de cama. Las paredes estaban sucias y llenas de pintadas obscenas. En una esquina había un pulsador con un letrero escrito a mano que decía: “Hotel de 5 estrellas, para llamar a putas, pulsar aquí”. Me hizo sonreír. Algunas personas en una situación adversa aún tienen ganas de bromear.

La Guardia Civil tenía la costumbre de realizar detenciones en momentos vulnerables, como al anochecer o en fines de semana,

para maximizar la tortura psicológica del detenido. Recordé mi primera detención, un fin de semana donde me tuvieron 72 horas en una celda helada, un trato vejatorio para “ablandar” a un supuesto abusador de niños. Esta vez, estaba mejor preparado para no sucumbir al frío.

Tras una noche en vela, preocupado por mis hijos, me trasladaron a los juzgados y me pusieron a disposición judicial. La celda del juzgado era aún peor: sin luz, infestada de bichos, vómitos y salivazos. Los gritos y golpes de otros detenidos resonaban en el pequeño espacio.

Horas después, fui llevado ante una juez de guardia. La sala del tribunal, fría y austera, parecía diseñada para intimidar a cualquiera que cruzara su umbral. Aún engrilletado, observé cómo la juez, una mujer de mediana edad con gafas de montura gruesa, revisaba rápidamente mi expediente. Su expresión era inescrutable, una mezcla de cansancio y profesionalismo que solo años de lidiar con casos difíciles podía esculpir.

“Señor,” comenzó, su voz resonando en la sala vacía, “¿tiene algo que declarar sobre las acusaciones en su contra?”

Tragué saliva, sintiendo el peso de las esposas en mis muñecas. “Su señoría, soy inocente.” “Nunca he cometido ningún acto de violencia contra mi familia. Esto es una acusación falsa.”

La juez levantó la mirada de los papeles, estudiándome con una intensidad que me hizo estremecer. “¿Tiene testigos o pruebas que respalden su declaración?”

“Sí, su señoría,” respondí con firmeza. “Mi vecino, Carlos, puede testificar sobre mi carácter y la situación en casa.” “También hay mensajes y llamadas que demuestran dónde estaba y qué estaba haciendo.”

La juez asintió lentamente, volviendo a sus documentos. La sala quedó en un silencio tenso mientras ella revisaba cada hoja. Finalmente, levantó la vista una vez más.

“Voy a deliberar brevemente,” anunció, y se retiró a su despacho, que era más bien un zulo.

Minutos que parecieron horas pasaron antes de que la juez regresara. “Después de revisar el caso y las pruebas presentadas, he decidido ponerlo en libertad condicional hasta que se celebre el juicio definitivo”, declaró, golpeando su mazo sobre la mesa. “Sin embargo, este juicio no llegará a celebrarse si la fiscalía y el magistrado de turno determinan que no hay caso”.

Un suspiro de alivio escapó de mis labios. “Gracias, señoría.”

La juez me miró con una mezcla de severidad y algo que casi podría confundirse con comprensión, si uno entrecerraba los ojos

y hacía un esfuerzo considerable. “Recuerde,” comenzó con una solemnidad que parecía más ensayada que genuina, “la justicia puede ser lenta, pero llega.” Ah, sí, esa vieja y reconfortante máxima que no significaba absolutamente nada cuando uno estaba en el ojo del huracán. “Por ahora, puede regresar a casa. Este tribunal se levanta.”

Me pregunté si la juez realmente creía en su propio discurso o si simplemente estaba cumpliendo con su papel en el gran teatro de la justicia. Quizás tenía un manual escondido debajo de su toga, una guía para jueces con frases hechas para cada ocasión. “Capítulo 3: Cómo parecer justo y comprensivo en cinco pasos sencillos.”

Mientras recogía mis cosas, me imaginé un libro titulado “Justicia para Dummies,” con capítulos sobre cómo estirar procesos innecesariamente y cómo emitir advertencias con aire de importancia. Tal vez la juez había pasado una tarde agradable, leyéndolo, sorbiendo su té de hierbas y practicando miradas severas frente al espejo.

"Gracias, su señoría," dije, esforzándome por mantener un semblante serio. Al menos ahora podía regresar a casa, un hogar que últimamente había empezado a parecer más una parada temporal que un refugio seguro. "Espero que la justicia no se tome demasiadas vacaciones."

La juez asintió con una sonrisa que no alcanzó sus ojos. "No se preocupe, señor. La justicia no descansa."

Oh, claro que no. Excepto los fines de semana, días festivos y cualquier otro día que terminara en 's', aparentemente. Salí del tribunal con una mezcla de alivio y una creciente sospecha de que la justicia, en realidad, era una de esas ideas bonitas que nunca funcionaban tan bien en la práctica como en la teoría.

"Recuerde, la justicia puede ser lenta, pero llega," repetí para mis adentros, con un toque de sarcasmo. Podía imaginarme a la justicia llegando a paso de tortuga, deteniéndose a oler las flores y tomando desvíos escénicos, mientras todos nosotros, los mortales, esperábamos pacientemente su gloriosa aparición. Con esas palabras, las esposas fueron retiradas y me escoltaron fuera de la sala. La incertidumbre seguía colgando en el aire, pero al menos estaba libre, aunque solo fuera por un tiempo hasta el juicio definitivo, que nunca llegó a celebrarse. Fiscalía y magistrado determinaron que no había caso.

Mi hermano me esperaba fuera del juzgado, visiblemente preocupado, con el ceño fruncido y las manos metidas en los bolsillos de su abrigo. En cuanto me vio, se acercó rápidamente.

"¿Estás bien?", preguntó, la voz cargada de angustia. "He estado hablando con Carlos todo el tiempo. Los niños están bien, están en su casa. Ha sido una noche muy larga para todos."

"Gracias, de verdad, no sé qué haría sin vosotros", le respondí, intentando mantener la calma a pesar de la tormenta de emociones que sentía dentro.

"Vamos, te llevo a casa", dijo, colocando una mano firme en mi hombro. "Los niños están deseando verte".

El viaje de vuelta fue un silencio tenso, roto solo por las preguntas preocupadas de mi hermano.

"¿Cómo ha sido todo esto posible?", preguntó finalmente, sacudiendo la cabeza. "No entiendo cómo pudieron hacerte esto sin pruebas y solo con la declaración de una farsante. Esto es impropio de un Estado de Derecho y solo habitual en las denuncias sumarias de las dictaduras"

"Yo tampoco lo entiendo", suspiré. "Pero ahora mismo solo quiero ver a los niños."

Al llegar a casa, apenas había abierto la puerta cuando Marcos y Tristán corrieron hacia mí, abrazándome con fuerza. Sentí sus pequeños cuerpos temblar contra el mío y escuché sus sollozos incontrolables.

"Papá, ¿qué pasó? ¿Por qué te llevaron?", preguntó Tristán, con los ojos llenos de lágrimas.

"Lo siento, hijos, todo esto ha sido un gran malentendido", les dije, tratando de calmar sus miedos. "Pero ya estoy aquí, todo va a estar bien."

Mi hermano, de pie en la puerta, observaba con una expresión mezcla de alivio y preocupación. "Carlos y su familia se portaron increíblemente bien con ellos. No dejaron que los niños sintieran miedo ni por un momento más del necesario."

"Sí", añadió Tristán, limpiándose las lágrimas con el dorso de la mano. "Carlos y su mamá nos hicieron una fortaleza de almohadas. Fue como una aventura... pero te echábamos mucho de menos, papá."

Les abracé con más fuerza, sintiendo el peso de la responsabilidad y la impotencia. Desde ese día, cada vez que sonaba el portero automático, mis hijos temblaban de terror, como si esos sonidos trajeran consigo los recuerdos de la pesadilla vivida.

Una noche, mientras les arropaba, Tristán me miró con ojos llenos de miedo y me susurró: "Papá, ¿volverán a llevarte?".

"Claro que no, cariño", le respondí con la voz más segura que pude encontrar. "No dejaré que eso vuelva a pasar. Estamos juntos en esto, y todo va a estar bien."

Marcos, desde su cama, añadió: "Prométenos que no te irás otra vez".

"Os lo prometo", les aseguré, aunque por dentro sabía que mi promesa dependía de fuerzas fuera de mi control. Pero no importaba. En ese momento, todo lo que importaba era darles un poco de paz en medio del caos.

Mientras apagaba la luz y salía de su habitación, escuché a mi hermano susurrar: "Esto no puede seguir así. Vamos a encontrar una manera de solucionar todo esto."

Asentí, con una determinación renovada. Mis hijos y yo merecíamos vivir sin miedo, y no me detendría hasta asegurarme de que eso fuera posible. Desde ese día, cada vez que sonaba el portero automático, mis hijos temblaban de terror.

Estas experiencias sádicas y corruptas del sistema pervertidas para dar gusto a una serie de colectivos minoritarios han afectado gravemente la estabilidad emocional de mis hijos. Ahora, siendo mayores de edad, aún no han podido superar el trauma, mientras la justicia sigue mirando hacia otro lado.

A Sibilia le hicieron una seria advertencia en el juzgado sobre los juegos que se traía con sus denuncias falsas. La juez, con una ceja levantada y un tono de voz que dejaba claro su hastío, le advirtió: "Señora Sibilia, esto no es un teatro, y sus falsas acusaciones tienen consecuencias legales." Pero este sistema judicial es frustrante. Mucho verbo pero ninguna consecuencia concreta.

Por supuesto, esto no era algo nuevo para ella. Sibilia escuchó la advertencia como si fuera una melodía familiar, una que había oído antes pero que nunca había tomado en serio. A su anterior marido le había puesto también denuncias de violencia para obtener la custodia de Chloe. Incluso, en un giro de comedia negra, intentó que colaborase como testigo en sus mentiras, pidiéndome que declarara contra su exmarido.

Gracias a Dios, nunca me vi finalmente en esa tesitura porque, al principio, creí en las historias de Sibilia. Historias que, con el tiempo, he averiguado que eran más ficticias que una novela barata. Posteriormente, en un despliegue de su talento innato para el drama judicial, también denunciaría por la misma razón a su actual marido, a su madre, Edurne e incluso al marido de su madre. Una auténtica experta en denuncias falsas con el beneplácito tácito de los jueces que es vista por éstos como la madre Teresa de Calcuta.

Pensaba en cómo Sibilia había usado las denuncias como una herramienta de poder, su única forma de relacionarse con el

mundo. Denunciar parecía ser su respuesta automática a cualquier conflicto gracias al oxígeno que le proporcionaba el sistema su método de falsos testimonios. Mientras reflexionaba sobre esto, me prometí a mí mismo que haría todo lo posible por proteger a Nadine de ese ciclo de toxicidad y enseñarle el verdadero valor de la familia y el amor incondicional.

El proceso sería largo y difícil, pero cada pequeña victoria, como la sonrisa de Nadine al ver a su abuela, me daba la fuerza necesaria para seguir adelante.

Como bien ha dicho siempre Sibilia, "poner denuncias es gratis." Claro, para ella era una especie de hobby. Mientras otros coleccionan sellos o practican yoga, Sibilia coleccionaba casos judiciales. Y lo que no me ha extrañado es que haya terminado en política. Parece que allí terminan este tipo de personas maquiavélicas, donde su talento para la manipulación y la mentira puede ser realmente apreciado y, en algunos casos, recompensado.

Al final, Sibilia encontró en la política el escenario perfecto para sus actuaciones. Me imagino que las reuniones de partido deben parecerse más a una telenovela que a una deliberación seria. "¿Quién será el próximo en ser falsamente acusado?", probablemente sea el juego favorito en su nuevo círculo. Irónicamente, allí, su historial de denuncias falsas podría incluso ser visto como una ventaja estratégica. Una verdadera obra maestra

del absurdo de la que posteriormente se arrepentirían. Aunque poco le podía durar la política a Sibilía ya que su toxicidad se la trasladaría a sus propios compañeros.

Entre el amor ciego, la traición y un sistema judicial deficiente, descendí un escalón más hacia el infierno.

Capítulo 13: El Cisma se ha Producido

Cuando llegué a casa bajo una lluvia torrencial, la escena que se desplegó ante mis ojos era digna de una tragedia griega. Sibilia, en un arranque de mezquindad sin precedentes, había empaquetado sus cosas y, como si quisiera borrar cualquier rastro de nuestra vida juntos, se había llevado hasta los muebles. El viento gélido se colaba por las ventanas entreabiertas, haciendo crujir las paredes y reforzando la sensación de desolación. Me dejó un hogar vacío, no solo de objetos, sino de todo vestigio de calor y memoria. Hasta ese punto llegaba su miseria. Pero lo peor no era el despojo material; también se había llevado a Nadine, nuestra hija. Afuera, los truenos resonaban como un lamento, reflejando el tumulto de mi alma.

Pendientes de auto judicial y asesorada por una abogada con un fuerte acento posiblemente portugués de nombre Balbina y cuya ferocidad solo era superada por su vocabulario barriobajero, Sibilia trataba de impedirme que viera a Nadine. Su estrategia era clara: desconectarme de mi hija para luego utilizarlo en su beneficio cuando se celebrara la vista de guarda y custodia, un proceso que podría alargarse durante meses. Esto, sin lugar a duda, define la personalidad de Sibilia y su calidad como madre. En un intento por dramatizar la situación, Sibilia había adoptado el papel de víctima

y madre abnegada, mientras me pintaba a mí como el villano de la historia aunque pocos se lo tragaban ya que su calidad como artista y actriz era de muy baja calidad.

En nuestra sociedad moderna, los hombres participan activamente en la crianza de sus hijos. Llevamos a nuestros hijos al colegio, les preparamos la comida, los bañamos y vestimos. Sin embargo, esto resulta difícil de entender en algunos juzgados anacrónicos. Alternando semanas y con la oposición de Sibilia, me acercaba al colegio unos minutos antes de que terminara la jornada escolar. Recogía a Nadine junto con nuestro perro Coco, quien, al igual que yo, anhelaba esos momentos robados. Nadine, al verme, corría hacia mí con una sonrisa radiante y me decía apresurada: "¡Papá, vámonos rápido que si nos pilla mamá me obligará a ir con ella y su nuevo novio!"

El personal y profesorado del colegio, testigo de la verdadera catadura moral de Sibilia, me brindaba toda la ayuda posible. Les parecía una aberración separar a un padre o una madre de su hija.

El sistema judicial, en teoría, está diseñado para proteger a los inocentes y castigar a los culpables. Sin embargo, mi experiencia me hizo dudar seriamente de esta premisa. Un día, en uno de mis intentos de mantener contacto con mi hija Nadine, fui al colegio a recogerla. Como de costumbre, Sibilia apareció, con su habitual aire de grandilocuencia y sus amenazantes promesas susurradas al

viento. Ese día, sin embargo, la situación alcanzó un nuevo nivel de absurdidad.

Nadine, apenas una niña de cuatro años corrió hacia mí con los brazos extendidos y una sonrisa que podría haber derretido el corazón de un ogro. “¡Papá, vámonos rápido!” me susurró, su vocecita temblando de emoción y miedo. Si la montaña va hacia ti... ¡Corre porque se derrumba! Y entonces como un espectro oscuro en pleno día, apareció Sibilia.

“Nadine, ven aquí o cuando estés conmigo te vas a enterar,” siseó Sibilia, sus ojos llameando con una furia que solo puedo describir como diabólica. Nadine, sin soltar mi mano, la apretó con más fuerza. Su pequeño cuerpo temblaba, y su inocente determinación me llenó de una mezcla de orgullo y tristeza. Sabía que Sibilia cumpliría su amenaza. Lo había hecho antes, y lo haría de nuevo.

Decidido a proteger a mi hija, informé a la jueza de familia sobre las amenazas de Sibilia. Presenté una queja formal, esperando que el sistema judicial actuara con la rapidez y la severidad que la situación exigía. Esperaba, ingenuamente, que la justicia prevaleciera.

La jueza, una mujer cuyo semblante parecía tallado en piedra y cuya empatía podría compararse con la de una ameba, escuchó mis palabras con un desinterés palpable. Mientras yo relataba cómo

Sibilia había amenazado a nuestra hija, la jueza no mostró ni un atisbo de emoción. Cuando terminó, levantó la mirada de sus papeles y, con una voz monótona, dijo: "Lo tendremos en cuenta pero es su palabra contra la de ella."

Lo tendremos en cuenta. Esas palabras resonaron en mi mente con un eco hueco y desesperanzador. En otras palabras, no haría absolutamente nada. Nada de nada. Como si la amenaza de Sibilia fuese un mero capricho infantil, algo trivial y sin importancia. Casi esperaba que al final de la audiencia sacara una pelota de goma y comenzara a jugar con ella.

Carlos, cuando le conté la historia, no pudo evitar soltar una carcajada. "¡Vaya, qué eficiencia la del sistema judicial!" exclamó con sarcasmo. "¿Y qué esperabas? ¿Que la jueza se levantara, golpeará el martillo y exclamara '¡A la mazmorra con Sibilia!'"

"Quizás no tanto," respondí, sonriendo a pesar de todo. "Pero al menos una advertencia. Algo que le hiciera saber a Sibilia que no puede seguir amenazando a Nadine."

"Vamos, hombre," dijo Carlos, llenando nuestras copas de vino. "Sabes que para eso tendría que haber cámaras, un equipo de televisión y probablemente un patrocinio de algún bufete de abogados. Y, aun así, tal vez lo dejarían para el final de temporada, para mantener el suspenso."

Nos reímos, porque ¿qué más podíamos hacer? La justicia, esa señora ciega y con una balanza, parecía estar también sorda y con un gran sentido del humor negro. Comenté: “Podría escribir un libro, ya sabes. ‘Cómo sobrevivir a una ex psicótica y no morir en el intento’. Sería un bestseller.” Aunque bien visto, este relato podría ser el principio.

“Y podría incluir un capítulo especial sobre cómo lidiar con jueces indiferentes,” añadí. “Quizás incluso una guía práctica para detectar señales de que tu caso no le importa a nadie.”

Sibilia y las niñas vivían en casa de una amiga junto a sus hijos y el marido de esta. Este hombre, me contaba las conspiraciones continuas que Sibilia planeaba en mí contra junto con su novio que parecía ser copárticpe de toda la trama. Sibilia, mostrando su falta de escrúpulos, se quedó embarazada del hombre con el que me había engañado cuando aún éramos pareja y manteníamos relaciones como tal. Es decir, es más que probable que utilizara la misma argucia que conmigo para irse a vivir con el nuevo hombre que había conocido, al que también había amenazado con abortar si no vivían juntos.

Así transcurrían los días. Nadine, cuando estaba en casa de la nueva pareja de su madre, un hombre desaliñado que siempre iba con una sudada camiseta blanca de tirantes y al que consecuentemente yo apodaba "El Tirantes" quien además de su

aspecto desarrapado y barriobajero tenía un parecido casi idéntico al de un Orco, vivía una auténtica pesadilla. En esa casa convivían cuatro niños: la primera hija de Sibilia, el primer hijo de su pareja, Nadine y el hijo que ambos tuvieron después. Un verdadero ramo de virtudes.

Estaba de camino a la oficina cuando recibí una llamada inesperada. Al mirar la pantalla, vi el nombre de Edurne, la madre de Sibilia. Al descolgar, me encontré con una voz cargada de preocupación y tristeza.

—Hola, soy Edurne. Necesito hablar contigo sobre algo muy importante —comenzó, su voz temblando ligeramente.

—Hola, Edurne. Claro, dime, ¿qué sucede? —respondí, mientras el tráfico avanzaba lentamente.

—Es sobre Sibilia. Ella me impide comunicarme con mis nietas. No he podido verlas ni hablar con ellas en mucho tiempo —dijo, su tono mezclando angustia y resignación.

Sentí una punzada de empatía por Edurne. Sabía lo mucho que amaba a sus nietas y lo injusto de la situación a pesar de que en el pasado no había sido correcta conmigo supongo que porque estaba influida por su hija. Es su abuela y tiene su derecho natural a relacionarse con sus nietas.

—Por mi parte, no hay ningún inconveniente en que vengas cuando quieras a la hípica a ver montar a caballo a Nadine y a comunicarte con ella —le aseguré—. Siempre eres bienvenida.

—Gracias, eso me alivia un poco. Pero he notado que Nadine parece reacia a hablar conmigo. ¿Sabes por qué? —preguntó Edurne, la desesperación evidente en su voz.

Suspiré, recordando la última conversación con mi hija.

—Sí, lo sé. Le pregunté a Nadine por qué no quería hablar contigo y me dijo que Sibilia le había dicho que tú eras malvada y que debía evitar tu contacto —expliqué, sintiendo una mezcla de rabia y tristeza por las mentiras de Sibilia.

Hubo un silencio al otro lado de la línea, roto solo por el suave sollozo de Edurne.

—Lo siento tanto, Edurne. Pero creo que este tipo de heridas se curan con el tiempo. Ten paciencia. Al final, estoy seguro de que podrás disfrutar de tu nieta —traté de consolarla, aunque sabía que las palabras eran insuficientes.

Mientras colgaba, no pude evitar pensar en el reguero de maldad que Sibilia dejaba a su paso. Había denunciado a su primer marido, a su segundo y a su actual esposo. Incluso había denunciado a su propia madre y al marido de ella. Y por lo que supe poco después,

también había denunciado a sus compañeros de trabajo. Las denuncias parecían ser su herramienta de manipulación preferida, siempre respaldada por esos oscuros juzgados "reinos de taifas" que parecían protegerla.

Una tarde, mientras Nadine y yo estábamos en la hípica, ella me miró con seriedad.

—Papá, ¿por qué mamá dice esas cosas de la abuela Edurne? —preguntó, sus ojos buscando respuestas que yo apenas podía ofrecer.

—Nadine, a veces las personas dicen cosas malas sobre otras para causar daño. Tu abuela no es malvada. Ella te quiere mucho y solo quiere verte feliz —respondí, tratando de encontrar las palabras correctas.

—Entonces, ¿puedo hablar con ella? —preguntó, su voz teñida de esperanza.

—Por supuesto que puedes. Nunca dejes que las palabras de otra persona te alejen de alguien que te quiere —le dije.

Esa tarde, mientras Edurne visitaba la hípica, vi cómo la tensión en el rostro de mi hija se desvanecía lentamente. Aunque todavía había un largo camino por recorrer, sabía que, con amor y paciencia, las heridas infligidas por Sibilía eventualmente sanarían.

Días después, al recoger a Nadine del colegio, me encontré con la directora, quien me llamó a su oficina. Comenzó a hablarme con una voz compasiva, "somos conscientes de la situación. Nadine siempre habla maravillas de usted y lo que está pasando es injusto". Agradecí sus palabras, sintiendo una mezcla de gratitud y tristeza.

Poco después, Sibilia y su abogada, la misma que se creía en una telenovela de bajo presupuesto, comenzaron a enviar amenazas legales, tratando de pintarme como un peligro para Nadine. "No voy a permitir que esa mujer me separe de mi hija", le dije a mi abogado, un hombre paciente y perspicaz. "Tienes todo el derecho de luchar por tu hija. Nadine te necesita tanto como tú a ella", me respondió con convicción.

Cuando iba a recoger al colegio a Nadine, de vez en cuando me cruzaba con la pequeña Chloe. Había sido un padre para ella y siempre me había llamado "papá" porque era su única figura paterna. Cada encuentro con ella era un recordatorio doloroso de lo que habíamos perdido.

—¡Hola, papá! —me decía Chloe con su habitual sonrisa radiante, su voz llena de inocencia y cariño.

Su saludo me llenaba de una alegría amarga. Había hablado con los abogados, para encontrar una manera de mantener el contacto con

ella. Les pregunté si había alguna forma legal de seguir en su vida, pero sus respuestas fueron desalentadoras.

—Legalmente, no has adquirido ningún derecho —me explicó uno de los abogados, con una mirada compasiva pero firme—. Sin el consentimiento de Sibilía, no puedes comunicarte con Chloe.

Era como si el mundo legal no pudiera comprender el lazo emocional que nos unía. Chloe no era mi hija biológica, pero en mi corazón, lo era como Nadine.

La situación con Marcos y Tristán era similar con respecto a Sibilía aunque en este caso era la propia Sibilía quien los ignoraba. Cuando Sibilía se fue de casa, ni siquiera se despidió de los niños, dejándolos sumidos en una confusión indescriptible. El Tirantes, en su mezquindad, no perdía oportunidad de hacerles la vida imposible.

—¡Escoria! —les susurraba con malicia cada vez que se cruzaba con ellos en el colegio, sus ojos llenos de odio.

Los niños intentaban ignorarlo, pero los insultos dejaban cicatrices profundas. A pesar de todo, sabía que, con tiempo y esfuerzo, podría ayudar a Marcos y Tristán a superar esta situación. Pero con Chloe, el panorama era desolador.

Al poco tiempo, los encuentros con Chloe cambiaron. Cuando me cruzaba con ella, ya no corría hacia mí con su sonrisa luminosa. En lugar de eso, agachaba la cabeza y apartaba la mirada.

—Hola, Chloe —la saludé un día, tratando de mantener la esperanza en mi voz.

Ella no respondió. Sus pequeños hombros se encogieron y caminó más rápido, casi corriendo para alejarse de mí. Había recibido instrucciones de Sibilia de no hablar conmigo, y la obediencia de Chloe a esas crueles órdenes era evidente debido a su corta edad y al temor.

—¿Por qué me evita? —le pregunté una vez a Nadine, con la voz quebrada.

—Mamá le ha dicho que no puede hablar contigo —me respondió Nadine, sus ojos reflejando el mismo dolor que yo sentía—. Dice que tú ya no eres su papá.

Cada día, mientras recogía a Nadine del colegio, miraba a Chloe de reojo, esperando un milagro que nunca llegaba. La distancia entre nosotros crecía, alimentada por la crueldad y el egoísmo de quienes no podían entender el amor que una vez compartimos.

En una posterior conversación surrealista con Sibilia, traté de apelar a su humanidad. "Sibilia, Nadine necesita a su padre. No

puedes usarla como un peón en tu juego de venganza". Ella me miró con desdén. "¿Humanidad? ¿De qué hablas? Esto es la vida real, no un cuento de hadas. Y en la vida real, se gana o se pierde".

El cisma se había producido, y con él, la batalla por el corazón y el bienestar de Nadine se tornaba cada vez más feroz. Los días se convirtieron en una serie de encuentros furtivos y llamadas legales, donde cada palabra era una pieza en ese ajedrez emocional que se jugaba. Mientras tanto, Nadine, mi pequeña guerrera, resistía con valentía, aferrándose a los momentos felices que todavía podíamos robarle a la vida.

Capítulo 14: La Melancolía y la Ilusión Perdida

En un primer momento, la tristeza me envolvió como un manto pesado. Nuestra separación y el daño que Sibia había provocado al destrozar nuestra familia y el modo de hacerlo me resultaban incomprensibles. ¿Cómo podía haber hecho todo lo que hizo y de la manera que lo hizo? Bastaba con decir que nuestra relación había terminado. Pero, claro, de esa manera no habría obtenido los pingües beneficios económicos que tanto ansiaba. Pero el que todo lo quiere, todo lo pierde.

Pasaba mucho tiempo con mi amigo Carlos, hombre con un don innato para la ironía y la sabiduría envuelta en bromas. Carlos encendía el fuego en el txoko de su jardín y allí compartíamos momentos de charla intensa. Disfrutábamos de un buen vino de su cava y cocinábamos algo en el fuego. Aquellos momentos eran un refugio, un pequeño oasis en medio del caos.

Una noche, mientras mirábamos las brasas danzar bajo el cielo estrellado, Carlos me miró con esa mezcla de compasión y humor que solo los verdaderos amigos poseen. "Mira, amigo," dijo mientras agitaba su copa de vino, "esto de las rupturas es como un buen vino. Al principio te amarga, pero con el tiempo, te das cuenta de que es lo mejor que pudo pasarte."

Yo aún tenía sentimientos encontrados. Pensaba que los culpables de todo eran el Tirantes y las amigas separadas de Sibilia, pero me engañaba a mí mismo. La verdadera culpable era Sibilia, que es adulta y capaz de tomar sus propias decisiones. Carlos, siempre pragmático, me repetía: "Con el tiempo verás cómo has tenido una gran suerte de que Sibilia se haya quitado la careta."

Una noche, después de unos cuantos vasos de vino, Carlos decidió llevar su humor a otro nivel. "Sabes," dijo, "Sibilia debería tener su propio show de televisión. Algo así como 'Destruye tu vida en tres sencillos pasos.' Primero, engaña a tu pareja. Segundo, roba todo lo que puedas. Y tercero, lígate a un hombre desaliñado y maleducado. ¡Sería un éxito de audiencia!"

Nos reímos hasta las lágrimas, no solo por lo absurdo de la situación, sino porque necesitábamos reír para no llorar. "Carlos, deberías considerar una carrera en la comedia," le dije. "O al menos escribir un libro de autoayuda para los recién separados con elementos tóxicos."

"Lo pensaré," respondió con una sonrisa. "Pero por ahora, vamos a concentrarnos en no quemar demasiado la carne. Ya bastante nos hemos quemado en la vida, ¿no crees?"

Durante esas noches de conversaciones al calor del fuego, Carlos me ayudaba a ver las cosas desde una perspectiva diferente. "Mira,

amigo," decía mientras lanzaba un trozo de madera al fuego, "la vida es como este fuego. A veces arde con fuerza, otras veces se apaga. Y tú, lo estás haciendo bien. Has hecho lo posible por mantenerlo encendido y ahora toca encender una nueva etapa de tu vida."

A veces, cuando el vino y las conversaciones nos llevaban por caminos más filosóficos, Carlos se ponía serio. "¿Sabes lo que creo? Que, en el fondo, Sibilia te ha hecho un favor. Ahora tienes la oportunidad de empezar de nuevo, de encontrar a alguien que realmente valore lo que eres. Y créeme, esa persona está ahí fuera.". Luego comprobaría que esta búsqueda no es nada fácil, aunque no imposible. Estamos en tiempos de Orcos.

Yo asentía, agradecido por su apoyo. "Gracias, Carlos. No sé qué haría sin tus consejos y tu buen vino."

"Ah, el vino es solo el medio," bromeaba él. "El verdadero tesoro es nuestra amistad. Y, por cierto, ¿qué vamos a cocinar la próxima vez? Porque creo que podemos mejorar nuestra receta de parrillada."

Y así, entre bromas, vino y el calor del fuego, iba dejando atrás la tristeza. Poco a poco, las heridas empezaban a cicatrizar. Las conversaciones con Carlos eran una terapia inesperada, un bálsamo que ayudaba a sanar el alma. Porque al final, como él decía, la vida

es como un buen vino. Y aunque a veces amargue, siempre puede mejorar con el tiempo.

Como el Estudio de tatuaje se lo quedó Sibilia con la inestimable ayuda de su sabueso el Tirantes, de la noche a la mañana la fuente de ingresos que llegaba al hogar se redujo al cero absoluto. Por supuesto yo ya estaba con nuevos proyectos, pero tardarían tiempo en dar fruto. Además, mi mente en ese momento estaba muy confusa por culpa de todos los eventos reciente. Difícil concentrarse. La facturación había caído drásticamente y, aunque yo no podía estar presente en la empresa, tenía contratados empleados para manejar el día a día. Sin embargo, las cosas no estaban funcionando como deberían, y mi principal preocupación seguía siendo Nadine, que necesitaba toda la atención posible.

Un día, un trabajador de la empresa, pidiéndome anonimato, se acercó con información inquietante. "Oye, jefe, necesito decirte algo pero no quiero que se sepa que fui yo," susurró con nerviosismo. "El jefe de fábrica está viniendo a deshoras y fabricando productos para un cliente determinado. Algo no huele bien."

Decidí tomar cartas en el asunto y me puse en contacto telefónico con el cliente sospechoso. "Hola, soy Oscar Pavón. Necesito hablar contigo sobre una situación en la fábrica," dije, tratando de mantener la calma. El cliente, quien iba en manos libres en su

coche, me respondió sorprendido. "¿De qué me hablas, Oscar? Te juro que no tengo ni idea de lo que me estás diciendo."

Pero había aprendido un truco años atrás: a veces, cuando hablas con alguien y sobre todo en manos libres, la persona se olvida de colgar porque da por hecho que quien llama también colgará el teléfono. Así que terminé la conversación, pero en vez de colgar, permanecí en silencio, escuchando.

No daba crédito a lo que escuchaba. El cliente estaba hablando con alguien y decía, "Oye, me ha llamado Oscar, parece que nos ha descubierto." Y en dicha conversación comentó que mi director comercial también estaba involucrado. El daño ya estaba hecho y en un estado muy avanzado.

Accedí al ordenador del director comercial de mi empresa, un hombre de avanzada edad, fumador y aficionado al golf. Recordando años atrás, yo le había regalado el único cachorro que tuvo mi perrita, y él había tenido la desfachatez de decirme que yo era como su hijo. Al revisar sus emails, descubrí que este señor había desviado infinidad de trabajos a empresas competidoras que eran para mi empresa.

Con el corazón latiendo furiosamente, lo confronté. "¡Has destruido la empresa! Aunque no he podido estar tan pendiente

como debía, tenía motivos mayores, pero nunca esperé algo tan ruin por tu parte."

Él, con su bigote amarillento de la nicotina, me miró con desdén y respondió, "¿De verdad te creíste la patraña de que eres como un hijo para mí? Me gusta el dinero y no me arrepiento de lo que te hice."

En ese momento, comprendí por qué su hijo había sido encarcelado por estafa. De tal palo, tal astilla. Pero ya era tarde para mi empresa, y los bancos rápidamente comenzaron a llamar a la puerta. A los ciudadanos no nos presta dinero el estado como a los bancos cuando las cosas van mal.

Y llegó el temido día. El día del desahucio. Había conseguido un documento oficial retrasando cualquier acción judicial mientras Marcos estuviera enfermo, basándome en una ley que impedía cualquier desahucio en situación de vulnerabilidad. Pero ya hemos hablado anteriormente de los juzgados. La secretaria judicial, que estoy convencido de que se llevaba una mordida del asunto, ignoró el documento y procedió con el desahucio de todas formas.

Era algo increíble. Me preguntaba, "¿Quiénes son estas personas que trabajan para la justicia pero la pisotean sin pudor alguno?" Al final, no importaba lo que hiciera, parecía que siempre había una

fuerza oscura más poderosa, dispuesta a derribarme y destruir todo por lo que había trabajado.

Tuvimos que buscar rápidamente un lugar para vivir. La situación era desesperada, y la angustia me embargaba cada día. Pero había que seguir adelante. Con mi fiel y maravilloso can, un pequeño Yorkshire terrier llamado Thor, emprendimos la búsqueda de un nuevo hogar. Nos trasladamos momentáneamente a un edificio de apartamentos. Aunque las circunstancias eran difíciles, he de reconocer que también vivimos momentos inolvidables allí.

Una tarde, mientras deshacíamos cajas y organizábamos el pequeño espacio, Nadine se acercó a mí con una sonrisa. "Papá, mira, encontré nuestra caja de fotos. ¿Te acuerdas de esta?", dijo mostrándome una foto de ella montando a caballo por primera vez.

Sonreí al ver la imagen. "Claro que sí, Nadine. Fue el día que descubriste tu pasión por la equitación. No había visto a nadie montar con tanta naturalidad."

Thor, como si entendiera la importancia del momento, saltó al regazo de Nadine y empezó a lamerle la cara. Nadine rió, esa risa tan contagiosa y pura que me recordaba que, a pesar de todo, todavía teníamos momentos de alegría.

"Ese día estaba tan nerviosa, papá. Pensé que me caería del caballo", comentó Nadine mientras acariciaba a Thor.

"Y mira ahora", respondí, "eres una experta amazona y Artemisa es tu compañera inseparable. Te has convertido en una joven increíblemente talentosa y valiente."

Esa noche, después de cenar, nos sentamos en el pequeño balcón del apartamento. La vista no era gran cosa, pero para nosotros, era nuestro nuevo hogar. Mientras observábamos las luces de la ciudad, mientras que Marcos y Tristán hacían un puzle, Nadine se acurrucó a mi lado. "Papá, sé que las cosas han sido difíciles, pero estoy feliz de estar aquí todos juntos. Nos tenemos el uno al otro y a Thor. Eso es lo que importa."

Le di un suave beso en la frente. "Tienes razón, Nadine. No importa dónde estemos, mientras estemos juntos, todo estará bien."

El tiempo pasó y, a pesar de los retos, aprendimos a apreciar nuestra nueva vida. Cada mañana, Thor y yo llevábamos a los niños al colegio, y aunque la situación era diferente, encontrábamos maneras de hacerla especial. "Papá, ¡mira! Thor se hizo amigo de otro perro del edificio", exclamó Nadine un día al regresar de la escuela, mientras Thor jugueteaba con un vecino canino en el parque.

"Bueno, parece que Thor también está encontrando su lugar aquí", respondí con una sonrisa.

Un sábado por la tarde, decidimos explorar el vecindario. Caminamos por las calles cercanas, descubriendo pequeños cafés y tiendas locales. "Papá, ¿podemos entrar a esa librería? Tiene un montón de libros viejos, me encanta el olor a libros antiguos", pidió Nadine emocionada.

"Claro, vamos a ver qué encontramos", respondí. Pasamos horas allí, perdiéndonos entre historias y aventuras impresas. Nadine encontró un libro sobre caballos que la fascinó. "Papá, ¿puedo llevar este? Quiero aprender más sobre técnicas de doma."

"Por supuesto, Nadine. Siempre es un buen momento para aprender algo nuevo", le dije mientras pagábamos en la caja.

Esta etapa fue breve ya que en mi cabeza siempre hervían nuevos negocios y nuevos desarrollos. Parece que de alguna manera la vida me recompensaba esos momentos tan duros que me tocaban vivir.

Pronto encontramos un nuevo hogar, una casa con un precioso jardín y una piscina que nos hacía pasar momentos deliciosos. La casa se encontraba cerca de nuestra anterior casa, y el clima parecía ser nuestro aliado perfecto. Los días soleados se alternaban con tardes lluviosas que llenaban el aire de frescura y hacían brillar el paisaje con una intensidad especial.

En el jardín, había un olivo antiguo que se erguía majestuoso, con sus ramas llenas de aceitunas maduras. Era época de recogida de la aceituna, y la brisa suave traía consigo el aroma a tierra y hojas mojadas, una mezcla de olores que nos hacía sentir conectados con la naturaleza. Una tarde, bajo un cielo que amenazaba con una tormenta ligera, nos dispusimos a recoger las aceitunas.

"Papá, mira cuántas hay", exclamó Tristán con entusiasmo, mientras Thor corría alegremente alrededor del árbol, ladrando como si también quisiera ayudar.

"Sí. Este olivo es una maravilla. Vamos a tener un montón de aceitunas este año", respondí, mirando con satisfacción el fruto de nuestro trabajo.

Las nubes comenzaron a oscurecer el cielo, pero lejos de desanimarnos, nos dio un impulso adicional para trabajar más rápido. Las gotas de lluvia empezaron a caer suavemente, dándonos un refrescante alivio mientras llenábamos nuestras cestas con las aceitunas.

"¡Qué divertido es esto, papá!", gritó Tristán entre risas, con su pelo mojado por la lluvia que caía cada vez más fuerte.

Esa noche, la tormenta arreciaba con fuerza, con relámpagos iluminando el cielo y el sonido de la lluvia golpeando el techo como una sinfonía natural. Nos refugiamos en la cocina, donde

comenzamos a procesar las aceitunas. Nadine, con Thor a sus pies, me ayudaba a preparar las aceitunas para la salmuera, y nuestras risas llenaban el espacio.

"Papá, creo que este olivo nos ha dado alrededor de diez kilogramos de aceitunas", dijo Tristán con asombro.

"Sí, es increíble. Vamos a tener suficientes para regalar a nuestros mejores amigos", respondí, orgulloso de nuestro logro.

El temporal afuera contrastaba con el calor y la alegría que sentíamos adentro. La casa estaba llena de vida, y cada rincón parecía vibrar con la energía de nuestra nueva vida. La piscina reflejaba los relámpagos como si fuera un espejo, y el jardín, empapado de agua, brillaba bajo la luz de la luna.

Con el tiempo, nuestra pequeña producción de aceitunas se convirtió en un símbolo de nuestra resiliencia y capacidad para adaptarnos. Regalamos las aceitunas a nuestros amigos, quienes las recibieron con alegría y agradecimiento, sabiendo que cada frasco contenía mucho más que un simple fruto: contenía nuestra historia, nuestros esfuerzos y el amor que habíamos puesto en cada momento.

Capítulo 15: La justicia del Trece

Este es un momento decisivo en la vida de Nadine, de sus hermanos y, por supuesto, en la mía. El juicio de medidas previas, en el que se decidiría la custodia provisional de Nadine, estaba a la vuelta de la esquina. Días antes, nos convocaron a una entrevista con el equipo psicosocial del juzgado.

La entrevista comenzó con sonrisas y amabilidad por parte del equipo psicosocial. Eran todas mujeres, algo que no pude evitar notar. Curiosamente, esta 'ley de igualdad' parece aplicarse selectivamente. Se hace mucho ruido sobre la igualdad cuando las mujeres están en minoría, pero nadie menciona nada cuando dominan profesiones como la judicatura o los servicios sociales. Esta “igualdad” no la han creado todas las partes interesadas por lo que nunca se podrá alcanzar un compromiso genuino hacia un objetivo común. Se ha corrompido.

Durante la entrevista, Nadine, con sus ojos grandes y brillantes, me susurró que su madre le había dado instrucciones específicas sobre qué decir. La imagen de Sibilia supervisando y vigilando cada palabra de Nadine me causó una mezcla de indignación y tristeza. Era irónico que, en una entrevista destinada a evaluar la idoneidad de los padres, una de las partes estuviera allí, manipulando y

coaccionando sin que el equipo psico social moviera un dedo, muy al contrario, haciendo la vista gorda en favor de una de las partes.

En la misma entrevista, el equipo psicosocial se percató de que Sibilia no era sincera en sus respuestas. Comentaron que ella no decía lo que realmente pensaba, tratando de mostrar una personalidad que no le pertenecía. Era como si hubiera decidido interpretar el papel de la madre abnegada y perfecta, ocultando su verdadero yo detrás de una máscara cuidadosamente construida.

Una de las psicólogas escribió. "Sibilia parece estar diciendo todo lo que cree que queremos oír, no lo que realmente piensa o siente ya que entra en contradicciones constantes y los test realizados reflejan con claridad este hecho"

"Bueno, es preocupante," "Pero estos test no son infalibles. Puede haber un error."

¡Qué conveniente!, pensé. Aquí tenemos a una mujer que está claramente manipulando la evaluación, y la respuesta es que podría ser un error del test. Es como si hubieran encontrado una salida elegante para no tener que lidiar con la realidad.

La posibilidad de un "error del test" se convirtió en la excusa perfecta para no cuestionar demasiado a Sibilia. Como si un problema técnico pudiera explicar y disculpar la evidente

manipulación. Parecía que el sistema estaba más interesado en mantener las apariencias que en descubrir la verdad.

"Es sorprendente cómo siempre tienen una excusa a mano," pensé. "Sibilia claramente está actuando, pero en lugar de enfrentarlo, prefieren pensar que es un error del test." Y digo yo. ¿Para que sirven los test entonces?.

El día del juicio de medidas provisionales llegó. Sibilia apareció con una barriga prominente, a punto de dar a luz, vestida con su traje y maquillaje especial para juicios. Ropa sencilla, zapatos planos, gestos de dolor exagerados por el embarazo, un suave maquillaje en tonos pastel, voz en tono bajo y cara de cordero degollado. Al ver la cara de simpatía de la jueza hacia Sibilia, supe que todo estaba perdido.

La abogada de Sibilia, con su nariz aguileña y una sonrisa sarcástica y malvada, parecía salida de una película de brujas preparando una pócima. No faltaba más que una escoba y un caldero. Sibilia, antes de abandonar nuestro hogar, se había llevado todos mis documentos claramente manipulados e incompletos, incluyendo los referentes a Ana, y los presentó sin ningún pudor. La jueza aceptó esos documentos que solo contenían la instrucción inicial pero no la sentencia, como si fueran pruebas contundentes de mi incompetencia.

La jueza, observando a Sibilia con una mezcla de compasión y camaradería, parecía estar más preocupada por su bienestar que por la justicia. Cuando llegó el momento de la decisión, dictaminó que la custodia provisional se otorgaría a Sibilia, sin proporcionar ningún razonamiento jurídico válido. Bueno, sí, un razonamiento de género y nada más.

"Señoría," intervine tímidamente, "¿no considera necesario escuchar la sentencia completa de aquellos documentos antes de tomar una decisión?"

La jueza apenas levantó la vista de sus papeles. "Lo hemos tenido en cuenta," murmuró, sin dejar de escribir. Pienso que esta debe ser la frase fundamental que enseñan en la carrera de judicatura.

Después del juicio, fui a casa de Carlos. Encendió el fuego en el txoko de su jardín y compartimos una botella de su mejor vino. "¿En serio creías que iban a revisar esos documentos en detalle?" me preguntó, una sonrisa amarga en sus labios.

"Quizás," respondí, dejando escapar un suspiro. "Aunque sea un mínimo de justicia, algo que demuestre que esto no es solo un teatro."

"Amigo," dijo Carlos, alzando su copa. "La justicia es ciega, sorda y a veces parece que también muda. Pero lo que está claro es que no tiene un gran sentido del humor."

Nos reímos, porque, ¿qué más podíamos hacer? Cada encuentro con Sibilia, cada audiencia, era una batalla en un campo donde las reglas parecían cambiar a capricho. Carlos me palmeó la espalda. “Con el tiempo, verás como todo mejora.” Y yo pensaba, “ si claro, todo mejora como el vino hasta que se convierte en vinagre”

“Lo sé,” respondí, con un tono de resignación. “Pero es difícil ver la suerte cuando estás en medio de la tormenta.”

“Y más difícil cuando la tormenta está orquestada por una bruja con traje de toga,” bromeamos, llenando nuestras copas de nuevo. Y así, con un toque de ironía y un buen vino, enfrentamos la dura realidad, esperando que algún día, la justicia despertara de su profundo sueño.

Capítulo 16: Un Pequeño Respiro, pero en la brecha

Ya con la custodia provisional resuelta, quedaron en mi favor los miércoles, fines de semana alternos y mitad de vacaciones. Un pequeño respiro en medio del caos. Sibilia, claro está, seguía con su ataque constante, utilizando la técnica más vil y baja: hacer daño a Nadine, sabiendo que eso me iba a doler más que cualquier otra cosa. ¡Qué ironía! La madre del año, empeñada en demostrar su miserable naturaleza a cada paso.

Carlos y yo, junto al fuego en su txoko, una noche particularmente fría:

Carlos: "¿Y cómo llevas lo de Sibilia y su nuevo 'tirantes'?"

Yo: "¿Que cómo lo llevo? Con el mismo entusiasmo que un vegetariano en una carnicería. Imagínate la escena: yo llego al colegio, recojo a Nadine y me entero de las nuevas órdenes del sargento tirantes. 'Nada de leche, solo kéfir'."

Carlos: "¿Kéfir? Eso suena a algo que deberían vender en una tienda de alquimia."

Yo: "Exactamente. Nadine, la pobre, acostumbrada a dos litros de leche diarios, ahora vive en un régimen alimenticio de guerra. El tirantes, con su mentalidad de Sr. Cangrejo de Bob Esponja,

raciona la comida como si estuvieran en tiempos de racionamiento."

Carlos ríe, sacudiendo la cabeza:

Había nacido el nuevo hijo de Sibilia y, francamente, tuve miedo. Fácilmente podría haber sido mío. En el colegio, los padres y madres me daban la enhorabuena, pensando que el hijo era mío. ¡Claro! ¿Cómo iban a sospechar que Sibilia iba de flor en flor con la gracia de una abeja hiperactiva?

Pero no todo es color de rosa. No olvidemos que aún solo hemos bajado el tercer escalón del Tártaro. Cuando Nadine estaba conmigo y la recogía del colegio, olía mucho a sudor. Con mucho cuidado le pregunté si no se bañaba y me dijo que, en esa casa, un chalet en medio de una urbanización descuidada no había calefacción. Así que se bañaba en mi casa, una casa más pequeña y modesta, pero con calefacción.

En otro caso, Nadine venía con unas deportivas con la suela abierta.

Yo: "Nadine, ¿qué les pasó a tus zapatillas?"

Nadine, encogiéndose de hombros: "Se rompieron, papá. Ya no sirven para correr en el recreo."

Cuando se estropeaban los pantalones de deporte, era yo quien tenía que coserle un parche en la rodilla.

Yo, con una aguja en mano: "Bueno, princesa, vamos a darle una nueva vida a estos pantalones. ¿Qué te parece si ponemos un parche con forma de estrella?"

Nadine, sonriendo: "¡Sí, papá! Una estrella grande y brillante."

Yo le compraba los libros de texto, de lectura, material escolar, ropa escolar, ropa en general. El Tirantes había dejado bien claro que Nadine no era su hija y que no iba a asumir ningún gasto relacionado con ella.

Nadine, emocionada al recibir un nuevo libro: "Gracias, papá. Este me gusta mucho. ¿Podemos leerlo juntos esta noche?" Era habitual que la leyese un cuento cada noche.

Yo: "Claro que sí, cariño. Esta noche lo leemos antes de dormir." Entonces adquirimos el bonito hábito de leer cuentos todas las noches.

Ella me pidió empezar a prepararse para la primera comunión, de tres años de duración, y conseguí que el horario también estuviera dentro de los miércoles. La Iglesia nos prestó una valiosa ayuda al adaptar los horarios a nuestra disponibilidad.

Nadine, con ojos brillantes: "Papá, quiero hacer la primera comunión. ¿Podemos ir a la iglesia los miércoles?"

Yo: "Por supuesto, Nadine. Hablaremos con el sacerdote y nos aseguraremos de que puedas ir."

Después, venía a casa una profesora de piano, ya que le hacía ilusión a Nadine tocar el piano.

Nadine, con las manos sobre las teclas del piano: "Papá, quiero aprender a tocar 'Estrellita, ¿dónde estás?' ¿Podemos empezar hoy?"

Yo, orgulloso: "Claro que sí. Vamos a practicar juntos."

En el colegio me dijeron que Nadine cantaba muy bien y que podría entrar en el coro. Nadine también me pidió entrar en el equipo de gimnasia deportiva.

Nadine, con entusiasmo: "Papá, la maestra de música dice que canto muy bien. ¿Puedo unirme al coro?"

Yo: "Claro, Nadine. Voy a hablar con tu madre para que puedas asistir."

Yo, preocupado al hablar con Sibilía por teléfono: "Sibilía, Nadine quiere unirse al coro y al equipo de gimnasia. Es su deseo y las fechas no coinciden con los días que Nadine está conmigo."

Sibilia, despectiva: "A todos los niños les dicen que cantan bien. No voy a permitir que vaya. Tengo otras cosas más importantes que hacer"

En cuanto a catequesis, Sibilia me dijo que mientras fuese en mi día de visita, que hiciera lo que quisiera, aunque tres años después veremos que volvía a mentir.

Yo: "Sibilia, Nadine quiere ir a catequesis los miércoles. ¿Estás de acuerdo?"

Sibilia, con indiferencia: "Mientras sea en tu día de visita, haz lo que quieras."

Nadine, abrazándome: "Gracias, papá. Sabía que lo lograrías."

Yo, susurrando a Nadine: "Haremos todo lo posible para que puedas hacer lo que te hace feliz, mi amor." Así que compramos un set de flying yoga y los colgamos en el techo del salón. Nadine se pasaba las tardes practicando nuevas figuras de gimnasia y a veces hasta que se quedaba colgada mientras veía la tele.

Sibilia, en su inagotable creatividad, denominaba los días en que Nadine estaba conmigo como "visitas", un término que en su boca sonaba como si yo fuera un lejano pariente que aparecía de vez en cuando a estropear su vida perfecta. Era su manera de reducir mi figura paterna a la de un simple visitante, como si de un turista

ocasional se tratase. ¡Ah, las “visitas” de papá! ¡Qué lujo tan innecesario!

Pero no se quedaba ahí. Sibilia tenía una habilidad única para inventar obstáculos dignos de un guion de cine. Cada vez que llegaba el día de una de mis “visitas”, surgía una nueva y dramática razón por la cual Nadine no podía venir conmigo.

Yo: "Sibilia, hoy me toca llevarme a Nadine. ¿A qué hora puedo recogerla?"

Sibilia, con voz solemne: "Oh, no, lo siento. Nadine ha desarrollado una extraña fiebre solo detectable a altas horas de la madrugada. "

En otra ocasión, era un cálculo de días festivos tan complejo que habría desconcertado incluso a Einstein.

Yo, exasperado: "Sibilia, el miércoles es mi día con Nadine. Si realmente está enferma, la cuidaré yo."

Sibilia, sacando un calendario con anotaciones en código con absurdos cálculos: "Ah, pero te olvidas de la festividad del patrón de las actividades escolares secundarias, que curiosamente solo se celebra cada tres años y medio. No, no, este miércoles no cuenta."

Y así, cada “visita” se convertía en una batalla épica contra enfermedades misteriosas y festividades inexistentes. Nadine, por

su parte, empezaba a desarrollar una habilidad especial para descifrar los enrevesados pretextos de su madre. Luego yo le preguntaba a Nadine si había estado malita y me decía que no. Incluso corroboré con la doctora de familia esta situación. Le pregunté a la doctora si había comprobado si Nadine había tenido fiebre y ella me contestó: "Pues no. ¿Cómo voy a pensar que una madre miente con respecto a la salud de su hija?" La doctora tenía razón, pero Sibilia no podemos decir que sea una madre modelo. Una madre que dedica más tiempo a publicar teorías conspiranoicas que al cuidado de sus hijos.

Un día, Nadine me dijo que tenía dolor de dientes, y como cualquier padre preocupado, la llevé al dentista. La exploración fue como un viaje al centro de la tierra, pero en este caso, al centro del caos dental. ¡Siete caries! Dos de ellas tan profundas que requerían endodoncia. ¡Endodoncia! Para una niña. El dentista me miró con la seriedad de un juez dictando sentencia y me dijo que era urgente tratar esos dientes. Así que, anticipándome a la inevitable tormenta que Sibilia desataría, le pedí un certificado y un presupuesto detallado, como si estuviera preparándome para una negociación con un despiadado comerciante de la Edad Media.

Dentista, con voz profesional: "Aquí tienes el certificado y el presupuesto. Es crucial tratar esto cuanto antes."

Yo, agradecido pero preocupado: "Gracias, doctor. Necesito tener todo en orden para cuando hable con su madre."

Y entonces, llegó la respuesta de Sibia, una obra maestra de la negación creativa:

Sibia, con tono de experta odontóloga amateur: "Nadine no necesita ir al dentista porque es normal que a los niños se les caigan los dientes."

Por un momento, pensé que estaba escuchando un mal chiste.

Yo, incrédulo: "¿Perdona? ¿Estás diciendo que simplemente deberíamos esperar a que se le caigan los dientes con caries y todo?"

Sibia, como si estuviera recitando un hecho científico irrefutable: "Exactamente. A todos los niños se les caen los dientes eventualmente."

Era un argumento tan ridículo que solo podía responder con ironía.

Yo, sarcástico: "Claro, y si se rompe una pierna, ¿también esperamos a que se le caiga y le crezca una nueva?"

Sibia ni siquiera parpadeó.

Sibia, muy seria: "No es lo mismo."

Me quedé sin palabras. Sibilia estaba dispuesta a dejar que Nadine sufriera con sus dientes en mal estado solo para ganar algún punto en su absurda competencia. Era increíble cómo su creatividad para evitar cualquier gasto o esfuerzo relacionado con Nadine superaba cualquier límite razonable.

Yo, resignado pero decidido: "Bien, yo me encargaré de todo. Como siempre"

Con Sibilia desplegando su lógica surrealista y sus estrategias de negación de tal manera que siempre pensaba "Soy tan inteligente que a veces no entiendo una sola palabra de lo que estoy diciendo", me di cuenta de que la batalla por el bienestar de Nadine sería mucho más complicada de lo que nunca había imaginado.

En este cúmulo de desatención y mala fe, todo debidamente documentado, pensé que para el juicio de medidas definitivas esto influiría. Jajaja. Iluso de mí. Si los jueces, a cada queja que planteaba sobre la situación de Nadine, se fumaban una pipa y se tomaban un brandy a mi salud.

Carlos, riéndose una vez más: "Amigo, estás lidiando con un sistema que considera que las madres tienen la capacidad divina de no equivocarse. Pero no te preocupes, al final, la verdad siempre sale a la luz."

Yo, levantando mi copa: "Por la verdad entonces, aunque llegue tarde y a trompicones."

Con cada pequeño respiro que me daba el sistema, seguíamos adelante, esperando que algún día la justicia se diera cuenta de quién realmente estaba velando por el bienestar de Nadine.

Capítulo 17: El teatro del Absurdo

Y aquí llega el fatídico día del juicio de medidas definitivas. Yo, con una fe en la justicia más débil que un castillo de naipes en un tornado, llevé como testigos a mi hermana, a Carlos, y a un psicólogo que había elaborado un informe en base a toda la documental aportada por ambas partes. También declaraba el equipo psicosocial del juzgado en su posición de peritos, una pandilla que ya había demostrado su falta de imparcialidad en el pasado.

El día comenzó con mi abogado, cuyo sentido de la puntualidad rivalizaba con el de un reloj estropeado, llegando tarde como era su costumbre. La juez, ya notablemente impaciente, lanzaba miradas a su reloj de pulsera como si estuviera esperando el último tren a París. Finalmente, mi abogado apareció, corriendo por el pasillo y hojeando apresuradamente el procedimiento. La oficial de la sala llamó a los abogados a entrar en la sala del tribunal.

Oficial de sala, en tono autoritario: "Abogados, por favor, dentro."

Abogado, jadeando: "Voy, voy, un segundo."

Dentro de la sala, los abogados se reunieron con la juez, y cuando salieron, mi abogado me miró con una expresión mezcla de derrota y resignación.

Abogado, con voz cansada: "La juez ha dicho que, de acuerdo con la fiscal, nos podemos ahorrar el juicio. Van a dar la custodia a Sibia."

Yo, incrédulo y furioso: "¿Qué? ¿Esa conversación está registrada? ¿Es legal ese acuerdo entre fiscal y juez?"

Abogado, encogiéndose de hombros: "No, no lo es. Pero es habitual. Y parece que su señoría tiene hambre, es casi la hora de comer."

Yo le dije a mi abogado que veníamos a un juicio así que dijera que se iniciará la sesión. Para empezar todos mis testigos, la pericial y el perito no fueron admitidos y pensé "Pues sí que tiene hambre su señoría"

Mientras mi indignación crecía, el equipo psicosocial, los mismos que la vez anterior, fue interrogado por la juez. Tierra trágame.

Juez, con tono impersonal: "¿Cuál es su recomendación?"

Psicosocial, en tono monótono: "Que la custodia la mantenga la madre, por no cambiar."

Juez, levantando una ceja, apenas interesada: "¿Y esa decisión se basa en qué exactamente?"

Psicosocial, consultando sus notas y respondiendo sin entusiasmo: "Es lo habitual en estos casos. Así que mejor no cambiar nada."

Juez, fingiendo interés: "¿Podría especificar qué aspectos de la estabilidad se verían afectados?"

Psicosocial, con un ligero encogimiento de hombros: "Simplemente, es lo que se suele hacer. No queremos alterar el entorno de la menor."

Yo, interrumpiendo con frustración: "¿Alterar el entorno? ¡Nadine ya vive en un entorno alterado! Su madre ni siquiera se preocupa por su salud dental, ¡tiene siete caries! ¿Eso no les parece un problema?"

Juez, lanzándome una mirada de advertencia: "Por favor, mantenga la calma y deje hablar al perito."

Psicosocial, mirando al juez como si yo no existiera: "Nuestra evaluación muestra que los dos progenitores están perfectamente capacitados para el cuidado de la menor. Aunque reconocemos ciertas... deficiencias en el estudio realizado a la madre, creemos que es lo mejor para la menor es no cambiar nada."

Yo, insistiendo: "¿Deficiencias? ¡Estamos hablando de negligencia! ¿Cómo pueden justificar que se mantenga la custodia a alguien que claramente no cuida adecuadamente a su hija?"

Juez, ignorándose y dirigiéndose de nuevo al psicosocial: "¿Algún otro comentario?"

Psicosocial, sacudiendo la cabeza con indiferencia: "No, señorita. Solo que, como mencionamos, mantener el statu quo es lo habitual."

Juez, con un aire de decisión final: "Muy bien. Tomo nota de su recomendación."

Yo, con un suspiro de exasperación: "¿Eso es todo? ¿Así de fácil se decide el futuro de mi hija?"

Me quedé helado con ese razonamiento tan profundo como un charco. Quizás si se les cayera un bote de pintura en la cabeza, habría que dejárselo "por no cambiar".

Yo, irónico en mis pensamientos: "Claro, ¿y si la madre fuera un cactus y la niña un globo, también sería mejor 'no cambiar'? ¿Dónde quedó el bienestar del menor?"

Entonces, mi abogado empezó a soltar un discurso elaborado, explicando con todo tipo de detalles nuestras razones, mientras la juez cumplía su promesa tácita de ignorarnos. Se puso a ordenar

varias carpetas que tenía en su mesa, escribir mensajes con el móvil y, en un momento dado, creo que hasta hizo una lista de la compra, mientras miraba el reloj insistentemente.

Yo, susurrándole al abogado: "Descansa, hombre. Ni te están escuchando. Y respira que te va a dar un mareo"

El resultado no necesita ser narrado: la custodia fue otorgada a Sibia. Lo llamativo es que la abogada de Sibia dijo algo en su exposición que me dejó helado. La abogada dijo que Nadine tenía unos nuevos padres y la juez ni se inmutó ante esta afirmación. Penoso. Fue un desenlace tan predecible que podría haberlo escrito un adivino. Pero, como veremos más adelante, la perseverancia es la clave para alcanzar la gloria.

Capítulo 18: Lecciones de vida

La dedicación que estaba dando a Nadine, especialmente debido a su situación, quizás me había hecho descuidar la atención a Marcos y Tristán. Sin embargo, eso no debería ser una excusa para su falta de interés en el instituto. Llegó un momento, tras repetir varios cursos, en el que les dije:

"Chicos, si no queréis estudiar una carrera, para lo cual necesitáis terminar el instituto, tendréis que estudiar algo y además trabajar. No podéis estar vagueando y con la consola todo el día".

Pero ellos insistieron en su negativa. Entonces, un día, Marcos dijo:

"Papá, hemos hablado con Ana. Ella nos dijo que nos vayamos a vivir con ella y su pareja. Que allí no tendríamos que estudiar."

"Claro, porque suena a que tu madre tiene un plan maestro para la vida, ¿verdad?" respondí, no sin un toque de sarcasmo. En cierta manera, entiendo que Ana les prometería cualquier cosa para que estuvieran con ella, ya que se había perdido por voluntad propia o más bien por su trastorno, la infancia de los niños. Pero ella no comprendía que ya no eran niños, sino adolescentes.

Un día, apareció un guardia civil una vez más por casa. Le atendí con toda la cortesía del mundo y me dice:

"Verá, es que nos ha llamado el padre de los niños que viven aquí y nos ha dicho que quiere que los niños vayan a vivir con la madre."

Me eché a reír y le respondí:

"Verá, señor policía. Yo soy el padre de estos niños. Y por favor, les ruego que se informen debidamente antes de molestar a las personas."

La cara del agente cambió varias veces de color y se marchó junto con su compañero. Otra vez me encontraba con el entrenamiento de este tipo de agentes. Ante la insistencia de Tristán, les dije:

"Vamos, junto con vuestra madre, al notario. Expresáis vuestra voluntad y os emancipáis y podéis ir con ella."

Así que un día quedamos con Ana en el notario. Ella apareció con un avanzado embarazo. Yo me quedé muy sorprendido ya que sabía que en años anteriores se le había agravado su posibilidad de tener hijos y era algo prácticamente imposible, aunque los caminos del Señor son inescrutables.

Yo, con una sonrisa de sorpresa: "Vaya, Ana, parece que el Señor ha decidido bendecirte después de todo. "

Ana, con una risa nerviosa mientras acaricia su vientre: "Sí, bueno, parece que los médicos no siempre tienen la última palabra. Este pequeñín es un milagro, eso seguro."

Yo, levantando una ceja: "¿Milagro, ¿eh? ¿O será que tienes una varita mágica escondida por ahí?" Realmente no tenía buen aspecto. Se notaba que su "enfermedad" la había seguido zarandeando sin piedad.

Ana, sonriendo: "Si tuviera una varita mágica, créeme, haría desaparecer muchas cosas, empezando por algunos problemas."

Yo, riendo: "Bueno, supongo que todos tenemos una lista de cosas que nos gustaría hacer desaparecer. Pero dime, ¿cómo te sientes? ¿Todo va bien con el embarazo?"

Ana, asintiendo: "Sí, todo va bien. Es un poco inesperado, pero estamos felices. ¿Y tú? ¿Cómo estás llevando todo esto?"

Yo, suspirando y sonriendo con resignación: "Bueno, ya sabes, lidiando con abogados, jueces y un sistema que parece más interesado en almorzar a tiempo que en escuchar razones. Pero estoy bien, enfocado en lo importante: los chicos y Nadine."

Ana, con un tono comprensivo: "Sí, me imagino que no ha sido fácil. Pero eres fuerte, siempre lo has sido."

Yo, sonriendo: "Y tú también, Ana. Al menos tenemos estos momentos para recordar que, a pesar de todo, seguimos adelante."

Ana, riendo: "Sí, y quién sabe, quizás este pequeño milagro traiga un poco de suerte a nuestras vidas."

Yo, sonriendo: "Bueno, si el bebé es capaz de arreglar este lío, entonces sí que será un milagro de proporciones bíblicas."

Ana, sonriendo: "Veremos qué pasa. Mientras tanto, aquí estamos, haciendo lo mejor que podemos."

Ana estaba muy contenta con su embarazo. Los niños subieron al coche de Ana y se fueron con ella. Al cabo de pocos meses, me llamó un hermano de Ana y me dijo:

Hermano de Ana, con voz preocupada y un tono grave: "Tristán y Marcos están en unas condiciones lamentables. El novio de Ana es un expresidiario y, según me contó Marcos, le había utilizado como señuelo para robar tiendas sin que él se diera cuenta. Mientras Marcos limpiaba cristales de tiendas, este hombre 'limpiaba' otras cosas."

Yo, con incredulidad y furia contenida: "¿Qué? ¿Cómo puede alguien hacer algo así? ¡Son solo niños!"

Hermano de Ana, suspirando y mirando al suelo: "Lo sé, lo sé. Es inaceptable. Los niños habían sido expulsados de la casa donde vivían Ana y su pareja. La situación de los dos es de total indigencia y hemos tenido que llevarlos a la casa de mi madre."

Yo, con la voz temblorosa de rabia y preocupación: "¿Y Ana? ¿Qué dice ella de todo esto? ¿Cómo pudo permitir que llegaran a esta situación?"

Hermano de Ana, con tristeza en la mirada: "Ana está en una situación complicada. Parece que no puede ver más allá de su relación con ese hombre. No quiere aceptar la realidad. Cuando le hablé de la situación de los chicos, se puso a la defensiva, diciendo que todo estaba bajo control."

Yo, apretando los puños: "Bajo control... ¡Esto es una pesadilla!"

Hermano de Ana, asintiendo con determinación: "Te apoyo completamente. Marcos y Tristán necesitan estabilidad y seguridad, algo que claramente no pueden tener con Ana y ese hombre."

Yo, mirando fijamente al hermano de Ana: "Gracias por informarme. Pero ya os advertí que apoyar a Ana para que los niños fueran a su casa era un error monumental". Ya años antes y para que Ana pudiera disfrutar de sus hijos, llegamos a un acuerdo judicial que promoví para que la madre de Ana pudiera hacerse cargo de ellos algunos fines de semana y que fuera responsable de su bienestar. Pero esto no funcionó. Cuando estaban más de un día con Ana y su madre, los niños me llamaban desesperadamente para

que los recogiera porque Ana perdía los nervios con mucha facilidad y se ponía violenta.

Hermano de Ana, con un tono de alivio: "Cuenta con mi ayuda. Yo también quiero lo mejor para ellos. Mantendremos a los chicos en casa de mi madre hasta que podamos resolver esto."

Cuando hablé con Marcos y Tristán por teléfono, les dije:

"¿Comprendéis ahora que yo solo quería lo mejor para vosotros? Muchas veces recordaréis la importancia de haber continuado los estudios. Ya os dije que tarde o temprano os arrepentiríais"

Marcos, con la voz cargada de pesar, me dijo:

"Papá, también te debo contar que el embarazo de mamá era simulado. Se colocaba una barriga falsa, pero mantuvo la farsa durante meses hasta que evidentemente se descubrió."

"Ah, ¡el viejo truco de la barriga falsa! Qué nivel de ingenio, casi digno de una telenovela barata," respondí, intentando contener mi frustración con un toque de humor negro.

Y Marcos añade, con la voz temblorosa: "Papá, y acabo de enterarme de algo. Metieron al novio de mamá en la cárcel."

Yo, sorprendido: "¿Qué? ¿Cuándo pasó eso?"

Marcos, respirando profundamente: "Ayer. Parece la policía lo atrapó robando otra tienda. Lo detuvieron y ahora está en la cárcel. Tenía muchas detenciones por robo"

Carlos, que siempre tenía una visión con ciertos tintes de descaro, pero acertada de la vida, me dijo:

"Bueno, al menos ahora no tienes que preocuparte por pagar una pensión alimenticia por cualquier razón que se inventara un juez para un bebé imaginario. Mira el lado positivo, amigo. Qué podían haber sido dos si incluyes al hijo de Sibilía".

Un día, mientras reflexionaba sobre la situación vivida con Ana, una sensación de escalofrío recorrió mi espalda. La memoria de aquellos momentos oscuros aún me mantenía en vela algunas noches. Recordé las veces que me había despertado sudoroso, con el corazón latiendo desbocado, como si el mismo infierno hubiera invadido mis sueños. Los niños y yo habíamos sobrevivido a una situación tan terrorífica que parecía sacada de una pesadilla. Y luego estaba la experiencia con Sibilía, un ser tan tenebroso que su mera presencia oscurecía cualquier espacio que habitara. ¿Era esto una simple casualidad o había una conexión más profunda? Parecía como si una conjura del mal se hubiera orquestado con el único propósito de abatirme por cualquier medio posible.

Por supuesto, lo lógico era pensar que Ana tenía un trastorno bipolar. Pero entonces, ¿qué explicación tenían esas docenas de textos que había escrito? Ana y Sibilia solo tenían educación secundaria. ¿Cómo era posible que Ana hubiera escrito en varios idiomas antiguos y con un contenido que hasta dejaba atónito al Padre Moisés?

Un día, desesperado por respuestas, fui a ver al Padre Bartolomé. La iglesia estaba sumida en sombras cuando llegué, y el eco de mis pasos resonaba en las paredes de piedra. Entré en su despacho, un cuarto pequeño y oscuro, iluminado solo por la tenue luz de una vela. El Padre Bartolomé, con una mirada penetrante, me recibió con una serenidad inquietante. Mientras le contaba todas mis vicisitudes, esperaba que me tomara por loco. Sin embargo, lejos de pensar eso, el Padre Bartolomé me observó con una gravedad que no había visto antes.

—Hijo, —dijo con voz profunda y solemne—, tan cierto es que existe el bien como que existe el mal, y de una forma muy real. Desde el principio de los tiempos, existe una batalla, y por alguna razón, hay fuerzas malignas que intentan doblegar tu espíritu.

Las palabras del Padre Bartolomé resonaron en la habitación, cargadas de una verdad inquietante. Sentí un escalofrío recorrerme, como si una sombra se hubiera posado sobre mí. La vela parpadeó, proyectando sombras danzantes en las paredes.

—Pero Padre, —dije con voz temblorosa—, ¿por qué a mí? ¿Qué he hecho para atraer esta oscuridad?

El Padre Bartolomé me miró con una compasión infinita y, a la vez, con una dureza que solo los años de enfrentarse al mal podían dar.

—No te rindas, hijo mío. Llegará un momento en que comprenderás por qué has sido elegido. Rezaré por ti para que tengas la fortaleza de seguir adelante y no te sometas al mal.

Salí de la iglesia sintiendo una mezcla de terror y esperanza. Las palabras del Padre Bartolomé me dieron una nueva perspectiva. Tal vez, después de todo, había una razón detrás de todo este sufrimiento. Tal vez, había sido elegido para enfrentar estas fuerzas oscuras. Y aunque la batalla sería ardua, no estaba solo. La luz de la vela del Padre Bartolomé, aunque tenue, sería mi guía en esta oscuridad.

A medida que caminaba de regreso a casa, la noche parecía más oscura y el viento susurraba con voces que solo yo podía oír. Pero esta vez, no sentí miedo. Sentí que, por primera vez, tenía una misión. Y estaba decidido a no dejarme vencer por las sombras que acechaban mi vida y la de mis seres queridos.

Capítulo 19: Celebración en el jardín encantado:

Pocos días después de terminado el juicio de medidas definitivas, se iba a celebrar la primera comunión de Nadine. Ella estaba resplandeciente de felicidad, irradiando una luz que parecía contagiar a todos a su alrededor. Durante la preparación de la celebración en la iglesia, comencé a charlar con el padre de otra niña que también iba a celebrar su primera comunión junto con Nadine.

Padre de la otra niña, con un tono casual: "Estas ceremonias siempre traen algo especial, ¿no crees? Es como ver a las pequeñas princesas en sus vestidos."

Yo, asintiendo: "Sí, es un momento muy especial para ellas. Nadine no ha dejado de hablar de esto desde hace semanas."

Padre de la otra niña, suspirando: "Es increíble lo que un evento así puede significar. Aunque... hablando de cosas menos agradables, ¿qué piensas sobre todo esto de las detenciones arbitrarias en temas de violencia doméstica en un país supuestamente democrático?"

Yo, sorprendido por el cambio de tema: "¿Por qué lo preguntas?"

Padre de la otra niña, con un gesto de resignación: "Porque me ha pasado. Cuando mi exesposa quiso divorciarse, me denunció

falsamente y la policía me detuvo. Es algo que parece estar ocurriendo más de lo que nos imaginamos."

Yo, indignado: "Es terrible escuchar eso. Parece que muchos hombres están siendo detenidos injustamente para alimentar esta industria de la violencia de género."

Padre de la otra niña, asintiendo: "Exacto. Es una situación muy triste y frustrante."

Ya por la tarde, fuimos con mi madre a comprar el vestido de primera comunión. Era el regalo de mi madre a su nieta. Nadine se lo probó y era como una auténtica princesa de cuento. Ver su sonrisa mientras giraba frente al espejo era simplemente mágico.

A los pocos días, se celebraba la comunión y en la tarde anterior me llamó el cura encargado de la celebración, nuestro querido padre Bartolomé. Un hombre con una devoción infinita que incluso ahora lleva varios meses como misionero.

Padre Bartolomé, con voz preocupada: "Hola, quiero hablar contigo sobre la comunión de Nadine. He recibido una llamada de Sibilia, amenazándome con denunciar a la iglesia si la comunión se celebra mañana."

Yo, sorprendido y enfadado: "¿Qué? ¿En serio? ¿Por qué haría algo así en el último momento?"

Padre Bartolomé, suspirando: "Me dijo que, si Nadine celebra la comunión, tomará acciones legales. ¿Qué te parece posponerla unos años?"

Yo, firme y respetuoso: "Padre, la decisión es de Nadine. Ella ha estado emocionada y comprometida con esta celebración durante tres años de catequesis. No podemos dejar que Sibilia la sabotee ahora por pura maldad. Piense que Jesucristo no lo tuvo fácil para seguir el camino correcto"

Padre Bartolomé, pensativo: "Entiendo tu punto de vista. Déjame hablar con el Obispo y ver qué podemos hacer."

Al poco tiempo, el cura me llamó de nuevo.

Padre Bartolomé, con un tono decidido: "El Obispo y yo estamos de acuerdo contigo. Vamos a seguir adelante con la celebración por la felicidad de Nadine."

Yo, aliviado: "Gracias, padre. Esto significa mucho para nosotros."

Al día siguiente, se celebró la comunión. Era un día soleado y Nadine estaba radiante, mientras que imaginaba a Sibilia en Mordor reunida con un grupo de Orcos, pensando en su siguiente acto de maldad.

La residencia de Sibilia la describimos como Mordor por su similitud en todos los aspectos: Mordor, la tierra de la sombra, es

un lugar que parece haber sido forjado en las mismas entrañas del mal. Al cruzar sus fronteras, uno se encuentra inmediatamente envuelto en una oscuridad opresiva, una atmósfera densa y asfixiante que pesa sobre los hombros como una carga física. El cielo, siempre cubierto de espesas nubes negras, rara vez deja pasar la luz del sol. Cuando lo hace, el sol aparece pálido y enfermo, incapaz de disipar la penumbra eterna que domina la región. El suelo de Mordor es árido y reseco, cubierto de una ceniza grisácea que levanta polvaredas tóxicas al menor soplo de viento. La tierra está marcada por grietas y fisuras, desde donde se filtran vapores sulfurosos que envenenan el aire. Los pocos rastros de vegetación que existen son oscuros y retorcidos, plantas que parecen haber surgido directamente de una pesadilla, con espinas venenosas y hojas muertas. La tierra tiembla ocasionalmente, como si estuviera viva y sufriendo bajo el yugo de un poder maligno. Los habitantes de Mordor, los orcos y otras criaturas de la noche, se mueven como sombras entre las ruinas y las forjas. Son seres crueles y brutales, moldeados por el odio y la desesperación, con rostros deformes y cuerpos encorvados. En Mordor, no hay lugar para la piedad o la esperanza, solo para la conquista y la destrucción. Es una tierra donde el mal se ha asentado y enraizado profundamente, donde cualquier rayo de esperanza se desvanece ante el poder abrumador de la oscuridad...

La iglesia estaba llena de familiares y amigos, y todo el mundo era bienvenido.

Mi madre, emocionada: "Mira qué hermosa está Nadine. Estoy tan orgullosa de ella. Ese vestido se lo he regalado yo". Lo del vestido lo dijo en voz baja para que no lo escuchase mi padre.

Carlos, sonriendo: "¡Es un día para celebrar! Vamos a asegurarnos de que sea inolvidable."

Preparamos una gran fiesta en el jardín de casa e incluso contratamos a animadores y payasos. Nadine estaba rodeada de risas, juegos y mucho amor. El jardín estaba transformado en un paraíso festivo. Habíamos colocado carpas blancas decoradas con guirnaldas de flores y globos de todos los colores. En una esquina, un grupo de animadores estaba ya preparado, vestidos con trajes brillantes y coloridos, listos para empezar el espectáculo.

Nadine, con los ojos abiertos de par en par: "¡Papá, esto es increíble! ¿Has visto todo esto?"

Yo, sonriendo: "Claro, Nadine. Todo esto es para ti. Queremos que tengas el mejor día de tu vida."

Los animadores comenzaron con juegos interactivos, haciendo que los niños formaran equipos para competir en carreras de sacos,

juegos de cuerda y búsqueda del tesoro. La risa y la emoción llenaban el aire.

Animador principal, con energía: "¡Vamos, chicos y chicas! ¿Quién está listo para una carrera de sacos? ¡El equipo que gane recibirá una sorpresa especial!"

Grupo de niños, gritando emocionados: "¡Yo! ¡Yo! ¡Nosotros!"

Entre los invitados, los adultos también disfrutaban, viendo a sus hijos participar en los juegos y disfrutando de la atmósfera festiva. Mis amigos y familiares charlaban alegremente, mientras mi madre se encargaba de que todos estuvieran bien atendidos.

Carlos, acercándose con una copa en la mano: "¡Esto es genial! Nadine parece estar pasándolo en grande."

Yo, asintiendo: "Sí, Carlos. Se lo merece después de todo lo que ha pasado. Este día es para que lo disfrute al máximo."

Poco después, los payasos hicieron su aparición. Pintados con colores brillantes y con enormes sonrisas, comenzaron su espectáculo con malabares, trucos de magia y divertidas actuaciones que hacían reír a carcajadas a los niños.

Payaso principal, con voz aguda y divertida: "¡Hola, hola, hola! ¿Están listos para la magia?"

Nadine, saltando de emoción: "¡Sí! ¡Me encanta la magia!"

El payaso sacó una varita mágica y empezó a hacer aparecer flores de colores, pañuelos interminables y, por supuesto, el clásico truco del conejo en la chistera. Nadine y sus amigos estaban hipnotizados por el espectáculo, sus caras iluminadas por la maravilla de la magia.

Payaso, sonriendo: "Y ahora, necesito una voluntaria del público. ¿Quién quiere ayudarme con el próximo truco?"

Nadine, levantando la mano emocionada: "¡Yo, yo quiero!"

Payaso, señalándola: "¡Perfecto! Ven aquí, pequeña dama. Vamos a hacer algo muy especial."

Nadine subió al pequeño escenario improvisado y el payaso le entregó una varita mágica. Juntos, realizaron un truco donde de la nada apareció una paloma blanca, que hizo que todos los niños aplaudieran y gritaran de alegría.

Payaso, aplaudiendo: "¡Bravo, Nadine! Eres una gran maga. Ahora, ¿qué te parece si todos nos unimos para un gran final?"

La fiesta continuó con más juegos, pinta caras, música y baile

Yo, levantando mi copa: "¡A Nadine, nuestra estrella de hoy! Que su vida esté siempre llena de momentos felices como este."

Todos levantaron sus copas y brindaron,

Nadine, abrazándome: "Gracias, papá. Este ha sido el mejor día de mi vida."

Yo, lleno de satisfacción y con una enorme sonrisa: "Te lo mereces, Nadine. Y esto no es todo "

Como remate final tenía una inesperada sorpresa:

Nadine había adquirido una destreza sin igual en el manejo de los caballos en categorías de doma y salto. Sin embargo, yo veía que había llegado a un punto en que, al no tener caballo propio, su talento se podía esfumar. En la hípica, siempre había disputa entre compañeras por cabalgar caballos de cierto nivel. Así que, decidido a hacer algo al respecto, me lie la manta a la cabeza y comenzamos la búsqueda de un caballo propio.

Buscar un caballo era bastante complejo. Una moto es lo que es, pero un caballo puede parecer bueno y luego tener lesiones, enfermedades, un carácter difícil o incluso ser demasiado calmado. Así que nos embarcamos en la búsqueda hasta que encontramos a una propietaria adolescente que no era capaz de controlar a su yegua porque no tenía un nivel adquirido suficiente. Nadine había probado la yegua, sus ojos parecieron salirse de sus órbitas y su sonrisa se veía incluso desde lejos. Así que tomé buena nota de ello, aunque Nadine ni por asomo se podía imaginar que lo compraría.

—¡Papá, lo has comprado! ¡Esta es la fiesta más bonita de mi vida!
¡Muchas gracias, papá! —exclamó con una emoción contagiosa.

La luz del atardecer se filtraba a través de las cortinas blancas, pintando un suave resplandor dorado en la sala decorada con delicadas guirnaldas y flores frescas. La fiesta de primera comunión de Nadine estaba llegando a su fin, pero el espíritu de alegría y celebración aún resonaba en el aire.

Los invitados se congregaban alrededor de la mesa, disfrutando de los últimos bocados de deliciosos manjares preparados con esmero para la ocasión. El aroma tentador de las especialidades caseras llenaba la habitación, mientras las risas y las conversaciones animadas fluían libremente.

Nadine, radiante en su vestido blanco adornado con encajes, flores y perlas, se paseaba entre los invitados, agradecida y emocionada por la presencia de sus seres queridos en este día tan especial. Sus ojos brillaban con felicidad mientras compartía abrazos y palabras de agradecimiento con cada uno de ellos.

A medida que la tarde avanzaba y el sol se deslizaba lentamente hacia el horizonte, llegaba el momento de despedirse. Los invitados se reunieron alrededor de Nadine, ofreciéndole regalos y deseándole lo mejor en su camino espiritual y en la vida.

Con una sonrisa cálida y un corazón lleno de gratitud, Nadine agradeció a cada uno de sus amigos y familiares por hacer de su día de primera comunión un recuerdo inolvidable. Mientras el sol se sumergía en el cielo, dejando destellos de color naranja y rosa, Nadine se despidió de sus invitados con un último abrazo y una promesa de encontrarse de nuevo pronto.

La fiesta de primera comunión de Nadine llegaba a su fin, pero el amor, la alegría y la bendición de este día perdurarían en su corazón para siempre.

Y a partir de este evento, comenzó el binomio Nadine y Artemisa. Sus logros en competición no tardaron en llegar. Cada triunfo era una alegría más para nuestra familia.

Qué bonito, pensaba yo, es este mundo de la equitación. Le ocupaba a Nadine su tiempo libre, la mantenía activa, forjaba su carácter y la hacía perder el interés en ir de fiesta y botellón con sus amistades. Todo eran virtudes.

Una tarde, mientras Nadine entrenaba, nos encontramos con uno de los instructores, quien no pudo evitar hacer un comentario con tono jocoso:

—¡Menuda amazona tienes! Artemisa no sabe lo que le espera con Nadine.

—Pues espero que estén listas para conquistar el mundo ecuestre
—respondí, riéndome.

Nadine, con su usual humor, añadió:

—Papá, si Artemisa se porta bien, prometo no llevarla de fiesta con mis amigas.

Nos echamos a reír. Ajustando nuestro presupuesto y enfrentando los desafíos, decidí mantener esta afición contra viento y marea. Según avanzábamos, se podía convertir en su futura profesión.

Capítulo 20: La búsqueda de la mitad perdida

Había vivido un tiempo solo porque realmente lo necesitaba, pero empezaba a echar de menos una compañera para compartir la vida. Así que, aunque mi experiencia anterior había sido nefasta, decidí inscribirme en una página de citas. Con pies de plomo, comencé a explorar este nuevo mundo lleno de perfiles falsos, scammers y todo tipo de farsantes. Me sorprendió una noticia en los periódicos sobre un golfo que se había aprovechado de muchas mujeres. Pues tengo que decir que en el caso de las mujeres es igual.

Mediante aplicar técnica y lógica asumiendo un nivel de riesgo aceptable, normalmente económico, empecé a contactar. Algunos perfiles, podría jurar, eran hombres estafadores. En mis conversaciones con algunas chicas, me hablaban mucho de un perfil falso que se debía poner las botas con su historia: un médico militar destinado en Afganistán, forrado de pasta, pero que necesitaba dejar su Ferrari a alguien mientras duraba su destino.

Pasé buenos momentos en este mutuo juego de selección y tuve varios contactos con chicas de diferentes países. Aunque había un hándicap: mi condición de padre me limitaba. Un día, conocí a una preciosa mujer rusa llamada María, que tenía una niña pequeña pero solo hablaban ruso. Ningún otro idioma. Aun así, usando el

traductor de una aplicación de mensajería instantánea, conseguíamos comunicarnos con relativa fluidez.

Tras varias semanas, decidimos tener una cita en mi país. Ella nunca había salido de su país de viaje, así que tuve que gestionar a través de una agencia especializada visados, pasaportes y todo lo necesario para que pudiera desplazarse. Cuando las fui a recoger al aeropuerto y aparecieron ante mis ojos, se me cortó la respiración. Tanto la madre como la pequeña eran preciosas. Traductor en mano, comenzamos a conversar:

María, con una sonrisa radiante: "¡Qué hermoso es todo aquí! ¡No puedo creer que finalmente estamos aquí!"

Yo, tratando de contener mi emoción: "Me alegra tanto que hayan llegado bien. Vamos, os mostraré todo lo que este lugar tiene para ofrecer."

María se sorprendía de casi todo. Anuncios de preservativos, mujeres en bikini cogiendo el autobús cerca del paseo marítimo, mil tipos de refrescos, centros comerciales inmensos con todo tipo de productos.

María, mirando un anuncio con incredulidad: "¿Esto es normal aquí?"

Yo, riéndome: "Sí, María. Bienvenida a la modernidad. ¡Tu país es como el nuestro hace 40 años! ¡Pero estoy seguro de que tu país tiene un encanto inigualable!"

Nos comunicábamos a través de un traductor automático simultáneo, que solía funcionar bien, aunque a veces generaba unos malentendidos terribles. Ella me contó que allí los hombres bebían mucho y eran muy rudos, pero que la sociedad era matriarcal y las mujeres eran fuertes para mantener el control del hogar.

Tras pasar una semana maravillosa, llegó el momento de su regreso. La acompañé al aeropuerto con unos sentimientos adquiridos mutuos maravillosos.

María, con lágrimas en los ojos: "No quiero irme, pero sé que debemos."

Yo, abrazándola fuerte: "Volveremos a vernos pronto. Esto es solo el comienzo."

Seguimos en contacto y decidimos que había llegado el momento de conocer su país, su ciudad, familia y tradiciones. Como llegaba la Navidad y el Fin de Año, nos citamos en Moscú. Reservé en la vía principal de Moscú una habitación y cena de Fin de Año en uno de los mejores hoteles. Cuando llegué al hotel, allí estaba ella

esperándome junto con su hija Masha. Las dos radiantes y hermosas.

María, abrazándome fuerte: "¡Finalmente estás aquí! Te hemos extrañado tanto."

Yo, sonriendo: "Y yo a vosotras. Ahora vamos a disfrutar de todo lo que Moscú tiene para ofrecer."

Fuimos a dar una vuelta por Moscú, visitamos la Plaza Roja que estaba engalanada por las fiestas e incluso patinamos sobre una pista de hielo improvisada en la misma plaza. Compré souvenirs para mi familia y amigos, como auténticos gorros militares o gorros siberianos contra el frío.

La fiesta de Fin de Año en el hotel fue como una escena de película, con lujos y esplendores. Al día siguiente, nos fuimos juntos a su ciudad, que no tenía nada que ver con Moscú o San Petersburgo. Era una ciudad anclada en la era soviética, con tranvías y trolebuses destartalados y viejos coches. Era curioso ver cómo los coches se arrancaban y apagaban automáticamente cuando estaban aparcados ya que estábamos a treinta grados bajo cero.

María, señalando un coche aparcado arrancado: "¿Eso no es increíble? Aquí es normal, pero entiendo que para ti parece de otro mundo si lo comparamos con tu país."

Yo, fascinado: "Es increíble lo que se hace para adaptarse al frío extremo."

Mientras avanzábamos por la acera helada, nos aferrábamos a cada paso con cautela, siguiendo el sendero improvisado de tierra para evitar resbalones. El entorno urbano, en su mayoría compuesto por edificios antiguos y vehículos con décadas de historia, contribuía al aire de nostalgia que envolvía la escena. La nieve, una vez pura y blanca, ahora estaba teñida de gris por la acumulación de suciedad, transformando el paisaje en una imagen que parecía salida de una película en blanco y negro. Cada detalle, desde las fachadas desgastadas hasta el ruido amortiguado de los motores, evocaba una sensación de pasado y melancolía en medio del frío invierno.

El Volga se extendía majestuoso, ofreciendo incluso una playa donde algunos se aventuraban a bañarse. Nuestro camino a lo largo del paseo ribereño nos llevó finalmente a la casa de sus padres, donde fui presentado. Su padre, un oficial de alto rango en un buque de la armada, comandaba con autoridad un barco especializado en vigilancia y escucha, mientras que su madre, una profesora de piano, emanaba una gracia serena pero firme. A pesar de su apariencia ruda, se revelaron como personas de corazón noble y buenas intenciones. Entonces me senté a charlar con el padre de María se dirigió a la televisión y cargó un DVD.

Padre de María, mostrándome videos: "Este es nuestro buque. La flota del mar Báltico. Es un honor servir en él."

Yo, respetuoso: "Impresionante. Gracias por mostrarme."

Me prepararon una copiosa comida y había mucho vodka, aunque la madre de María solo permitía a su marido beber cerveza. Supongo la razón. Ese día era una comida especial porque la abuela de María había muerto. Así que se llenaba un vaso de chupito de vodka para cada uno, incluyendo para la difunta, pero con una pequeña particularidad: no se brinda.

María, explicándome: "Es nuestra manera de honrar a los que ya no están. No se brinda, solo se bebe en su memoria."

Conversación en la comida:

- **Yo:** "Es un honor para mí compartir esta comida con ustedes."
- **Padre de María:** "Nos alegra tenerte aquí. Pero hoy es un día especial, brindamos por nuestra querida abuela, aunque no se brinda."
- **Yo:** "Entiendo. Lo haré en su honor."

Visité la ciudad, sus monumentos, casas famosas y restaurantes. Realmente quedé fascinado de esa ciudad, ese país y su gente. Cuando paseaba, la gente me miraba como si supieran

perfectamente que era extranjero. Allí las parejas no se besan ni se abrazan en la calle, cuidan mucho el recato moral. Todos los restaurantes tienen zonas infantiles, lo que María siempre me preguntaba por qué no tenían zona infantil los restaurantes en mi país.

Una noche, los padres de María nos invitaron a cenar para, de alguna manera, dar su visto bueno a nuestra relación. En Moscú es habitual hablar inglés, pero en estas ciudades solo se habla ruso y los carteles están solo en ruso. Le pedí al camarero un refresco light y él preguntó a María para qué quería un refresco light. Eso allí no existe. No le encuentran sentido. Cuando pedí hielo para mi refresco normal, el camarero pensaba que yo estaba loco.

Conversación en el restaurante:

- **Yo:** "¿Puedo tener un refresco light?"
- **Camarero, a María:** "¿Qué es un refresco light? ¿Para qué lo quiere?"
- **María, riendo:** "Es algo que beben en su país. No se preocupe, solo tráigale un refresco normal con hielo."
- **Camarero:** "¿Hielo? ¿En invierno? ¡Este hombre está loco!"

Me tenían preparada una pequeña trampa y cuando pedí un chupito de vodka, me trajeron un vaso entero y otro para el padre de María. Ellos piensan que aguantan más la bebida que cualquier extranjero, pero en este caso, mordió el polvo. Terminó totalmente borracho. Ya para terminar, pedí un café descafeinado y es fácil imaginar la reacción del camarero. Un café descafeinado no es café. No hay. Es absurdo.

Después de unos fantásticos días, debía retornar a mi país ya con el beneplácito de la familia de María.

La madre de María me obsequió con varias latas de caviar y un par de botellas de auténtico vodka ruso, productos que, según ella, solo se conseguían localmente. Con esos tesoros en mi equipaje, me dirigí de regreso a Moscú, donde la tranquilidad inicial se vio interrumpida en la aduana, donde me encontré frente a una guardia de expresión severa que solo hablaba ruso. Su gesto insistente hacia el monitor de rayos X y mi maleta me hizo temer por el destino de mi preciado caviar. Pero su interés no estaba en las latas, sino en las botellas de vodka. Rápidamente comprendí sus demandas y, resignado, entregué las botellas. La funcionaria del aeropuerto me indicó que dejase resbalar las mismas con suavidad en un contenedor. Aunque me quedé sin mi regalo para el viaje de vuelta, al abordar el avión ya con destino a mi país, me vi rodeado de una variedad de pasajeros y sumergido en la atmósfera caótica

de la cabina, pero finalmente encontré un momento de calma. A pesar de los recuerdos de películas de vuelos caóticos y desordenados, me sentí aliviado, sabiendo que llevaba conmigo la experiencia única de un encuentro inesperado en una tierra extranjera.

Ya de regreso, continuamos nuestra comunicación. Fui alguna vez más a visitarla. Ya en este punto, acordamos que estaría bien formalizar nuestra relación por el bien de la pequeña. No están muy bien vistas en su país las relaciones de este tipo, aunque también es cierto que es muy habitual que los hombres vayan de flor en flor allí.

Decidimos preparar toda la documentación y Después de que María regresara a mi país, la situación tomó un giro inesperado con el estallido de la guerra. Con su padre siendo militar, se vio atrapada en una espiral de nerviosismo y aislamiento, temiendo estar en tierra enemiga. La cancelación de vuelos y la sensación de estar completamente sola exacerbaban su angustia, agravada aún más por la barrera del idioma que la dejaba vulnerable y desamparada.

Conversación con María:

- **María:** "No puedo soportar esto. Mi familia está en peligro y no hay vuelos de regreso. ¿Qué vamos a hacer? No puedo

tranquilizarme. No puedo dormir y Masha me cripa los nervios"

- **Yo:** "Tranquila, María. Vamos a encontrar una solución. Estamos juntos en esto."

Capítulo 21: El Cuarto Escalón del Tártaro, Parte I

Al día siguiente, recibí una llamada de la policía. Me dijeron que María había ido a verlos, pero que no me preocupara. Les había explicado su situación y ellos habían comprobado que no se podían contratar vuelos a Rusia.

Esa noche, Nadine dormía en su cama en su dormitorio y yo en el mío. María había estado todo el día muy nerviosa, hablando por teléfono con su familia, quienes la urgían para que regresara a Rusia. María se había ido a dormir al dormitorio de invitados junto con Masha. De repente, en medio de la noche, María me despertó con una violencia inusitada. Me agarró de la mano y me tiró al suelo, al tiempo que me gritaba con los ojos inyectados en sangre:

- **María:** "¡Si yo no duermo, tú y tu hija tampoco!" - gritó, con un acento casi ininteligible.

Se fue a toda velocidad al dormitorio de Nadine, encendió la luz y empezó a zarandearla. Nadine, aún somnolienta, no era capaz de reaccionar. Aparté a María de Nadine como pude mientras Masha observaba toda la escena, visiblemente asustada. María quería regresar con urgencia a su país, pero no había vuelos y había que buscar extrañas combinaciones de vuelos, pasando por terceros países como Bielorrusia, algo muy difícil para una persona que no

había viajado nunca fuera de su país, sin conocimiento de idiomas y con una niña pequeña.

- **Yo:** "Dadme tú o tu familia la ruta o el país intermedio al que queréis ir y yo lo gestiono."
- **María:** "¡Llamaré a la policía!" - gritó, agitada.
- **Yo:** "Si te parece bien, la llamaré yo."

Busqué el teléfono, pero no lo encontraba. Tampoco las llaves del coche. Las había escondido. Finalmente, Nadine encontró el teléfono y llamé a la Guardia Civil. Sí, la Guardia Civil, ya que era su jurisdicción. Sonó el timbre de la puerta y allí estaban dos agentes, uno delgado y el otro obeso y de gran tamaño. En ese momento me vino a la mente aquellas películas que nos ponía mi padre los fines de semana: "El Gordo y El Flaco, Laurel y Hardy".

- **Agente Delgado:** "¿Qué está pasando aquí?"
- **Yo:** "Es complicado, déjenme explicarles."

Usamos el traductor telefónico, aunque añadí un poco de intelecto a la cuestión y sugerí que una amiga nuestra, que habla perfecto ruso, hiciera de intérprete. Los agentes y María se apartaron para hablar en privado con nuestra amiga. Luego, los agentes me preguntaron y les relaté los hechos y la situación. Yo estaba tranquilo porque mi casa cuenta con grabación en video las 24

horas del día, precaución que tomé gracias a las experiencias del pasado y, además, le pedí a Nadine que grabara todo en su teléfono. No me fiaba de la Guardia Civil. En mi experiencia, su nivel cultural es muy bajo y su ego, debido a su vestimenta paramilitar y el poder ilimitado que les ha otorgado la ley para ciertos asuntos, es muy alto. “Dale poder a la ignorancia y se convertirá en prepotencia”

A puerta cerrada, los agentes interrogaron a Nadine sobre los hechos. Yo luego sabría que para interrogar a un menor es necesaria la presencia de un abogado, algo fundamental e imprescindible. Nadine, por supuesto, grabó la conversación. Los agentes salieron y uno de ellos me dijo:

- **Agente Delgado:** "Está clara la situación. Deberíamos llevarnos detenida a María. Pero si le parece, y por el bien de Masha, lo dejamos correr y que cada uno duerma en una habitación."

Esa noche, Nadine se vino a dormir a mi cuarto y cerramos la puerta. Se escuchaba a María dando voces en ruso, supongo que hablando por teléfono. Masha estaba asustada del desequilibrado actuar de su madre y quería venir con nosotros, golpeando la puerta constantemente. Me daba mucha pena, pero no podía hacer nada.

A la mañana siguiente, la madre de María me escribió:

- **Madre de María:** "Tienes que casarte inmediatamente con mi hija y en bienes gananciales."
- **Yo:** "La situación no está para tomar ese tipo de decisión."
- **Madre de María:** "¿Es tu última palabra?"

No respondí. Nadine desayunó y la llevé al colegio. Ya por la noche, llegué a casa y no había nadie. Al cabo de un rato, sonó el portero automático. ¿A que no saben quién era? Jajajajaja. Era la Guardia Civil.

- **Agente Canoso con palillo en la boca:** "¿Puede abrir la puerta? Queremos únicamente hablar con usted."
- **Yo:** "Sí, claro."

Abrí la puerta y había varios agentes. Uno de ellos canoso y con un palillo en la boca con la mano toqueteando la culata de su arma me dijo:

- **Agente Canoso con palillo:** "Está usted detenido."
- **Yo:** "¿Tiene una orden judicial?"
- **Agente Canoso con Palillo en la boca:** "Nosotros no necesitamos esas cosas." Dijo en un tono chulesco.

Les cerré la puerta en sus narices, mientras que pensaba que igual se había tragado el palillo por mí culpa y llamé a mi abogado. Me

dijo que era totalmente ilegal esa detención, pero que, para no complicar la cosa, fuera con ellos. Con mi experiencia curtida con estos brutos, me vestí adecuadamente y abrí la puerta. Este agente me puso las esposas y me dijo:

- **Agente Canoso con Palillo en la boca:** "¡Hala! A pasar un ratito al calabozo, que tiene buenas vistas."

Cuando salí a la calle, el frío aire nocturno me golpeó con fuerza, pero no fue eso lo que más me impactó. Ante mis ojos, se desplegaba una escena que parecía sacada de una película de acción de bajo presupuesto. Había cuatro o cinco vehículos de la policía con las luces encendidas, parpadeando como si estuvieran en una fiesta de luces, iluminando la calle de una manera casi surrealista. La calle estaba cortada, y los coches patrulleros formaban una barrera impenetrable que mantenía a la multitud a raya, pero no a la vista.

La gente se había congregado en grandes números, atraídos por el espectáculo inesperado. Sus rostros reflejaban una mezcla de curiosidad morbosa y deleite. Era como si estuvieran presenciando la atracción principal de un circo, y yo, por desgracia, era el mono de feria del día. Sus teléfonos móviles brillaban en la oscuridad, apuntando directamente hacia mí, capturando cada momento de mi humillación. Podía ver las luces rojas de grabación y escuchar el incesante clic de las cámaras tomando fotos.

Los murmullos de la multitud eran ensordecedores. Podía escuchar fragmentos de conversaciones: "¿Qué habrá hecho?", "¡Mira cuántos policías!", "¡Debe ser algo grave!". Cada comentario era una puñalada a mi dignidad, y la Guardia Civil no hacía nada para proteger mi honor ni mi imagen. Los agentes se movían con una indiferencia fría, como si esto fuera un procedimiento rutinario y yo solo un número más en su lista.

Intenté mantener la cabeza alta mientras me conducían hacia uno de los coches, pero cada paso se sentía como un viaje al cadalso. Podía sentir las miradas clavadas en mí, como dardos invisibles que perforaban mi autoestima. Un grupo de adolescentes reía y señalaba, claramente disfrutando del espectáculo. Una mujer mayor, con una expresión de desaprobación, sacudía la cabeza y murmuraba algo que no pude captar.

Al llegar al coche oficial, uno de los agentes, el que parecía disfrutar más de su trabajo, me empujó ligeramente hacia el asiento trasero. Cerró la puerta con un golpe fuerte, y el sonido metálico resonó en mis oídos como el cierre de un ataúd. Miré por la ventana y vi cómo la multitud seguía grabando, sus teléfonos apuntando hacia mí, inmortalizando mi momento de mayor vulnerabilidad.

Dentro del coche, el ambiente era sofocante. El agente del asiento delantero ajustó el retrovisor para mirarme y, con una sonrisa sardónica, dijo: "Parece que tienes muchos fans ahí fuera". Sentí

un nudo en el estómago y un ardor en la garganta, pero me obligué a permanecer en silencio. Sabía que cualquier palabra solo empeoraría la situación.

Mientras el coche arrancaba y se alejaba lentamente, pude ver a través de la ventana cómo la multitud comenzaba a dispersarse, sus teléfonos aún en alto, algunos revisando las grabaciones, otros ya subiéndolas a las redes sociales. Me pregunté cuántas versiones distorsionadas de esta historia circularían por internet antes de que pudiera contar mi verdad.

A medida que el coche se alejaba, me sentí como si estuviera dejando atrás no solo a esa multitud, sino también una parte de mi propia vida. Una vida que ahora estaba irrevocablemente manchada por esta humillación pública. Ya en el cuartel, me encaminaron hacia un despacho. Vi que entraba por la puerta principal el agente obeso de la noche anterior.

- **Yo:** "Agente, explique la situación a sus compañeros."
- **Agente Obeso:** "Lo siento, no puedo hacer nada.". Él se encogió de hombros y se fue a una habitación donde se oían risas y conversaciones de colegas.

También estaban María y Masha en una habitación contigua. María miraba al suelo, mientras Masha trataba de zafarse de la mano de una desconocida con la cara maltratada por la vida, que la sujetaba

como si se tratara de una rehén, para ir a abrazarme. Esta señora se llamaba Agripina, una funcionaria de la corporación municipal y es quien, a pesar de no tener poder para ello, manejaba a la policía y la guardia civil a su antojo como si fueran marionetas. Esta señora tenía cierto parecido con la señorita Fräulein Rottenmeier de la serie infantil Heidi aunque con un aspecto realmente desagradable que asustaba al mismísimo miedo. Masha me miraba con desesperación sin comprender lo que ocurría. Algo percibía fuera de lo común ya que no me encajaba ese acto de María. Posteriormente se desvelaría el secreto y la razón de detención. Llamé a mi abogado, mi amigo Carlos. Creo que se hizo abogado gracias a mis vivencias, jajajaja.

- **Carlos:** "Estoy en camino, pero solicita un habeas corpus."

Entonces pasé a una pequeña sala donde me esperaba el agente canoso, con su palillo en la boca, la chaqueta desabrochada y una mancha posiblemente de tomate en la camisa. Solicité un hábeas Corpus. Esto sentó muy mal al agente instructor, quien tiró varios papeles al suelo mientras escupía el palillo. También añadí. Ustedes saben la realidad de los hechos y esto le va a costar una demanda.

- **Agente Instructor con mancha de tomate:** "¿Me está usted amenazando?" replicó con los ojos llenos de ira.

- **Yo:** "Decir que se va a poner una demanda no es un delito, aunque entiendo su desconocimiento básico en materia de leyes." Mientras le respondía, me recordaba a un actor de película llamado Torrente.

Entonces llegó Carlos, jadeando y con traje y corbata. Parecía que había llegado volando.

- **Carlos:** "Buenas noches. Soy el abogado del detenido y solicitamos un habeas corpus."

Yo estaba tranquilo porque contaba con el atestado de la noche anterior que me exoneraba de cualquier acto delictivo. Además, sabía que todo estaba grabado en video y que Nadine tenía las grabaciones en su teléfono. El agente instructor, con un semblante agrio y sin ocultar su irritación, se sentó detrás de un escritorio lleno de papeles desordenados. En un rincón polvoriento del despacho había un viejo fax que parecía sacado de otra época. Observé cómo el agente se esforzaba en usar el aparato, maldiciendo por lo bajo cada vez que el papel se atascaba o el tono del fax fallaba.

Finalmente, logró enviar la documentación a la juez de guardia. A continuación, se produjo una videollamada con la juez y la fiscal en un viejo y vetusto ordenador. El teclado del ordenador estaba lleno de suciedad y grasa, testigo mudo de años de negligencia. La

conexión era mala, y la imagen de la juez se congelaba ocasionalmente, lo que aumentaba la tensión del momento.

- **Juez:** "Adelante, expliquen la situación," dijo con voz impaciente, mientras el video parpadeaba.

Carlos y yo intercambiamos miradas. Respiré hondo y comencé a contar los hechos con la mayor claridad posible, explicando desde el incidente de la noche anterior hasta la llegada de la policía esta mañana. Detallé cómo había llamado a la Guardia Civil y la interacción que habíamos tenido.

- **Yo:** "También tengo las grabaciones de seguridad de mi casa que corroboran mi versión de los hechos. Además, Nadine grabó todo en su teléfono."

La juez y la fiscal revisaron la documentación, murmurando entre ellas mientras pasaban los documentos. Después de unos minutos que parecieron eternos, la juez resolvió que no había lugar al habeas corpus.

- **Yo:** "¿Han leído el atestado del día anterior?" pregunté, incrédulo y un poco desesperado.
- **Juez:** "No hay ningún atestado del día anterior," respondió con frialdad, sin levantar la vista de sus papeles.

Carlos y yo nos quedamos boquiabiertos. No podía creer lo que estaba escuchando. Miré a Carlos, buscando una explicación, pero él estaba igual de perplejo. Sentí una mezcla de frustración y desesperación al ver cómo se había ocultado intencionadamente un documento clave.

- **Carlos:** "Señoría, le aseguro que hubo un informe presentado anoche. Algo debe haber fallado en la comunicación interna. Solicitamos tiempo para presentar una copia del atestado."

La juez frunció el ceño y suspiró.

- **Juez:** "Lo siento, abogado, pero según el procedimiento, no puedo hacer nada más sin ese documento aquí y ahora. No hay prueba de la existencia de ese atestado en la documentación recibida."

Realmente me sorprendió que no preguntara al agente instructor la ausencia de ese documento. Pero eran altas horas de la noche y supongo que su señoría quería seguir durmiendo y al final, ¿qué importancia tenía para ella que un desconocido además hombre pasara la noche en un calabozo? Un agente, que hasta ahora había estado observando en silencio, se acercó para trasladarme a una celda. Mientras caminábamos por el pasillo mal iluminado, me giré hacia Carlos.

- **Yo:** "Esto es una pesadilla. ¿Qué hacemos ahora?"

Carlos, siempre el pragmático, me dio una palmadita en el hombro.

- **Carlos:** "Tranquilo, vamos a resolver esto. Voy a buscar el atestado y a hablar con todos los involucrados. No te preocupes, esto no se quedará así."

Sentí una leve tranquilidad al escuchar sus palabras, aunque la realidad de la situación me golpeaba con cada paso hacia la celda. Mientras el agente cerraba la puerta de la celda con un ruido metálico ensordecedor, me senté en el bloque de hormigón y respiré hondo, tratando de mantener la calma y confiar en que Carlos lograría resolver este embrollo.

La celda era fría y húmeda, con paredes de hormigón y sin ventana por donde entrara luz. Podía escuchar el murmullo distante de otros detenidos y el ruido ocasional de las puertas de metal abriéndose y cerrándose. El tiempo pasaba lentamente, cada minuto se sentía como una eternidad. Por un momento pensé que al menos la celda no está sucia e inmundada y que deberían dar una medalla al responsable de mantenerla limpia.

Capítulo 22: El cuarto escalón del tártaro. Parte II.

Ya en la celda, mi mente no dejaba de dar vueltas a todo lo que había sucedido. Las cuatro paredes de aquel espacio estrecho parecían cerrarse sobre mí. Empecé a sentirme nervioso, y el pánico se apoderó de mí al recordar mi delicada presión arterial martilleada por todos los acontecimientos pasados. Llamé a un agente, con la esperanza de recibir ayuda médica.

El agente encargado de mi custodia, un tipo de aspecto cadavérico con una expresión de pocos amigos se acercó a los barrotes y, con un tono amenazador, me espetó:

—¿Por qué me molestas? Te voy a soltar una hostia si sigues así.

Intenté mantener la calma y le dije:

—Necesito ver a un médico, no me encuentro bien.

—¿Estás de broma? —respondió con un bufido de incredulidad—. Te vas a enterar...

El agente se alejó, no sin antes recordarme que, estando detenido, no tenía absolutamente ningún derecho. Volví a llamarle varias veces, cada vez con más insistencia. Finalmente, y con un evidente enfado, se acercó nuevamente:

—Vale. Te llevamos al centro de salud.

—No es necesario —repliqué—. La ley me ampara para que un médico forense acuda a verme.

Su paciencia se agotó en ese momento:

—O vienes o te llevamos a rastras.

Me negué de nuevo y, en un abrir y cerrar de ojos, varios agentes irrumpieron en la celda, me pusieron los grilletes a la fuerza y me empujaron hasta un coche oficial.

Ya en los asientos traseros del coche, con las manos esposadas, me deslizaba y golpeaba constantemente contra los asientos de plástico duro. Supongo que están diseñados así para facilitar la limpieza, pero no tenía dónde agarrarme. Los dos agentes, separados de mí por una mampara de plástico transparente, hablaban de sus cosas. Pude escuchar fragmentos de su conversación:

—Está claro que es inocente —dijo uno.

—Sí, pero tú ya sabes cómo funciona esto —respondió el otro—. A nosotros nos pagan por llevarlo y punto.

Al llegar al centro de salud, me exhibieron de nuevo al público. La gente me miraba con curiosidad, algunos incluso con compasión. Me llevaron a un box donde me atendió una doctora. Mientras me exploraba y me tomaba la tensión, me preguntó qué había ocurrido.

—Se lo explicaré con detalle —comencé, tratando de mantener la calma—. Fui acusado falsamente y...

—No se preocupe —me interrumpió ella con una calma profesional—. Estoy acostumbrada a ver casi todos los días estas falsas acusaciones. Esta situación de injusticia y desamparo es una lacra para la sociedad.

Tras la exploración, la doctora indicó que mi tensión era peligrosamente alta y que debía ser llevado al hospital. De nuevo, me encontré en el coche patrulla, golpeándome con cada bache en el camino. Parecía que íbamos en un rally. Una vez en el hospital, me llevaron a una sala donde había otros agentes con otro detenido. Empezaron a bromear:

—¿Por qué no hacemos un intercambio de detenidos? —dijo uno de los agentes—. Este es más tranquilo y el otro forcejea constantemente.

En el hospital, me exploraron y me medicaron. Pasé prácticamente toda la noche en observación debido a mi crítico estado de salud. Carlos, mi abogado, me visitó y trató de levantarme el ánimo:

—Al menos no has tenido que pasar la noche en el calabozo.

De allí, me llevaron a los juzgados, donde esperé en una celda bien conocida para mí. Seguía estando asquerosamente sucia, incluso

más que en mi anterior estancia. Finalmente, me llevaron al despacho de la forense. Ella me atendió muy correctamente y corroboró las laceraciones que me había provocado. Me dijo que había escuchado todos los detalles de mi caso:

—Está claro que usted ha sido el agraviado aquí. María no debió sacarlo de la cama de esa manera.

Después, me llevaron a la sala del juzgado donde trabajan habitualmente los oficiales y donde se toman declaraciones. Al entrar, me encontré con una escena caótica: la sala estaba llena de gente ajena a mi caso, y sin ninguna protección hacia mi intimidad, su señoría me hizo declarar. Más de 20 personas escuchaban, murmuraban y observaban cada palabra que decía. Podía oír las declaraciones de otros arrestados a mi alrededor, creando un ambiente de confusión y tensión.

—Señor —dijo la juez,—. Proceda a su declaración.

Me aclaré la garganta, consciente de las miradas clavadas en mí.

—Señoría, estoy aquí para denunciar los hechos que ocurrieron la noche de mi detención —comencé, tratando de mantener la calma—. Fui acusado falsamente de violencia por María, quien actuó bajo la influencia de Agripina. Tengo pruebas que demuestran que fui víctima de una falsa denuncia y que sufrí lesiones físicas como resultado.

La juez levantó una ceja, mostrando interés.

—¿Tiene usted pruebas de estas acusaciones? —preguntó, mientras los murmullos en la sala crecían.

—Sí, su señoría. Las pruebas incluyen grabaciones de seguridad y testigos que pueden corroborar mi versión de los hechos.

—Presentaré una denuncia para que se inicie una investigación sobre las acciones de Agripina y la complicidad de ciertos agentes locales en el saqueo de mi hogar —añadí con firmeza.

La juez asintió lentamente, tomando notas. Luego, después de unos momentos de reflexión, habló de nuevo.

—Muy bien. Sus acusaciones son serias. Ahora, sobre su situación actual...

Un oficial de la sala me miró con desdén mientras susurraba algo a su compañero. La juez levantó la mirada y les lanzó una mirada de advertencia, exigiendo silencio.

—Después de revisar su declaración y las pruebas preliminares presentadas —continuó la juez—, determino que se le otorga la libertad condicional.

—¿Condicional? —me pregunté a mí mismo—. Esto debe ser una broma. Hasta aquí llega esta patochada de las falsas denuncias por

violencia de género que flaco favor hacen a las que verdaderamente sufren esta violencia.

Salimos Carlos y yo junto con la amiga que hizo de traductora, quien también había declarado la realidad de los hechos y su conversación con los agentes. Respirando con calma, nos fuimos a tomar un refresco.

Cuando llegué a casa, me encontré con un escenario devastador: no había nadie, pero me habían robado dinero y desvalijado la casa. Sentí un nudo en el estómago mientras caminaba por las habitaciones saqueadas, cada rincón me contaba una historia de traición y pérdida. Con manos temblorosas, encendí el monitor de seguridad y empecé a revisar las grabaciones. Lo que vi me dejó helado.

—¡No puede ser! —exclamé, llevando una mano a la boca. En la pantalla, dos policías locales, un hombre y una mujer, aparecían entrando con María.

Carlos, que había decidido acompañarme a casa, se acercó para ver lo que me tenía tan consternado.

—¿Qué sucede? —preguntó, notando mi expresión.

—Mira esto —dije, señalando el monitor—. Ahí está María con dos policías.

Mientras el hombre inspeccionaba y husmeaba por mi casa, la mujer ayudaba a María a llenar bolsas con sus pertenencias y.....las mías. La fecha y hora de la grabación coincidían con el tiempo en que yo estaba detenido. Carlos observó atentamente, frunciendo el ceño.

—Esto es increíble —dijo con incredulidad—. ¿Cómo es posible que unos policías participen en esto?

—No lo sé —respondí, apretando los puños—. Aunque fuera por desconocimiento, esto es un delito.

Pasaron los días sin noticias de María. Al parecer, estaba en una casa pagada por el ayuntamiento. Agripina, estaba encargada de todo ya que debía contener a María por si la ocurría declarar la realidad de los hechos. Recibí una llamada de una agente local diciendo que María se había olvidado algunas cosas en mi casa. Le dije que lo hablara con el juzgado.

—Hable usted con el juzgado —le respondí con firmeza—. Ya se llevó todo lo que quiso con ayuda de sus agentes.

—De acuerdo —contestó la agente con un tono de resignación—. Hablaré con el juzgado.

Pasaron algunos días más y Agripina ayudó a María a salir del país antes de que declarara como imputada. Al final, ya se sabía quién

había sido la incitadora de todo este embrollo: Agripina. Desde luego, era la primera interesada en que la verdad no saliera a la luz y que María saliera rápidamente del país. Estaría aterrada de que se descubrieran sus actos y su manipulación.

Empecé a recibir mensajes de María, que ya estaba en Rusia. Lo primero que me dijo fue:

—¿Por qué no intentaste contactar conmigo?

Le respondí en un breve texto:

—¿Intentar contactarte? ¿Después de todo lo que ha pasado?

María me confirmó mis sospechas: Agripina la había convencido para que denunciase, prometiéndole que la ayudaría a salir de España.

—¿Cómo ocurrió todo? —le pregunté, tratando de mantener la calma.

María comenzó a relatar su conversación con Agripina:

—Me encontraba desesperada, sin saber qué hacer. Entonces Agripina se acercó a mí con una sonrisa y me dijo que tenía la solución perfecta para mis problemas.

—¿Qué solución? —inquirí.

—Me dijo que, si denunciaba por maltrato, el sistema me ayudaría a salir de España rápidamente y asegurarían mi bienestar y el de Masha. Yo estaba asustada y me convenció de que esa era la única forma de salir.

—Te explico cómo funciona el sistema —.

—Su departamento se nutre económicamente de las denuncias por maltrato, ya sean verdaderas o falsas. De esa cifra estadística depende el dinero que le envía el gobierno. Además, la corporación local regala vehículos a la Guardia Civil para mantenerlos a su favor y asegurar que colaboren en estos casos. Es una relación de servidumbre tóxica. Y todo un negocio.

—Es un círculo vicioso de corrupción —dije con amargura—. Ahora sabes el interés de Agripina, ni más ni menos que mantener su posición de poder y siendo juez y verdugo.

—Sí, y me aseguró que todo saldría bien. Pero ahora me doy cuenta de que fui utilizada. Ella me engañó para beneficiarse personalmente y perjudicarte a ti. Me dijo que fuera todo lo cruel contigo que fuera posible o no me ayudaba. Que como mucho ibas a pasar una noche en el cuartel.

—Lo sé, María. Lo sé. —Sentí una mezcla de ira y tristeza—. Y ahora, ¿qué piensas hacer?

—Estoy tan arrepentida —dijo María—. No puedo creer que haya sido tan ingenua. Siento tanto daño que te he causado.

Un día, me escribió enviándome imágenes desde el hospital.

—¿Por qué me envías esto? —le pregunté.

—Quería que supieras que me siento muy mal por todo lo que ha pasado. Me he golpeado la cabeza al desmayarme... Mi fragilidad emocional me está matando.

Finalmente, no volvimos a contactar. Espero y deseo que se haya recuperado y sea feliz. Pero aún hay un asunto pendiente de resolver: la actuación ilegal de la policía, la Guardia Civil, los jueces y Agripina con el beneplácito de la corporación municipal. Con los jueces, poco se puede hacer, ya que su impunidad es total. Pueden mandar arrestar a toda una ciudad sin base alguna sin tener que responder luego por ello. Los juzgados son auténticos reinos de taifas, con sus propios califas cada uno de ellos. En cuanto María, si algún día pisa territorio nacional, deberá responder de todo lo ocurrido.

Con el apoyo de mi abogado y amigo, comenzamos un nuevo capítulo en esta lucha interminable por la justicia. Había descendido hasta el mismo infierno y salido de él.

Capítulo 23: El lazo inquebrantable

El tiempo seguía transcurriendo, y Sibilia persistía en obstaculizar cualquier actividad que Nadine quisiera hacer conmigo. Sin embargo, había una diferencia sustancial: Nadine ya era una pequeña adolescente con voz propia y capaz de expresar su estado de ánimo con claridad. Cada vez era más experta como amazona y, siempre que estaba conmigo y coincidía un concurso, era una delicia verla participar. En algunas ocasiones, incluso ganaba en una disciplina tan difícil como es la equitación en la especialidad de salto. En cambio, cuando tenía concurso y estaba en casa de Sibilia, esta le impedía participar con cualquier excusa, e incluso sin necesidad de ninguna explicación. Nadine se quedaba en su habitación todo el fin de semana, solo porque Sibilia pensaba que los niños son una propiedad. Me recordaba a Gollum, en el episodio en el que decía “mi anillo, mi tesoro”, con la cara desencajada, cuerpo encorvado, ojos saltones y llena de envidia y avaricia.

Una tarde, mientras Nadine y yo estábamos disfrutando de un helado tras una jornada de equitación, ella me dijo con una mezcla de frustración y determinación:

—Papá, Sibilia no me deja participar en los concursos cuando estoy con ella. Dice que la sentencia dice que estoy obligada a estar con ella y que mejor me quede en casa.

Suspiré, tratando de no mostrar mi propia frustración para no agravar la suya.

—Lo sé, Nadine. Es injusto y no tiene sentido. Pero estamos haciendo todo lo posible para que puedas seguir con tu pasión, sin importar dónde estés.

Este constante actuar por parte de Sibilia para intentar desconectarme de mi hija solo conseguía lo contrario. Y esto la desesperaba, así que siempre que me escribía por cualquier razón lo hacía con una violencia verbal inusitada. Aun así, se consolidó una conexión permanente entre padre e hija.

Estábamos en época de COVID, y consideré necesaria la vacunación. Por supuesto, era un riesgo, pero estaban muriendo cientos de miles de personas en el mundo y era una responsabilidad alcanzar el umbral de inmunidad colectiva para proteger a toda la comunidad. Sibilia, a través de su problema comentado antes, era fan de las teorías conspiranoicas, terraplanistas y creía que los aviones lanzaban venenos a toda la población.

Un día, decidí hablar con ella para abordar la vacunación de Nadine. La conversación no fue fácil.

—Sibilia, creo que Nadine debe vacunarse. Es lo más responsable.

Ella me miró con una mezcla de incredulidad y desdén.

—¿Vacunarla?! ¿Te has tragado toda esa propaganda gubernamental? Es una conspiración mundial para implantarnos una mutación.

Sabía que convencerla sería imposible. Así que fuimos al juzgado para resolver esta discrepancia. Y, como no, allí estaba la juez que parecía tener fobia a los hombres. Yo a veces pensaba si esta mujer no tenía padre, abuelo, hermanos, primos, hijos o quizás era un clon de laboratorio. La vista comenzó, y Carlos, mi abogado, estaba muy nervioso puesto que era uno de sus primeros juicios.

—Su señoría, está claro que la vacunación es esencial para proteger a Nadine y a la comunidad en general —dijo Carlos, con una voz que trataba de mantenerse firme.

Pero entonces, al momento de aportar la prueba, Carlos, con su nerviosismo, empezó a desordenar los papeles. De repente, parecía que había abierto una caja de Pandora, porque los documentos volaban y se caían al suelo. Su cara se puso roja como un tomate maduro y las gotas de sudor bajaban por su frente como si estuviera en una sauna finlandesa.

—¡Ay, madre mía, los papeles! —dijo Carlos, visiblemente agobiado, mientras trataba de recogerlos con manos temblorosas.

La juez, con una paciencia que ya empezaba a agotarse, le dijo al secretario:

—Por favor, ayude al abogado a recoger esos documentos.

El secretario la miró encogiéndose de hombros y respondió:

—Lo siento señoría, pero parece que está luchando con un dragón invisible.

Yo, sentado al lado, no pude evitar imaginarme a Carlos como un caballero medieval peleando con un dragón de papel. La verdad, aunque la situación era tensa, en mi interior me estaba partiendo de risa. Se parecía a de Mountain en batalla en un episodio de juego de tronos.

Carlos, aún más nervioso, comenzó a mezclar aún más los papeles y murmuró:

—¡Dios mío, esto es peor que el Sudoku del domingo!

La juez, con las cejas arqueadas, exclamó:

—Abogado, ¿necesita un mapa para encontrar los documentos?

Carlos, con una risa nerviosa, contestó:

—No, su señoría, pero tal vez una brújula ayudaría.

Después de lo que pareció una eternidad, Carlos finalmente logró juntar los papeles correctos y se los entregó a la juez. Toda la sala soltó un suspiro de alivio al unísono.

Más tarde, comentamos el evento en el txoko con muchas risas y buen vino.

—Carlos, deberías haberte llevado una capa de superhéroe para luchar contra ese dragón de papeles —dije, riendo mientras levantaba mi copa.

Carlos, con una sonrisa tímida, levantó la suya y respondió:

—La próxima vez, me llevo una aspiradora para los papeles y un GPS para no perderme en el juzgado.

Y seguimos toda la tarde, con risas y chistes, convirtiendo ese momento tenso en una anécdota inolvidable.

Finalmente, Carlos logró entregar los documentos, y toda la sala dio un respiro al unísono. La juez, sin embargo, dio la razón a Sibilia otra vez sin ningún fundamento de derecho que respaldase su decisión. Me alegré de que esta señora solo tuviera un poder local en su propio reino de Taifa y limitado. Si su práctica se hubiera extendido a todo el planeta, ya no habría seres humanos o viviríamos en un encierro perpetuo. Y yo me pregunto si no hay

una manera de medir el nivel de errores por las sentencias injustas y expulsar a estos elementos de la carrera judicial. A lo mejor serían más aptos para trabajar en un departamento de reclamaciones o por ejemplo haciendo croquetas.

Nadine había declarado en cámara Gesell, una habitación diseñada para evitar el estrés que sufre un menor al declarar. Ella estaba muy asustada, puesto que su madre le había contado un sinfín de historias de terror sobre la vacuna del COVID y le había dicho que, si se vacunaba, la iba a tener aislada en una habitación.

—Papá, mamá me dijo que me saldrían cosas raras en el cuerpo si me vacunaba —me confesó Nadine con posterioridad. Y que además cuando tenga hijos serán deformes.

—Nadine, eso no es cierto. Las vacunas nos protegen. Tu madre no te ha dicho que ella misma fue vacunada de muchas cosas cuando era niña. Pensemos en todas las enfermedades que han sido erradicadas gracias a las vacunas como por ejemplo Difteria, Tétanos, Tosferina, Poliomiélitis, Sarampión, Rubeola, Parotiditis, Varicela

Finalmente, apelamos esa decisión en una instancia superior, y por supuesto, se nos concedió el derecho de que Nadine pudiera vacunarse. Esta experiencia fue muy positiva, puesto que Nadine había aprendido a lidiar en el tenebroso ambiente de los juzgados

y perder ese miedo a lo desconocido. Pero teníamos pendiente uno muy importante: el de la custodia compartida.

Mientras tanto, Nadine, una hermosa adolescente de cabello rubio y ojos azules con expresión de calma, demostraba una inteligencia y astucia fuera de lo común, forjada para combatir las adversidades provocadas por Sibilía y el Tirantes. Un nuevo actor, en este caso actriz, entraba en escena: la hermanastra mayor de Nadine, Chloe, cuya envidia crecía cada día más, ya que Nadine tenía un padre que la quería y le daba atención, mientras que el padre de Chloe estaba ausente. Ausente porque hay batallas que solo se ganan huyendo. Sibilía y Chloe habían creado un tándem profiláctico ya que en su propio hogar existían fuertes desavenencias con el Tirantes, cuyo despertar siempre estaba lleno de gritos y golpes. Era tal extremo que el Tirantes controlaba hasta la última loncha de jamón consumida en esa casa. Nadine me comentaba: "Papá, ¿te puedes creer que el Tirantes comenzó a golpear la mesa porque faltaba una loncha de jamón de la nevera?" Esta escena empezaba a recordarme a la historia de la Cenicienta, pero añadiendo la figura del Orco y siendo el entorno Mordor.

Una tarde, mientras Nadine y yo estábamos disfrutando de un helado, me soltó, con esa mezcla de asombro y resignación que solo un adolescente puede tener:

—Papá, hoy fue el colmo. El Tirantes contó las lonchas de jamón antes de irse a trabajar y las volvió a contar al regresar. Faltaba una, ¡una! Y empezó a gritar como si hubieran robado el Banco de España.

No pude evitar reírme, aunque la situación no tenía nada de graciosa.

—¿Y qué hizo después? —le pregunté, aguantando la risa.

—¡Nada! Simplemente se sentó en el sofá, abrazando el paquete de jamón como si fuera su preciado anillo. ¡Era como ver a Gollum en una crisis existencial! Esto me dejó claro un proverbio que nunca suele fallar: “Dios los cría y ellos se juntan”

Ambos nos reímos imaginando a el Tirantes con la cara desencajada y diciendo: "Mi jamón, mi tesoro".

Pero la cosa no acababa ahí. Un día, Nadine me llamó por teléfono, casi sin poder hablar de la risa:

—Papá, hoy Chloe intentó cocinar. Quiso hacer una tortilla de patatas, pero se le olvidó el huevo. ¿Puedes creerlo? ¡Una tortilla sin huevo!

Me eché a reír.

—¿Y cómo lo logró? —pregunté, curioso.

—No lo logró. El Tirantes casi se desmaya al ver la sartén. Pensé que iba a llamar a los bomberos. No puedo imaginarme a el señor tirantes comprando una sartén nueva. Es muy feliz con la suya, sacada de un baúl de su abuela.

La vida en casa de Sibilia se asemejaba cada vez más a una comedia de enredos. Aunque, por supuesto, había momentos que se acercaban más al drama. Una noche, Nadine me contó:

—Papá, hoy el Tirantes organizó una inspección nocturna. Se levantó a las tres de la mañana para contar las galletas. ¡Las galletas!

—¿Y qué pasó?

—Nada, todo estaba en su lugar. Pero al día siguiente, Chloe había comido una a escondidas y se armó la tercera guerra mundial.

Mientras Nadine y yo navegábamos por estas aguas turbulentas, el vínculo entre nosotros se fortalecía. Sabíamos que, pase lo que pase, siempre estaríamos ahí el uno para el otro, riéndonos de las locuras del Tirantes y disfrutando de nuestro tiempo juntos, incluso cuando la vida se parecía más a un capítulo de "Los Simpson" que a un cuento de hadas.

Capítulo 24: Miserias reveladas

Como bien sabemos, tarde o temprano la vida te devuelve lo que has aportado. El pecado hace su propio infierno y la bondad hace su propio cielo. En el caso de Sibilia, había sembrado tanta miseria que tarde o temprano tendría que recoger su propia cosecha: miseria. Sibilia había utilizado documentos robados en su propio beneficio. Si bien la juez o la fiscal en su momento debieron actuar de oficio, por alguna extraña razón sufrieron un episodio de amnesia selectiva y...colectiva.

El caso es que nos reunimos Carlos y yo y decidimos que había llegado el momento de devolverle la pelota a Sibilia. Y lo hicimos en dos fases, mejor dicho, tres.

En primer lugar, interpusimos una demanda civil por atentar contra mi honor y revelación de secretos utilizando documentos robados y aportando solo lo que le interesaba para generar confusión. En segundo lugar, presentamos una querrela criminal por los mismos hechos en su vertiente de responsabilidad criminal. Y, en tercer lugar, interpusimos una demanda por impago de pensiones.

—Carlos, ¿crees que tendremos alguna oportunidad en esta primera instancia? —le pregunté mientras revisábamos la montaña de papeles.

—Lo dudo —respondió Carlos con una sonrisa irónica—. Con la juez que tenemos, la primera instancia es como lanzar una moneda al aire y que siempre caiga de canto. Pero no te preocupes, estamos preparados para llevarlo a instancias superiores.

Sabíamos perfectamente el compadreo que tenía Sibilia y su maltrecha abogada en esos juzgados, pero se les escapaba de su control las instancias superiores, más asépticas en el tema de género. Digo maltrecha abogada porque llegó quejándose de dolor para que a la juez se le cayeran unas lágrimas. Nosotros ya sabíamos que había sufrido una operación meses antes, pero era de cirugía estética, o así insinuaba el certificado de cirugía menor que había aportado previamente para dilatar la vista lo máximo posible.

—Carlos, ¿y qué se supone que se operó esta vez? —le pregunté con un tono sarcástico.

—Según el certificado, algo menor —dijo Carlos, conteniendo la risa—. Aunque a juzgar por su nariz, sigue siendo igual de aguileña.

En la vista de la querrela contra el honor y revelación de secretos, la juez dio carpetazo, otra vez sin aludir a ningún fundamento de derecho que lo justificara. Pero no había problema. Simplemente se trasladaba a segunda instancia como habíamos previsto.

—¿Viste la cara de la juez cuando la abogada de Sibilia empezó con su melodrama? —me dijo Carlos cuando salimos del juzgado.

—Sí, parecía que estaba viendo una telenovela de las malas con las plañideras en escena. Me extraña que no sacaran los pañuelos para el llanto colectivo.

Sibilia no aportaba su parte para la compra de libros de texto, uniformes, material escolar y en general, faltaba a absolutamente todas sus obligaciones. Incluso la ropa interior de Nadine la compraba yo, y luego ella la llevaba a casa de su madre. Esta situación era insostenible e injusta.

En el día de la vista, entré en la sala del juzgado con una mezcla de determinación y resignación. Con cara de espanto, observé que allí estaba otra vez nuestra conocida juez, la misma de siempre, con los ojos inyectados en sangre, como si acabara de salir de una batalla campal.

—Carlos, ¿por qué siempre nos toca la misma juez? —le susurró mientras nos sentábamos en unas viejas sillas en la sala donde están todos los funcionarios trabajando.

—Buena pregunta. Quizás le caemos en gracia —respondió Carlos irónicamente, tratando de aligerar el momento.

Sibilia, con su habitual aire de superioridad, presentó una declaración de bienes antigua y un documento en el que se afirmaba que el Tirantes, su actual pareja, estaba recibiendo un subsidio de esos que da el gobierno, sin generalizar, a los que se rascan la barriga. Pero yo sabía la verdad. El Tirantes tenía un trabajo de autónomo, lo había comprobado en los registros públicos. Son estafadores profesionales.

La juez, impaciente, comenzó la audiencia.

—Señora Sibilia, ¿puede explicar por qué no ha contribuido económicamente a los gastos escolares de su hija? —preguntó con su voz autoritaria.

—Su Señoría, mis ingresos son muy limitados. Apenas puedo cubrir mis propios gastos —respondió Sibilia con una voz melosa, tratando de ganar simpatía.

—¿Limitados? —intervine yo—. Pero si recibes honorarios de las arcas públicas y realizas otros trabajos. Además, tu pareja, tiene un trabajo de autónomo, aunque aquí presente un documento declarando que no tiene ninguna actividad y de esta manera obtener un subsidio.

Yo sabía que tenía un trabajo de autónomo. Lo comprobé en los registros públicos y así era.

—Carlos, ¿cómo es posible que la juez se trague todo esto sin investigar un poco más? —le dije, casi indignado.

—Es que estamos en Nuevo Mordor, amigo mío —respondió Carlos—. Aquí todo vale con tal de mantener el statu quo. Y desgraciadamente Sibilia se ha ido con un pelagatos que no tiene donde caerse muerto por lo que su rencor y envidia son infinitos.

Yo pensaba que la juez haría lo mínimo en la instrucción, que es solicitar al departamento judicial oportuno una declaración de bienes actualizada. Pues bien, la juez no hizo absolutamente nada y añadió en el auto que era normal que no pagase la pensión de alimentos porque Sibilia se encontraba en situación de extrema precariedad. Extrema...

—Claro, precariedad con un chalet individual en propiedad del Tirantes, un coche, al menos dos salarios y un subsidio conseguido posiblemente ocultando la realidad. Esto es para hacer una chirigota —dije, sacudiendo la cabeza con incredulidad.

—No te preocupes, iremos a instancia superior y veremos cómo termina todo esto —me aseguró Carlos—. Al final, habrá justicia, aunque sea a paso de tortuga. Pez que nada no se ahoga.

En cuanto a la demanda civil contra el honor, quedó en el desierto de la burocracia judicial, esperando que se fijara una fecha ya que a la abogada de Sibilia siempre la surgía algún contratiempo de

agenda. Baste decir sobre la fiscalía que en ningún momento apareció. Tienen sus propias instrucciones del gobierno: solo contra hombres, recuerden, solo contra hombres. Que son muy malos todos. Parece que olvidan asuntos tan graves que se han visto en titulares como Asunta y Yaiza. La maldad no tiene género. No debe resultar curioso que los lectores poco hayan leído de la fiscalía, es que casi siempre han estado missing. Y he aquí mi visión de los fiscales en el gran circo de la justicia. Bueno fiscales y fiscalas como le gusta decir a algunas dando una soberana patada al diccionario. Esos fiscales, esos personajes fascinantes del gran teatro judicial. Son como los ilusionistas de la justicia, capaces de convertir la más clara inocencia en culpa y viceversa, todo con un toque de su varita mágica legal. Y lo más maravilloso es cómo logran ponerse de acuerdo con los jueces, casi como si fueran socios en un club exclusivo al que el resto de los mortales no tiene acceso y aún menos los letrados que son apestados en ese club.

Primero, hablemos de su presencia en los juicios. O más bien, de su asombrosa capacidad para estar ausentes. Es como si tuvieran una habilidad especial para teletransportarse fuera de la sala justo cuando empieza el juicio. Quizás están demasiado ocupados en sus oficinas, escribiendo el próximo gran guion de "Cómo condenar sin pruebas". ¿Quién necesita estar presente cuando puedes

simplemente enviar un informe y confiar en que el juez, tu compañero de baile, hará el resto?

Luego está su particular desinterés en los asuntos relacionados con menores. Claro, deben de estar muy ocupados con los grandes casos, como el del vecino que robó un tomate en el supermercado. ¿Para qué perder el tiempo en algo tan trivial como el bienestar de un niño? Dejan esos "detalles" para después, quizás cuando estén menos ocupados revisando sus agendas sociales.

Lo más divertido es verlos actuar como verdaderos castigadores, como si cada acusado ya fuera culpable desde el momento en que pone un pie en el juzgado. Presunción de inocencia, decían... pero ¿quién tiene tiempo para eso? Es mucho más entretenido asumir culpa y luego construir una montaña de acusaciones sin pies ni cabeza. Inventan razones tan absurdas que uno no sabe si reír o llorar. Así como ejemplo de esta teatralidad,

—¡Señoría! —declama el fiscal con gran teatralidad—. El acusado ha sido visto comiendo pizza con piña. ¡Eso solo puede significar que es culpable de fraude financiero!

Y el juez, con una sonrisa cómplice, asiente. Porque, claro, ¿quién en su sano juicio pondría piña en una pizza si no tuviera algo que esconder?

La verdad es que los fiscales parecen haber olvidado que su papel es buscar la verdad y no simplemente castigar a diestro y siniestro. Pero ¿qué importa la verdad cuando tienes el poder de decidir el destino de los demás con un chasquido de dedos? Es mucho más fácil inventar teorías conspirativas dignas de una novela de espionaje que hacer el tedioso trabajo de investigar y probar los hechos.

Y así continúa el espectáculo, con fiscales y jueces sincronizados como si estuvieran en un ballet bien ensayado, siempre listos para darle un nuevo giro a la trama, siempre dispuestos a ignorar la lógica y la justicia en favor de su propia comodidad y entretenimiento.

En el fondo, uno no puede evitar admirar su audacia y creatividad. Si alguna vez deciden dejar la justicia, siempre pueden probar suerte en Hollywood. Con su talento para la ficción, sin duda tendrían un gran futuro en la industria del cine.

—Carlos, ¿alguna vez se acabará este circo? —le pregunté, aburrido de este desamparo.

—No lo sé, amigo. Pero mientras tanto, sigamos luchando. Y quién sabe, a lo mejor algún día nos reiremos de todo esto. No te tomes la vida en serio, porque no saldrás vivo de ella

Siempre nos quedará el txoko, las risas, buen vino y un chuletón para hacer más llevadera la lucha y la espera.

Capítulo 25: La Hora de la Igualdad

El día tan esperado había llegado. Para Nadine y para mí, era como prepararse para una batalla épica. Nadine, curtida como un soldado de los tercios de Flandes, no iba a ceder a los chantajes maternos en su declaración. Carlos, nuestro abogado, se había engalanado con su mejor toga para la ocasión, luciendo tan resplandeciente que parecía un caballero medieval listo para enfrentar al dragón.

Al llegar al juzgado, nos llevamos una grata sorpresa: un juez nuevo presidía la sesión. Era un hombre gordito, con aspecto bonachón y mediana edad. Nos habló a Sibilía y a mí con una delicadeza e igualdad que nunca antes había presenciado. Sí, he dicho igualdad. Era la primera vez que observaba una igualdad genuina en este relato.

El juez parecía realmente interesado en conocer todos los detalles. La abogada de Sibilía, con su habitual cara de melón pasado y sonrisa desencajada, intentó hacer un discurso previo al desarrollo de la vista:

—Señoría, antes de que empiece el juicio, me gustaría aclarar ciertos aspectos...

Pero el juez, con una paciencia infinita, la cortó en seco:

—Señorita, no es su turno de palabra. Esos juegos ya son bien conocidos en mi curtida carrera judicial. Por favor, siéntese y espere su turno.

Balbina se hundió en su silla, con la cara más torcida que un sacacorchos. El juicio comenzó y, como era de esperar, Sibilia intentó una vez más ensuciar mi nombre. Nuestra estrategia era simple: demostrar que yo era un buen padre preocupado por su hija. La estrategia de Sibilia era la de siempre. Tratar de ensuciar mi nombre a toda costa. A medida que el juicio avanzaba, la cara de Balbina se iba poniendo más y más tensa, hasta que finalmente, en su turno de palabra, dijo con evidente nerviosismo:

—Señoría, hemos reconsiderado nuestra postura y creemos que la custodia compartida es también una opción adecuada.

Querían evitar a toda costa la posibilidad de que el juez me otorgara la custodia completa. El juez dio el turno de palabra al equipo psicosocial. Sin sorpresa alguna, ahí estaban las infames Thelma y Louise, aunque no tan agraciadas como las genuinas. Lo que una decía, la otra lo repetía como si fuera un loro.

—Ellas han cambiado su canción,—me decía Carlos—. Ahora, después de cantar dos veces el hit de "custodia para la madre", han lanzado su nuevo sencillo: "custodia compartida es lo más adecuado". Un cambio de tono sorprendente, pero bienvenido.

¡Toma ya! Las mismas que en dos ocasiones anteriores habían dicho que la custodia debía ser para la madre sin razonamiento alguno, ahora se desdecían con un soporte documental que no cabía en un carro de la compra. Esto me parecía de juzgado de guardia. ¡Siete años de travesía por el desierto para escuchar lo que tenía que haberse dicho el primer día!

El juez, junto con el fiscal, con las gafas torcidas y medio dormido a su lado, solicitó interrogar a Nadine en la cámara Gesell. Pero, curiosamente, Sibilia la había dejado en casa, como si hubiera sido un olvido.

—¡Quiero a Nadine aquí en cinco minutos! —rugió el juez, enfadado—. ¡Y le reprocho su actitud, señora Sibilia!

El fiscal dio un brinco de su silla y sus gafas salieron volando. En menos tiempo del esperado, Nadine estaba allí, y su declaración fue clara y contundente:

—Quiero vivir con mi padre. Estoy harta de que mi madre me tenga prisionera en casa y de los gritos y puñetazos del Tirantes. Además, mi hermanastra solo sabe burlarse de mí.

El juez, con un gesto de comprensión, le preguntó:

—Pero querrás ver a tu madre y a tus hermanastros, ¿no?

—Con tres o cuatro días al mes es más que suficiente —replicó Nadine con firmeza.

El juez, con una sonrisa apenas contenida, sentenció:

—La menor ha demostrado una madurez suficiente como para expresar con razonamientos sólidos que quiere vivir más con su padre. Así que otorgo la custodia compartida.

—Si me permite, señoría, —añadió Carlos—, es importante resaltar que mientras en la "Casa de Tócame Roque" Nadine tiene un entorno donde puede desarrollarse plenamente, en la "Academia Heidelberg" su vida se reduce a un régimen de restricciones y prohibiciones que la asfixian. ¿Acaso no es más beneficioso para una adolescente tener acceso a sus amigos, a sus hobbies, y a un entorno que la apoya emocionalmente?

El fiscal, el perro fiel, vio que no tenía otra salida y asintió en igual manera. Nadine estaba esplendorosa de felicidad. Además, el juez determinó que las vacaciones se disfrutarían comenzando cada año uno, para evitar que Sibilia pudiera utilizar trucos que provocasen cancelaciones de vacaciones.

Al salir del juzgado, Nadine me abrazó con fuerza.

—Papá, lo hemos logrado. ¡Por fin!

—Sí, hija. Por fin podemos respirar tranquilos.

Carlos, se unió a nosotros con una gran sonrisa. Añadiendo: El fiscal, viendo la dirección del fallo, se alineó rápidamente con la decisión del juez. Nadine estaba radiante de felicidad, y Carlos y yo compartimos una mirada de satisfacción.

Carlos, con su ironía siempre a flor de piel, murmuró mientras salíamos de la sala:

—Parece que la "Casa de Tócame Roque" ha ganado esta batalla contra la "Academia Heidelberg". Y sin necesidad de un doctorado en caos.

—Bien hecho, equipo. Esto merece una celebración. Y recordando el arte de la guerra, la oportunidad de asegurarnos contra la derrota está en nuestras propias manos, pero la oportunidad de derrotar al enemigo la provee el mismo. La soberbia es mala compañera.

—¡Claro que sí! —respondí—. Y ahora vamos a celebrarlo como se debe. Nadine, hoy puedes elegir lo que quieras para cenar que el tren de la felicidad no suele tener muchas paradas.

—¡Pizza! —exclamó Nadine, riendo. Se reía porque hice una pregunta con una respuesta ya precisable, jajajajaja.

Una Conclusión era obvia: Dos palabras en el mundo te abrirán todas las puertas: empuja y tira.

Capítulo 26: El Peso de los Pequeños Incómodos. La resiliencia de Nadine

Habíamos dado un gran paso, pero en este discurrir del tiempo, muchas cosas habían evolucionado. Nadine no estaba a gusto en casa de Sibilia y el Tirantes y quería vivir conmigo a toda costa. Todo su círculo de amistades y actividades deportivas se desarrollaban conmigo, y estaba cansada de hacer largos trayectos diarios para ir al colegio. Además, estaba harta de las rarezas del Tirantes y de Sibilia. Así que un día, mientras cenábamos, Nadine me miró con determinación y dijo:

—Papá, quiero vivir contigo. Quiero escribir una carta a la juez.

Me explicó sus razones, y ya no deseaba ser tratada más como una Cenicienta. Cuando estaba en casa de su madre, tenía prohibido llevar su teléfono móvil, su smartwatch, pendientes, abalorios, y su laptop. Todo lo tenía que dejar en mi casa cuando tenía que estar en Mordor. Antes de llamar a la casa de su madre Mordor, la llamábamos la guarida del lobo, haciendo referencia a esa casa lejana y oscura donde vivió un estridente y malvado dictador. Pero Mordor es un nivel superior porque no hay un solo ápice de humanidad.

—Papá, ¿te puedes creer que en Mordor no puedo usar mi propio portátil? —dijo Nadine, indignada—. ¡Tengo que usar el de Chloe, y solo cuando a ella le da la gana! Y encima, el teléfono que me dan allí tiene la pantalla rota y no tiene SIM, solo puedo usarlo con el Wifi. ¡Es ridículo! ¿Cómo puedo hacer un trabajo en un móvil y además roto?

—Es increíble, Nadine —respondí, intentando contener mi furia—. No te preocupes, vamos a solucionar esto.

Además, necesitábamos normalizar los concursos de hípica para que Nadine pudiera acudir a ellos independientemente de con quién estuviera en ese momento. Y lo más importante: tratar su cambio de centro escolar. Decidimos dar un paso previo que es una jurisdicción voluntaria mientras resolvíamos la custodia conmigo para tratar esas pequeñas grandes cosas que hacen que la vida sea un trastorno continuo.

Los tiempos se complicaron, ya que la jurisdicción voluntaria llevaba atascada, posiblemente de manera consciente, durante seis meses en el juzgado. Así que primero se celebró la vista por la custodia total. El día de la vista llegó, y ¡sorpresa! Ahí estaba la juez que aborrecía a los hombres, esa que debió nacer como bebé probeta sin figura paterna. Yo tenía cierta tranquilidad ya que la juez estaba obligada por ley a escuchar a Nadine, ya convertida en una joven adolescente, y para tener en cuenta su opinión de una

manera vinculante. Pero, contra todo pronóstico y contra derecho, la juez no quiso escucharla.

—Es traumático para Nadine ir a un juzgado —dijo la juez con voz grave.

Yo pensaba, Más traumático es sufrir todos los días los gritos del Tirantes y el enclaustramiento que le hace Sibilia.

La juez tiró del famoso informe antiguo del equipo psicosocial que estaba más pasado de fecha que una merluza en el Sahara. La abogada de Sibilia, Balbina, se frotaba las manos con su cara desencajada de venganza y parecía que estaba haciendo vudú con su bolígrafo. Carlos y yo nos miramos con resignación, y ya teníamos otro asunto para llevar a una instancia superior. Se escucha muchas veces el principio de economía procesal en los juzgados. Pues bien, esta juez debe ser un fuerte lastre para el coste de la justicia. Aunque estoy seguro de que la juez terminó su carrera con méritos, me gustaría hacer un breve apunte sobre su negativa a escuchar a Nadine:

Las irregularidades en los Equipos Psicosociales adscritos a los Juzgados de Familia y Violencia de Género pueden desencadenar un terremoto judicial sin precedentes. Estos equipos, fundamentales en la resolución de disputas sobre custodias, abusos

y violencia en el ámbito familiar, llevaban operando más de tres décadas sin una regulación legal adecuada.

La noticia había estallado como una bomba. La Asociación Europea de Ciudadanos contra la Corrupción había presentado una denuncia ante la Comisión Europea, señalando la ilegalidad de estos equipos. ¿Cómo era posible que, después de tantos años, estos profesionales operaran sin una base legal sólida que respaldara sus actuaciones?

Nadie en el sistema judicial parecía haber cuestionado antes la situación. Los informes de los Equipos Psicosociales eran decisivos, inclinando la balanza de los jueces en casos complejos y delicados. Sin embargo, no existe en la ley española ninguna norma que regulara sus funciones, los requisitos para la contratación de su personal, los criterios para la validez legal de sus informes y la forma en que su labor era fiscalizable.

Mientras tanto, en Mordor...

—¡Chloe, déjame usar tu portátil. ¡Lo necesito para un trabajo escolar! Necesito hablar con papá —exigía Nadine, ya cansada de las constantes negativas.

—Solo si limpias mi habitación —respondió Chloe, con una sonrisa maliciosa.

—No puedo creer que tenga que hacer esto... —murmuró Nadine, resignada.

En la siguiente reunión con Carlos, ambos sabíamos que esto era solo una batalla más en la guerra.

—Carlos, ¿cómo es posible que esta juez siga en su puesto? —le pregunté, frustrado.

—Es un misterio, como el de quién mató a Kennedy o si los alien existen. Pero no te preocupes, vamos a seguir luchando —respondió Carlos, tratando de animarme.

Así, con la determinación intacta, nos preparamos para llevar el caso a una instancia superior, sabiendo que cada pequeño detalle era crucial en nuestra batalla por la justicia. Nadine merecía una vida mejor, y yo no me detendría hasta conseguirlo.

Capítulo 27: La Venganza de la Verdad

El día había llegado. Carlos y yo, con semblante decidido y una mezcla de cansancio y determinación, nos reunimos en su despacho. Aquel lugar se había convertido en nuestro cuartel general, donde planificábamos cada movimiento con la precisión de generales en una batalla. La misión de hoy era clara: presentar denuncias separadas contra la policía local y la Guardia Civil. Y sí, contra Agripina también, esa maestra de la manipulación que parecía haber tomado lecciones de villanía en un curso intensivo.

"Es increíble, Carlos," comencé, "cómo esta señora ha manejado a la policía local y a la Guardia Civil como si fueran marionetas. ¿Es que nadie se da cuenta de lo que está pasando?"

Carlos suspiró y se ajustó las gafas, que siempre parecían estar a punto de caerse. "Lo sé, y lo peor es que lo hace con total impunidad. Ni siquiera creo que tenga la capacidad intelectual para jugar al parchís, y, sin embargo, aquí estamos, lidiando con sus fechorías."

Decidimos dividir las denuncias. Una para la policía local, cuya ineptitud y permisividad habían permitido violaciones flagrantes de nuestros derechos fundamentales. Y otra para Agripina y sus

compinches de la Guardia Civil, que habían alterado la realidad con una maestría que ni Houdini en sus mejores días.

"La Guardia Civil ha cometido varios delitos, Carlos. Ocultar el atestado que me exoneraba de cualquier delito, falsedad documental, encubrimiento... La lista es interminable. Esto no solo afecta mi derecho a una defensa justa, sino que también socava la integridad del sistema judicial," afirmé con vehemencia.

Carlos asintió. "Y la policía local, con esa entrada ilegal en tu domicilio, violaron derechos fundamentales a la inviolabilidad del domicilio y a la intimidad. Tenemos pruebas, incluidas grabaciones de videovigilancia. No pueden salirse con la suya."

Mientras preparábamos las denuncias, recordé las palabras de mi padre: "Aquí primero disparan y luego preguntan." Una verdad dolorosa que se había hecho realidad en mi caso. Y entonces, en un momento de reflexión, añadí: "Carlos, ¿cómo es posible que esto ocurra en un estado de derecho?"

Carlos me miró con tristeza y resignación. "Es un caos. Un completo caos."

Finalmente, presentamos las denuncias en el juzgado. Los jueces de barrio, con su falta de motivación y su tendencia a evitar el trabajo duro, no nos sorprendieron al emitir un sobreseimiento provisional sin hacer instrucción alguna en apenas dos días. Pero

no nos preocupaba demasiado. Sabíamos que la segunda instancia era nuestro verdadero campo de batalla.

Durante una conversación en el txoko, un amigo nuestro que parecía André el gigante por su tamaño, pero con una gran formación universitaria, Guren, nos recordó una parábola moderna que ilustraba perfectamente la situación:

En una universidad, un profesor de economía decidió probar un experimento social en su clase. Anunció que, en lugar de calificar a cada estudiante de forma individual, todas las notas de los exámenes serían promediadas y todos recibirían la misma calificación. De este modo, argumentaba el profesor, se fomentaría la igualdad y se eliminarían las desigualdades.

Primer Examen:

El día del primer examen, algunos estudiantes habían estudiado mucho y otros poco. Cuando los resultados fueron publicados, todos recibieron un 7, ya que esa fue la media de las calificaciones. Los estudiantes que habían trabajado duro estaban frustrados, mientras que los que no habían estudiado estaban contentos.

Segundo Examen:

Los estudiantes que habían sacado buenas notas en el primer examen decidieron no esforzarse tanto para el segundo examen.

Sabían que su esfuerzo no sería recompensado individualmente, ya que la calificación sería la misma para todos. Por otro lado, los que no habían estudiado mucho continuaron sin hacerlo. Como resultado, la media de la clase en el segundo examen bajó a un 5. Nuevamente, todos recibieron la misma calificación.

Tercer Examen:

Para el tercer examen, nadie tenía incentivos para estudiar. Los estudiantes estudiosos ya se habían desanimado y los vagos seguían sin cambiar su comportamiento. La media de la clase cayó aún más, alcanzando un 3. Una vez más, todos recibieron la misma calificación.

Resultados Finales:

Al final del semestre, la media de la clase fue un 1. Todos suspendieron. El experimento del profesor demostró que cuando se elimina el incentivo individual para esforzarse, incluso los alumnos más aplicados pierden la motivación, lo que lleva a un rendimiento general pobre.

Reflexión:

La moraleja de esta historia es que las políticas que no reconocen el mérito individual ni lo califican de manera individual pueden conducir a la mediocridad general. Esta parábola a menudo se

utiliza para discutir las posibles desventajas de los sistemas económicos y sociales que no recompensan el esfuerzo y la excelencia individual.

"Exactamente, Carlos. Es lo que pasa cuando no se recompensa el mérito y el esfuerzo individual ni se reprenden los fallos cometidos," concluí.

Nadine, siempre perceptiva, me dijo un día: "Papá, quiero ser juez. Quiero poder decir a la cara a cada uno de esos que han pisoteado tus derechos, lo que realmente pienso de ellos mientras les miro a los ojos."

Mientras el sol se hundía en el horizonte, dejando destellos dorados en las olas que mecían suavemente el velero de Abelardo, Nadine, mi nueva compañera y yo nos encontrábamos en medio del océano, lejos de la costa y del bullicio de la civilización. El cielo se teñía de tonos cálidos, desde el naranja ardiente hasta el azul profundo, creando un espectáculo celestial que parecía abrazar todo a su alrededor. El viento fresco nos acariciaba el rostro mientras el barco cortaba audazmente las aguas, ofreciéndonos una sensación de libertad y serenidad que nos envolvía como una suave manta. En ese momento, nada más importaba que el sonido del viento y el mar, y la compañía de aquellos que compartían este momento de paz y conexión con la naturaleza. Finalmente, en segunda instancia, se hizo justicia. Los policías, los guardias civiles y sus

jefes fueron procesados y expulsados del cuerpo. Agripina también fue despedida y el estado se vio obligado a pagar una cuantiosa suma por los daños y perjuicios ocasionados. Nunca podré recuperar el tiempo perdido ni borrar las cicatrices emocionales, pero al menos obtuvimos una especie de redención.

El viacrucis que siguieron estos agentes y Agripina no fue menos intensos que el que ellos mismos me habían infligido. Primero, se enfrentaron a un proceso penal que, aunque lento, finalmente hizo su trabajo. Sus nombres fueron manchados públicamente, sus carreras destruidas. Verlos entrar al tribunal, con las cabezas bajas y la dignidad hecha trizas, fue un espectáculo de justicia poética.

"Ahora, que aprendan lo que es sufrir la falta de justicia," comentó Carlos con una sonrisa irónica.

Las consecuencias no se detuvieron ahí. La expulsión del cuerpo no solo significó la pérdida de empleo, sino también la desintegración de la camaradería y la confianza entre ellos. Eran parias, tanto en sus comunidades como en cualquier lugar donde su historial fuera conocido. Agripina, por su parte, perdió su posición de poder y su red de influencias se evaporó más rápido de lo que había tardado en tejér. Si recordamos a la araña de la serie abeja Maya, Tekla, que era la principal antagonista de la serie. Es una araña peluda dispuesta a hacer cualquier cosa para que caigan

en sus redes algún distraído insecto y así comérselo. Y eso éramos para nosotros Agripina, Insectos.

"Tienen suerte si consiguen trabajo en una hamburguesería," solté un día mientras disfrutábamos de un vino caro pagado con las indemnizaciones recibidas. "Al menos ahí no pueden hacer tanto daño."

Estaba claro que el daño en natura de tantos años de injusticia y maldad nunca podría ser completamente compensado, pero al menos, la justicia había comenzado a prevalecer. El dinero que recibimos como indemnización fue una pequeña victoria, un símbolo tangible de que no todo estaba perdido. Nos permitió disfrutar de buenos momentos, vino y carnes de primera calidad, y construir un futuro mejor.

Epílogo: Una Nueva Era

La batalla por la custodia había sido ardua, y las cicatrices de la guerra emocional y judicial aún se sentían frescas. Sin embargo, a medida que salíamos del juzgado aquel día, una nueva sensación de esperanza y libertad comenzaba a envolvernos.

Nadine y yo habíamos pasado por una serie de pruebas que habían puesto a prueba nuestra fortaleza y nuestro vínculo. Desde los días en que Sibilia hacía todo lo posible por separarnos, hasta las interminables vistas judiciales donde cada declaración era un campo de minas, cada paso había sido un desafío. Pero a pesar de todo, habíamos perseverado. Nadine, con su inteligencia y madurez, había demostrado que no era simplemente una niña en medio de un conflicto; era una joven capaz de tomar decisiones informadas y firmes sobre su propio bienestar.

El tiempo había demostrado que la perseverancia y la verdad al final prevalecen. Carlos, nuestro fiel abogado, se había convertido no solo en un defensor legal, sino en un amigo leal que compartió con nosotros cada momento de incertidumbre y triunfo. La imagen de su rostro aliviado y sonriente después del juicio final era un recordatorio de que el esfuerzo conjunto había dado sus frutos.

Sibilia, con sus intentos constantes de manipulación y sabotaje, había llegado a su propio punto de inflexión. La justicia, aunque tardía, había hecho acto de presencia. Su estrategia de difamación y control no había podido mantenerse ante la claridad y determinación de Nadine. El nuevo juez, con su enfoque imparcial y justo, había sido la figura de autoridad que tanto necesitábamos. Su sentencia final de custodia compartida no solo validó nuestros esfuerzos, sino que también sentó un precedente para futuras disputas.

Nadine, brillando con una felicidad que hacía tiempo no veía, me recordaba lo que realmente importaba. No eran las victorias en el juzgado, sino la tranquilidad y el amor en nuestro hogar. Habíamos ganado mucho más que un caso de custodia; habíamos ganado una vida llena de posibilidades.

A medida que los días se convertían en semanas y las semanas en meses, nuestra vida comenzó a estabilizarse. La rutina escolar de Nadine, sus competiciones de equitación, y nuestros momentos juntos se llenaron de una normalidad que habíamos anhelado. Las visitas a la casa de Sibilia se volvieron menos tensas, y Nadine aprendió a manejar las dinámicas con su madre y hermanastros con una madurez impresionante.

La custodia compartida nos permitió equilibrar nuestras vidas de una manera que antes parecía inalcanzable. Las vacaciones, ahora

estructuradas para evitar manipulaciones, se convirtieron en oportunidades para explorar el mundo y construir recuerdos inolvidables. Viajamos a la playa, visitamos museos, y simplemente disfrutamos de estar juntos sin la sombra constante del conflicto.

Marcos y Tristán también habían sido una parte importante de esta travesía. Marcos, con su sabiduría y calma, siempre estaba disponible para ofrecer palabras de aliento y perspectiva. Recuerdo una tarde, justo antes de una de las vistas más difíciles, cuando Marcos dijo: "Lo que estás haciendo por Nadine va a marcar la diferencia en su vida. Sigue adelante, porque estás construyendo su futuro." Sus palabras resonaron en mi mente en los momentos más oscuros, recordándome que cada batalla tenía un propósito mayor.

Tristán, por otro lado, aportó el toque de humor y ligereza que tanto necesitábamos. Siempre tenía una historia divertida o una anécdota para hacernos reír, incluso en los momentos más tensos. Su presencia era un recordatorio constante de que, a pesar de las dificultades, siempre había espacio para la risa y la alegría. Una noche, después de una audiencia particularmente agotadora, Tristán apareció con un pastel y dijo: "Si el juez no nos da la razón, al menos tenemos este pastel para consolarnos." Fue una pequeña broma, pero en ese momento, significó el mundo para nosotros.

Carlos seguía siendo una presencia constante en nuestras vidas, siempre listo con un consejo legal o una broma para levantar el ánimo. Su papel había sido fundamental, y siempre estaríamos agradecidos por su dedicación y amistad.

En cuanto a mí, había aprendido mucho a lo largo de estos años. No solo sobre el sistema judicial y sus frecuentes frustrantes “errores”, sino sobre la resiliencia y el poder del amor paternal. Cada sacrificio, cada noche sin dormir, había valido la pena al ver a Nadine. Marcos y Tristán florecer fuertes y seguros de sí mismos.

A medida que el sol se ponía sobre esta etapa de nuestras vidas, una nueva aurora se alzaba. Nadine estaba lista para enfrentar el mundo con valentía y determinación, una auténtica amazona y yo estaba ahí para apoyarla en cada paso del camino. El futuro, que una vez parecía incierto y lleno de obstáculos, ahora se veía brillante y lleno de promesas.

Agripina y sus esbirros quedaron condenados al olvido.

Y así, cerrábamos este capítulo con la certeza de que, aunque la vida puede ser complicada y desafiante, la perseverancia, la verdad y el amor siempre encuentran una manera de prevalecer. Habíamos superado las tormentas y, finalmente, podíamos disfrutar de los días soleados que tanto merecíamos.

Al llegar al final de esta historia, más bien al intermedio de la misma porque estoy seguro de que la historia continuará ya que el mal sigue ahí, quiero tomar un momento para expresar mi gratitud por acompañarme en este viaje literario. Ha sido un trayecto lleno de emociones, giros inesperados y personajes complejos que han cobrado vida gracias a vuestra imaginación y empatía.

Espero sinceramente que esta novela haya estado a la altura de vuestras expectativas, ofreciendo no solo entretenimiento, sino también reflexión y conexión emocional. Cada página ha sido escrita con el deseo de proporcionaros una experiencia única, y vuestro apoyo ha sido fundamental para hacer de esta obra lo que es.

Vuestras opiniones y sentimientos sobre la historia son invaluable para mí. Vuestro tiempo y dedicación al leer cada capítulo no pasan desapercibidos, y es mi mayor deseo que os hayáis entretenido durante la lectura tanto como yo creándolos.

Gracias por vuestra confianza y por permitir que esta historia forme parte de vuestras vidas. Que sigáis encontrando en la lectura un refugio, una aventura y una fuente inagotable de inspiración.